

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD
CATÓLICA DEL PERÚ**

Escuela de Posgrado



No se nace violento, se llega a serlo: historias de vida masculinas en Lima

Tesis para obtener el grado académico de Magíster en Antropología que
presenta:

Lucero Del Castillo Ames

Asesor:

Juan Carlos Callirgos Patroni

Lima, 2021

Resumen

Las masculinidades violentas no son subjetividades aisladas, están imbricadas en dinámicas de poder económicas, políticas, culturales y sociales, por lo tanto, es importante considerar las lógicas de poder que las producen. Esta investigación, de carácter cualitativo con enfoque etnográfico, explora la construcción de masculinidades violentas, a partir de las historias de vida de siete hombres que cometieron actos de violencia contra sus parejas y que acuden al Centro de Atención Institucional (CAI-Breña) para reeducarse.

El análisis parte de la intersección de sus prácticas cotidianas y las lógicas socioeconómicas y de consumo cultural, específicamente el juego y la televisión, usando tres campos conceptuales: la masculinidad hegemónica, la violencia y el modelo ecológico de la violencia, el cual permite reconocer múltiples factores relacionales.

Lo hallado pone el foco en que no son solo actos de violencia cometidos por sujetos, son actos de violencia cometidos, en primer lugar, por un sistema económico y social que precariza el trabajo, acorta el tiempo libre y produce sujetos individualistas. Esto se evidencia en una figura central, la del padre, sobre el cual pesa el “fantasma” del padre proveedor, que no comparte con la pareja la crianza integral de sus hijos y no propone proyectos colectivos.

En segundo lugar, son sujetos expuestos, desde edades tempranas, a una industria del entretenimiento que sigue poniendo como objeto de deseo a la mujer y fomentando prácticas violentas y consumistas. Esta estructura violenta produce sujetos violentos que construyen

vínculos de pareja y parentales hegemónicos y frágiles, lo cual manifiesta que estos hombres padecen el amor y a la vez lo necesitan.

Palabras clave: Masculinidades, Masculinidad hegemónica, Vida íntima, Vínculo de pareja, Violencia, Violencia estructural, Amor



Agradecimientos

Siento que debo agradecer a muchísimas personas. En realidad, debo esta tesis a todas las personas con quienes me he vinculado, sentimental y académicamente en distintas etapas de mi vida, ya que, gracias al intercambio de experiencias, conocimientos y afectos con ellas, he podido generar las reflexiones para esta investigación.

Los siete hombres que aceptaron compartir sus historias de vida conmigo son centrales en esta tesis y les agradezco su tiempo, sus recuerdos y su confianza. Asimismo, agradezco al Centro de Atención Institucional de Breña (CAI-Breña) por su apoyo administrativo, en especial a los licenciados Roberto Lobón y Marlon Tanta.

A mi asesor, Juan Carlos Callirgos, con quien pude aprender y discutir sobre género, masculinidades y experiencias de la vida en un espacio de confianza, lo cual me dio seguridad y enriqueció mi análisis. A Víctor Vich, por las conversaciones honestas y generosos comentarios sobre mi tesis. A las y los profesores de la Maestría en Antropología y de los cursos electivos que llevé en otras maestrías, por sus clases y compromiso.

Finalmente, pero no menos importante, a toda mi familia. A mis padres, en especial a mi mamá, quien es el soporte de mi vida y a mis hermanos, Rocío y Homero, por su amor y apoyo incondicional. También a mis amigas, Jimena, Daniela, Mariaelena y Leslie, quienes fueron un soporte emocional, sobre todo durante este último año, difícil para mí.

Índice

RESUMEN

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

I. EL PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN	8
1.1. Presentación del problema de investigación	8
1.2. Justificación de la elección del problema a investigar	11
1.3. Preguntas de investigación	16
II. ESTADO DE LA CUESTIÓN	17
2.1. Estudios de masculinidades	17
2.1.1. Primeros estudios sobre masculinidades	17
2.1.2. La masculinidad desde el psicoanálisis	19
2.1.3. La masculinidad hegemónica	21
2.1.4. Los estudios de las masculinidades en el Perú y la violencia	22
2.2. Violencia de género	30
III. MARCO CONCEPTUAL	33
3.1. Masculinidad hegemónica	33
3.2. Violencia	35
3.2.1. Violencia de género y violencia contra la mujer	39
3.2.2. Violencia estructural	40
3.2.3. Violencia simbólica	37
3.2.4. Violencia normativa	42
3.2.5. Modelo Ecológico de la violencia	43
IV. METODOLOGÍA	47
4.1. Discusión y diseño de campo	47
4.2. Metodología implementada	51
4.3. Técnicas de recojo de información y fundamentación	52

V. PRESENTACIÓN DE INFORMANTES	57
VI. LA CAÍDA DEL PADRE: EMERGENCIA DE LA MASCULINIDAD HEGEMÓNICA	58
6.1. ¿Y dónde está la madre?	67
6.2. La paternidad como una biopolítica	74
VII. EL PODER SIN SALIDA: MUCHO TRABAJO Y POCO TIEMPO LIBRE	81
7.1. El “ <i>detector del poder</i> ” en el juego y la pantalla	94
VIII. EL AMOR EN DISPUTA: VÍNCULO AFECTIVO Y EL NACIMIENTO DE LA VIOLENCIA EN LAS RELACIONES DE PAREJA	106
REFLEXIONES FINALES	128
BIBLIOGRAFÍA	131



Introducción

Esta es una investigación sobre la construcción de masculinidades violentas a partir de historias de vida de hombres de clase media que viven en Lima y que acuden al Centro de Atención Institucional (CAI-Breña), una entidad encargada de reeducar a varones que ejercen violencia en el contexto familiar.

La violencia contra la mujer en el Perú es un problema de larga data que sigue vigente como consecuencia de un fenómeno estructural, que se da a través de ejes económicos, políticos, sociales y culturales, así como de una actitud normalizada en la sociedad. La violencia de género constituye la base de toda desigualdad, siendo el acto fundador de esta la violación o apropiación de los cuerpos femeninos, basada en una estructura patriarcal. Esta desigualdad tiene bases estructurales que forman parte de una cultura hegemónica, en la cual el hombre detenta el poder a través de distintos ámbitos de la vida cotidiana e instituciones tales como la familia, la escuela, el vecindario, los grupos de pares, los centros laborales, instituciones estatales, iglesias, medios de comunicación, redes sociales, etc. (Segato, 2003)

La masculinidad hegemónica, que opera en los hombres entrevistados aquí, se puede definir como la configuración de una práctica genérica que garantiza (o se toma para garantizar) la posición dominante de los hombres, heterosexuales, y la subordinación de las mujeres. En ese sentido, esta masculinidad subordina a todo aquello que no cumpla con el mandato heteronormativo, ya que una de las formas en las que se construye la masculinidad hegemónica es mediante la competencia entre los mismos varones, poniéndose a prueba su fuerza física y virilidad, donde lo femenino es el tributo extraído para satisfacer lo masculino.

Dichos mandatos contribuyen a construir un círculo de violencia que atrapa estas masculinidades.

Los estudios sobre masculinidades realizados en Perú han profundizado en aspectos sociales o subjetivos de ellas, pero no vinculando ambos. A través de esta investigación, propongo llenar este vacío intersecando los aspectos de la vida personal de los usuarios del CAI-Breña con las estructuras socioeconómicas y de consumo cultural, el juego y la televisión, que contribuyen a configurar masculinidades violentas en Lima.

En los testimonios que aparecen en esta investigación quedan evidenciados los diversos tipos de violencia que sufrieron y cometieron en sus historias de vida. Estos van desde la violencia directa, física y emocional hacia ellos o hacia sus parejas e hijos y la violencia simbólica que se anida en la religión, la ideología, en los medios de comunicación y en la educación, lo cual legitima otras violencias, la directa y la estructural.

Para esta investigación cualitativa, se utiliza las historias de vida como método etnográfico, la cual está cruzada por tres campos conceptuales: la masculinidad hegemónica, la violencia y el modelo ecológico de la violencia, el cual permite reconocer múltiples factores relacionales a los que cotidianamente cada persona está inmersa y donde pueden producirse distintas expresiones y dinámicas de violencia. Por ejemplo, las relaciones y dinámicas entre el ámbito de lo público y lo privado, así como en la escala íntima y global, que contribuyen a construir masculinidades agresoras. Por lo tanto, el análisis que atraviesa esta investigación permite enlazar el campo teórico con el análisis de los discursos de los entrevistados y mi propia subjetividad como investigadora social.

I. EL PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN

1.1. Presentación del problema de investigación

Parto de la frase de Simone de Beauvoir “*No se nace mujer, se llega a serlo*” para, análogamente, interrogarme sobre los elementos que intervienen en la construcción de masculinidades violentas en Lima. Busco comprender las lógicas que contribuyen a construir esas masculinidades para identificar líneas de reflexión y acción que contribuyan a la mayor visibilización y comprensión social del problema por parte de la ciudadanía. Mi objetivo es explorar, a partir de las historias de vida de hombres que acuden al CAI-Breña (Centro de Atención Institucional), la relación entre aspectos de su vida privada que contribuyen a configurar masculinidades violentas y aspectos de la estructura social, específicamente el aspecto socioeconómico y de consumo cultural. El CAI es un servicio de intervención con varones adultos, que han sido sentenciados o están en proceso de sanción por actos de violencia familiar y que son remitidos por el juez de paz y/o juzgado de familia para su reeducación.

La elección de casos que ya han sido tipificados como actos de violencia de género, evita discutir sobre la validez o no de su caracterización como masculinidad violenta y más bien me permite concentrarme en hallar características en común que posibilitan inferir la presencia de éstas en masculinidades no procesadas ni sancionadas judicialmente.

Esta investigación entiende la construcción de las identidades masculinas como un proceso por el cual “algunos discursos, prácticas y referentes simbólicos marcan gran parte de la trayectoria de vida de los hombres. Estos serían 1) el poder y la autoridad que, desde diferentes instituciones les otorga el hecho de ser hombres; 2) el desempeño sexual, centrado

en la genitalidad, en la potencia viril; 3) el trabajo que enfatiza el éxito profesional y laboral; y 4) la falta de expresión de emociones y sentimientos” (Fuller, 2018: 66). Este proceso se encuentra bajo un régimen patriarcal; un régimen político, como sostiene Kate Millet, de dominación, ligados a relaciones de poder. En este régimen “la masculinidad hegemónica se puede definir como la configuración de práctica genérica que encarna la respuesta corrientemente aceptada al problema de la legitimidad del patriarcado, la que garantiza (o se toma para garantizar) la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres” (Connell, 1997: 39). Cuando esta posición es desafiada, cuestionada o no aceptada, se ejerce la violencia. Para Rita Segato, “la violencia emana de la relación entre dos ejes interconectados. Uno horizontal, formado por términos vinculados por relaciones de alianza o competición” (Segato, 2003), es decir construida para y entre pares; y “otro vertical, caracterizado por vínculos de entrega o expropiación” (Segato, 2003), es decir un estatus jerárquico, en el que lo femenino es el tributo extraído para satisfacer lo masculino. El cruce de ambos ejes produce una economía simbólica, en la que la violencia es una manera de comunicar tanto en lo privado como en lo público.

En ese sentido, para esta investigación las masculinidades se conceptualizan desde una visión múltiple y dinámica de las mismas que permita reconocer su dimensión subjetiva como social, en tanto se forja en la interacción diaria de la subjetividad de los sujetos y el sistema de valores del entorno en el que se desarrolla.

La investigación plantea una metodología cualitativa y tiene un carácter exploratorio. Hace uso de las historias de vida como método etnográfico, el cual está cruzado por tres campos conceptuales, la masculinidad hegemónica, la violencia y el modelo ecológico, el propone

reconocer múltiples factores relacionales a los que cotidianamente cada persona está inmersa y donde pueden producirse distintas expresiones y dinámicas de violencia.

1.2. Justificación de la elección del problema a investigar

Durante el 2020, el 66% de mujeres mayores de 18 años sufrió violencia física, psicológica o ambas, mientras que el 58% de mujeres entre 15 y 49 años sufrió algún tipo de violencia por parte de su pareja (INEI, 2020). Este año, complicado por la pandemia en la que nos encontramos, se observó un incremento de 83,9 puntos porcentuales en los casos de violencia contra las mujeres, integrantes del grupo familiar y violencia sexual atendidos por los CEM (Centro de Emergencia Mujer) de enero a julio del presente año, frente a lo registrado en el mismo periodo del año anterior (MIMP, 2021). Las cifras siguen siendo alarmantes.

La preocupación de peruanos y peruanas es flagrante, según la encuesta realizada en el 2019 por Ipsos, la violencia (y el crimen) es el segundo tema que más les preocupa. (IPSOS, 2020). Es necesario remarcar que esta situación no es coyuntural. La violencia ejercida contra las mujeres es un problema de larga data en el país (para mayor información revisar el libro de Luis Bustamante Otero (2018) que habla sobre violencia doméstica en los matrimonios de Lima colonial). Durante el periodo 2015-2018 el documento “Los Femicidios y la violencia contra la mujer (2015-2018)” elaborado por el Comité Estadístico Interinstitucional de la Criminalidad-CEIC reportó que Lima lidera la mayor cantidad de víctimas por femicidios (127) seguida de Cusco (30), Arequipa (28), Huánuco y Junín (27 víctimas cada uno). Así mismo señala que 6 de cada 10 mujeres fueron víctimas de violencia ejercida alguna vez por el esposo o conviviente, correspondiendo a más de la mitad (58,9%) a agresiones psicológicas y/o verbales y la tercera parte (37,5%) a agresiones físicas y sexuales. Dicho informe da cuenta también que entre el 2015-2018 se produjeron 471 víctimas por

feminicidio a nivel nacional y solo hubo 379 condenados por ese delito. Un dato importante es que el feminicidio, forma de violencia de género agravada, recién fue tipificado como delito en el 2011. Aún quedan muchos casos donde el castigo para los agresores llega tarde y en otros no llega, sobre todo tomando en cuenta que la tasa de feminicidios va en aumento de 84 feminicidios (2015) a 150 (2018). La complejidad del problema también se aprecia en dos hechos. Uno, que en el Perú, los delitos por violencia psicológica recién han sido tipificados en el 2016; en tanto, el acoso sexual y la difusión de imágenes íntimas sin consentimiento recién lo han sido en setiembre del 2018. Dos, es recién en el 2016 que el Consejo Ejecutivo del Poder Judicial crea juzgados especializados para revisar casos de violencia contra la mujer. Así, retomando lo señalado por Bustamante (2018), se puede afirmar que por casi dos siglos de historia republicana la defensa de mujeres agredidas no ha tenido las herramientas necesarias para acceder a la justicia. O dicho de otro modo, la república del Perú no se preocupó por crear los mecanismos necesarios para castigar a los agresores de las mujeres.

Estos datos plantean una interrogante sobre la naturaleza del fenómeno. ¿Es la violencia de género en el país un problema estructural o una actitud normalizada en la sociedad, o ambas? Considero que ambas, de allí la necesidad de abordar el problema holísticamente, tomando en cuenta la dimensión subjetiva y social en el que se gesta la violencia contra las mujeres para dar cuenta no solo de su magnitud, sino también para sacarnos de falsas dicotomías. Es importante remarcar que en cada acción individual, en cada comportamiento violento, se expresa lo social.

Por lo tanto, esta situación demanda un viraje en la mirada hacia el problema ampliando su perspectiva. Es imprescindible generar aproximaciones a ella desde las masculinidades que

permitan comprender los aspectos y sus modos de operación que contribuyen a la configuración de masculinidades violentas para deconstruirlas y pensar en nuevas, así como implementar medidas de prevención que ayuden a eliminar la violencia contra las mujeres.

Los estudios sobre masculinidades realizados en Perú han profundizado en aspectos sociales o subjetivos de ellas, pero no vinculando ambos. A través de esta investigación y considerando, no estrictamente, el Modelo Ecológico propuesto por Lori Heise, busco llenar este vacío intersecando los aspectos de la vida personal de los usuarios del CAI-Breña con las estructuras socioeconómicas y de consumo cultural que contribuyen a configurar masculinidades violentas en Lima. Al ser mi tema de investigación una problemática compleja, propongo, a partir de la exploración de las historias de vida de sentenciados por actos de violencia familiar, física y psicológica, que son remitidos por el juez de paz y/o juzgado de familia para su recuperación al CAI-Breña, entender el modo en el que se gestan las masculinidades y la violencia contra las mujeres en nuestra sociedad. Realizaré esta exploración valiéndome de aspectos y acciones de la vida cotidiana, ya que es un campo fértil para “comprender, imaginar y pensar las consecuencias y los efectos que tienen las estructuras sociales y la acción de los sistemas de poder en la vida de las personas” (Mah, 2009). En ese sentido, considero relevante vincular las instancias sociales, que reproducen y perpetúan estructuras hegemónicas (patriarcales) al comportamiento individual (emociones y acciones), que si bien está asociado a una dimensión psicológica no se encuentra aislado de procesos históricos y sociales.

Por tal motivo, los aprendizajes son relevantes, existen niños que han sido violentados en sus casas o han sido testigos del maltrato del padre contra la madre, “desde esta posición,

aprendieron a mirar y registrar en su imaginario que la imposición de criterios, arbitrarios o no, es ejercida por los varones sobre las mujeres y los niños, aun en contra de su voluntad”. (Ramos, 2006). Sin embargo, hay varones que nunca fueron humillados, castigados arbitrariamente o testigos de maltratos a sus madres, pero a pesar de ello agreden a sus parejas. Lo que estaría demostrando esa experiencia diversa, según Ramos, es que sigue siendo la cultura hegemónica machista y el sistema de dominación masculina en su conjunto la condicionante más importante de las conductas violentas de los hombres. De la misma manera, las escuelas y los barrios (amigos), siguen siendo escenarios de las exigencias a los jóvenes. Allí son obligados por profesores y grupos de pares a demostrar su hombría: a ser rudos, a aguantar temores y dolores físicos y a conquistar mujeres. Los deportes y los castigos físicos cumplen una función paradigmática al respecto y la sospecha de ser afeminado está siempre presente, demostrar lo contrario implica pasar por crueles rituales sin miramientos, sostiene Callirgos (1998).

Otro aspecto clave a considerar en esta investigación es el económico. “Si la virilidad es la dimensión natural de la masculinidad, la hombría, ser un verdadero hombre, implica asumir los aspectos domésticos y públicos de la masculinidad, es decir, ser esposo y padre, proveedor y representante de la familia.” (Fuller, 2001). Estos mandatos de masculinidad están insertos dentro del modelo neoliberal, es decir uno donde la “empleabilidad, rentabilidad, capital humano, adquiere mayor empuje por la ubicuidad de la competencia, o del lenguaje de la competencia para ser exactos, y la ilusión de una movilidad social basada en el mérito”. (Escalante, 2016). El trabajo enfatiza el éxito profesional y laboral, en un sistema que rechaza la colectividad, exalta el individualismo y está encabezado por una figura masculina racional inserta en un sistema patriarcal, que legitima la desigualdad a través de

estructuras de poder patriarcales. El rasgo contundente de este sistema es el consumo y la velocidad, lo cual produce una insatisfacción constante del yo. Las representaciones de masculinidades son producto y a la vez producen una sociedad de consumo, estructurada a partir de la apariencia, de la imagen, en la que el culto al cuerpo, el sujeto narciso, hedonista, individualista ocupa el lugar central. En esta tesis se explora la experiencia de los sujetos entrevistados con este tipo de visibilidad predominantemente en los medios de comunicación y la industria del entretenimiento. Estas definiciones me permiten contextualizar las masculinidades, desde experiencias de vida íntimas con las lógicas de la estructura de consumo cultural en la que están inmersos.

Cabe mencionar que esta investigación no hará un trabajo de campo con hombres que han cometido feminicidio, tentativa de feminicidio, ni violación sexual, sino con hombres que han ejercido violencia física (golpes) y violencia emocional, lo cual es un requisito de inclusión en el CAI. Aquello representa un reto, ya que pueden ser prácticas más sutiles e íntimas (gestos, actos, frases) pero también una posibilidad, ya que permite explorar las formas de violencia simbólica, las cuales “son aceptadas como naturalizadas en la relación de agresores y agredidas y, por lo tanto son bastiones poderosos de la dominación masculina, precisamente por su alto nivel de hegemonía (Ramos, 2006) y a su vez la violencia emocional generalmente es la forma de violencia inicial, ya que no hay violencia física sin violencia emocional previa.

Por lo mencionado y desde mi condición de mujer heterosexual, la cual ha sido educada y vive bajo un sistema patriarcal, tengo la necesidad de indagar, reflexionar y desnaturalizar este sistema instaurado a través de prácticas cotidianas y aspectos estructurales. Aquello

también representa un desafío antropológico, ya que implica intersecar lo familiar-subjetivo con lo estructural, lo micro con lo macro, lo privado con lo público. Asimismo, debo mencionar que al ser comunicadora y fotógrafa tengo un interés por trasladar el debate académico, producto de esta investigación antropológica, a otros campos como el documental y artístico, pues considero que ampliar la discusión con otras disciplinas debe ser un interés constante de la Antropología.

1.3. Preguntas de investigación

Pregunta principal

¿Cómo se intersecan los aspectos de la vida personal de los usuarios del CAI-Breña con las estructuras socioeconómicas y de consumo cultural para configurar masculinidades violentas en Lima?

Preguntas secundarias

¿Qué aspectos de la historia individual en la familia (padres/apoderados, hermano/as, pareja, hijo/as) han contribuido a configurar masculinidades violentas, intersecándose con las dimensiones socioeconómica y de consumo cultural?

¿Qué aspectos de la historia individual en la escuela, los grupos de pares y el ámbito laboral han contribuido a configurar masculinidades violentas intersecándose con la dimensiones socioeconómica y de consumo cultural?

II. ESTADO DE LA CUESTIÓN

2.1. Estudios de masculinidades

2.1.1. Primeros estudios sobre masculinidades

El concepto analítico de género, introducido a principios de los ochenta, pretendió superar el enunciado esencialista y universalista según el cual la biología era el destino, es decir se buscó trascender el reduccionismo biológico para centrar el análisis en entender las relaciones entre hombres y mujeres como construcciones culturales y por ende históricas. El feminismo y los movimientos de liberación LGTB, enmarcados en una época de cambios: caída de grandes ideologías, auge del neoliberalismo, nuevas formas de producción industrial y nuevas técnicas reproductivas, conllevan a que hombres involucrados con estos movimientos sociales planteen la igualdad buscando la reeducación de hombres abusivos y el desmantelamiento de sus privilegios, “girando el lente feminista para verse a sí mismos” (Callirgos, 2019, diapositiva 1).

Los estudios sobre las masculinidades surgen en la segunda mitad del siglo XX, específicamente a finales de los años setenta, en el marco del cuestionamiento al patriarcado y a los estereotipos femeninos que la llamada tercera ola de los estudios feministas formulan (Nureña, 2009). El patriarcado es un régimen político histórico de dominación ligado a relaciones de poder jerárquicas. Para Pateman (1995), la nueva sociedad civil y una nueva forma de derecho político se crea a partir de un contrato original (relaciones libres) omitiendo o reprimiendo que este contrato es un pacto sexual-social de falsa libertad o mejor dicho de una libertad que recae en la libertad y derechos de los varones y en la sujeción de las mujeres. “Las mujeres no son parte del contrato originario a través del cual los hombres transforman

su libertad natural en la seguridad de la libertad civil” (Pateman, 1995: 15). De ahí que el patriarcado sea una forma de dominación masculina tanto en el ámbito público como privado.

El punto de partida para pensar en las masculinidades emerge desde la psicología norteamericana. Jack Sawyer propone que los hombres deben liberarse de los roles sexuales estereotipantes y opresivos. “El sexismo impide relaciones sanas con las mujeres y también con otros hombres produciendo competitividad, agresividad, explotación y autoritarismo” (Callirgos, 2019, diapositiva 4). En el libro “Hombres y masculinidades” (1974), Sawyer junto a Joseph Pleck realizan el estudio en el que señalan que los hombres deben liberarse de los roles de género que los oprimen. En esa línea Pleck realiza en 1977 un estudio sobre el trabajo y la familia, los roles que cumplen los hombres y las mujeres en esos ámbitos, “propone cambiar la dimensión interna de la personalidad que postula la ‘identidad de los roles de género masculinos’ por la noción de ‘tensión de los roles de género masculinos’, donde sostiene que los roles de género contemporáneos son problemáticos, históricamente específicos y también un ideal inalcanzable”. (Enguix, Nardini, Abril, 2018:13). Su crítica propone dejar de ver los roles de género como teorías estáticas en los comportamientos y actitudes, haciendo hincapié en una mirada histórica y no universalista. Sin embargo, se le critica que la teoría de los roles de género no hace énfasis en las relaciones de poder existentes entre hombres y mujeres.

Ese mismo año, Andrew Tolson publica “Los límites de la masculinidad”, un estudio desde la perspectiva del trabajo con estudiantes y trabajadores de Birmingham en el que sostiene que los hombres necesitan tomar distancia de la cultura dominante, examinar las formas en que la cultura patriarcal los subordina. El patriarcado beneficia a los hombres perpetuando la

opresión de las mujeres y al mismo tiempo construye en ellos una identidad definida como trabajadores y proveedores. Aquello esconde la dominación capitalista, que trae consigo la insatisfacción en sus relaciones con los demás y ellos mismos, acrecentando la dificultad de comunicar sus emociones. Se evidencia así una crisis de la identidad masculina provocada por grandes cambios sociales y económicos.

Desde una perspectiva contraria, Robert Bly inicia en 1990 el movimiento mitopoético, el cual buscaba conectar a los hombres con la naturaleza (su “naturaleza”) a través de rituales de pasaje a la masculinidad para recuperar la voz masculina que les había sido arrebatada y puesta en crisis producto de la sociedad industrializada y el feminismo que hace que la voz masculina ya no sea escuchada (Callirgos, 2019, diapositiva 7). Surge entonces, la necesidad de recuperar el orgullo perdido, a través de rituales de autoayuda, y transmitir a las nuevas generaciones, a sus hijos, una masculinidad “sana”, es decir patriarcal.

Los primeros estudios sobre masculinidades, provenientes del hemisferio norte, dan cuenta del importante rol que tuvo el feminismo para iniciar con su problematización. Por otro lado, es evidente que existe un reto pendiente de deconstruirlas y estudiarlas por los mismos hombres, así como desde otras disciplinas.

2.1.2. La masculinidad desde el psicoanálisis

El psicoanálisis le da una emergencia al marco teórico universalista del que venían los estudios de la masculinidad. Nancy Chodorow, quien en 1984 publica *El ejercicio de la maternidad psicoanálisis y sociología de la maternidad y paternidad en la crianza de los hijos*, propone que el hecho de que las mujeres son responsables del cuidado temprano de los niños y que, por lo tanto la primera figura de identificación sea femenina, tiene una

importancia central en la configuración psíquica humana. Ahí estaría el origen de las diferencias psicológicas entre mujeres y varones y explicaría ciertos rasgos distintivos de la femineidad. En ese sentido, el período preedípico adquiere importancia. En él la madre es la fuente primaria en una etapa de pasividad y dependencia absolutas. Para la adquisición de la identidad de las niñas existe una continuidad entre la identificación con el objeto primario femenino y su propia identidad, en cambio los niños deben romper con esa identificación primaria (con la madre) para desarrollar la identidad masculina. El primer vínculo que se genera en los hombres implica una ruptura con lo femenino y el rechazo constante a esas primeras fuentes de identidad, lo cual se da desde la infancia hasta la edad adulta y a veces toda la vida. Por lo tanto, la masculinidad se torna defensiva caracterizada por el miedo a parecer femenino, construyéndose a partir de una negación y oposición: “no soy mi madre, no soy un bebé, no soy una niña”. (Badinter 1992: 79). En esta disputa y desde un contexto latinoamericano que arrastra un patrón de organización colonial, Octavio Paz, en su libro *El laberinto de la soledad*, habla de la máscara como mecanismo de defensa. El conquistador viola a la mujer latinoamericana y producto de ello nace un hijo que representa la raza latinoamericana. Esa violación es un acto violento y a la vez representa la raza latinoamericana. En ese sentido, ese hombre, resultado de una violación, tiene que generar mecanismos para superar o salir de ello, entonces crea una máscara. “Viejo o adolescente, criollo o mestizo, general, obrero o licenciado, el mexicano se me aparece como un ser que se encierra y se preserva: máscara el rostro y máscara la sonrisa” (Paz, 1998: 10). En muchos casos, aquellos fantasmas son producto de aquellas realidades pasadas y otros reflejan problemas actuales. En todo caso, ese varón performa una máscara: el macho, “un ser hermético, encerrado en sí mismo, capaz de guardarse y guardar lo que se le confía” (Paz,

1998: 11). Un ser hermético, que simula y que para no sentirse descubierto y vulnerado busca su hegemonía.

El aporte psicoanalítico es importante para entender las masculinidades, ya que considera el proceso de identificación por el que pasamos en la infancia, tanto hombres como mujeres, y que este se da a través de un “otro”, el otro que no se tiene. En ese sentido, la masculinidad implica renuncia y negación y propone entender su construcción también desde las subjetividades. Considero relevante que, si bien esta investigación no tiene una aproximación psicoanalítica, toma en cuenta los comportamientos individuales de los hombres entrevistados, ya que en cada historia de vida se expresa lo social. La dimensión psicológica no es ajena a la realidad social y su vínculo es el motivo de exploración de esta tesis.

2.1.3. La masculinidad hegemónica

A partir de la década de los ochenta se comienza a dar un cuerpo teórico y empírico llamado *Critical Studies of Men and Masculinities*, desplazando los *Men's Studies*, “centrado fundamentalmente en EE UU., en la masculinidad como problema psicológico y en la crisis de la identidad masculina” (Enguix, Nardini, Abril, 2018:15). Los *Critical Studies of Men and Masculinities*, difundidos a través de los trabajos de Michael Kimmel y Raewyn Connell, entre otros, se interesan por las diferentes formas de practicar y experimentar la masculinidad, lo cual llevó a dejar de hablar de masculinidad para hablar de masculinidades, virando la temática sobre cuestiones relativas al poder. En esa línea, Connell sostiene que se tiene que examinar las relaciones entre esas masculinidades y más aún “separar el contexto de la clase y la raza y escrutar las relaciones de género que operan dentro de ellas”. (Connell, 1997: 39). Connell acuña el concepto de masculinidad hegemónica derivado del análisis de Antonio Gramsci de las relaciones de clases, el que “se refiere a la dinámica cultural por la

cual un grupo exige y sostiene una posición de liderazgo en la vida social.” (Connell, 1997:39). Entonces para él “la masculinidad hegemónica se puede definir como la configuración de práctica genérica que encarna la respuesta corrientemente aceptada al problema de la legitimidad del patriarcado, la que garantiza (o se toma para garantizar) la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres” (Connell, 1997: 39), siendo la hegemonía una relación históricamente móvil. La posición de dominación de los hombres, es decir hegemónica, ha ido cambiando a lo largo de los años y también desafiada por las mujeres, sin embargo, esta encarna una estrategia corrientemente aceptada, permitiendo el surgimiento de nuevas hegemonías “adaptadas” al contexto (social, cultural, político, económico).

En una sociedad capitalista, sin Estado, las mujeres se convierten en un capital útil ya que se la coloca en el cuidado y lugar del ámbito doméstico sin recibir remuneración por dicho trabajo, mientras el hombre ocupa el lugar público, cuyo trabajo es remunerado, perpetuando su hegemonía y sentando las bases de una desigualdad económica y por tanto social. El concepto de masculinidad hegemónica de Connell es relevante para el estudio de las masculinidades en la actualidad y por ello lo considero útil para esta investigación, ya que visibiliza las relaciones de poder que ocupan las masculinidades en determinado contexto y época.

2.1.4. Los estudios de las masculinidades en el Perú y la violencia

Esta investigación problematiza las masculinidades y su vínculo con la violencia estableciendo una relación entre lo subjetivo y lo estructural a través de historias de vida de varones que viven en Lima. En esa línea, existen estudios de masculinidades en el Perú que han indagado sobre el aspecto subjetivo, el laboral, paternidades, sexualidades, entre otros.

La psicóloga Marga Stahr y el periodista y escritor Rafael León realizaron en 1995 una investigación sobre masculinidades encargada por DEMUS (Estudio para la Defensa y los Derechos de la Mujer). Aquella buscaba explorar en la subjetividad masculina, recogiendo y comentando una serie de testimonios de varones procesados y encarcelados por violación a mujeres, como una manera de acceder a su visión de los hechos y a sus historias personales. Esta aproximación a la problemática de la violencia masculina resulta interesante, porque a través del acercamiento al mundo interior de los varones acusados por violación sexual, se revela que hay “discursos de exculpación”, los cuales transitan desde la negación del delito hacia la denigración de la mujer. La injerencia de los estereotipos de género y los mandatos de masculinidad juegan en favor de una estrategia de defensa, la cual se revela en una de las frases de los entrevistados y que es el título de este estudio: *Yo actuaba como varón solamente...*

Los mandatos de la masculinidad construidos desde la infancia son abordados por Daniel Del Castillo en su ensayo *Los fantasmas de la masculinidad*. En él, sostiene que los varones escolares peruanos construyen su identidad a través de dos figuras: el lorna y el maricón. El niño-adolescente tendrá que lidiar, según los mandatos de los padres e imperativos culturales (mass media), con sus emociones aceptando algunas y rechazando otras, a veces de manera violenta. “Este proceso cultural es bastante conocido. Se inicia desde muy temprano en la infancia, pero se intensifica y adquiere nuevos aspectos durante el empuje puberal, después de lo que los psicoanalistas llaman el "período de latencia". En el caso de los hombres los mecanismos de negación, el "no ser mujer”, resultan fundamentales, en la medida que, como coinciden muchos psicólogos y psicoanalistas que tratan el tema, la masculinidad ha

emergido de un magma femenino que deberá ir siendo neutralizado progresivamente”. (Del castillo, 2001). El afeminado sería entonces el mejor candidato para ser estigmatizado como maricón, así mismo el lorna “gira alrededor de atributos espirituales "maternos": debilidad física, pasividad y falta de agresividad, sensibilidad; aunque también de atributos físicos -formas curvas, senos (como en el caso de ciertos gordos), suavidad y delicadeza de la piel” (Del Castillo, 2001). Todo ello da cuenta de lo complejo que significa construir las masculinidades en una sociedad patriarcal, como la nuestra. En ese sentido, como sostiene el autor, es evidente pensar en la huella sobre las emociones y deseos que queda en el futuro varón, producto de lo vivido en esa etapa. De ahí la necesidad de indagar también la infancia y adolescencia de los entrevistados para esta investigación.

Desde una aproximación a las subjetividades, Miguel Ángel Ramos hace un estudio en el 2006 sobre la violencia de género en las relaciones de pareja. En su investigación *“Masculinidades y violencia conyugal: experiencias de vida de hombres de sectores populares de Lima y Cusco”*, Ramos entrevistó a 26 hombres, los cuales al ser consultados sobre los cambios que estaban ocurriendo en el país y en el mundo en relación al ejercicio de los derechos de las mujeres, respondieron estar de acuerdo con ello. Sin embargo, Ramos observó ciertas tensiones y malestares, porque esto significaba nuevas demandas, pérdida de privilegios y un reajuste en las relaciones de género. La mayoría provenía de familias jerárquicas, patriarcales y con una clara interiorización de creencias que estaban actuando de manera permanente en el ejercicio de la violencia contra sus parejas. Ramos detectó la necesidad de demostrar permanentemente la capacidad de tener autoridad y control sobre sus parejas para ser reconocido como verdadero hombre. Una segunda creencia era tener la capacidad de controlar la sexualidad de sus mujeres: sus parejas, sus hermanas, sus hijas. Y

una tercera creencia era que ellos tenían que demostrar su capacidad de tener una pareja heterosexual, hijos y además tener la capacidad de ser un un buen proveedor porque de eso dependía su autoridad. Así mismo, el autor alerta sobre la falsa dicotomía entre lo psicológico versus lo social, ya que en cada acción individual se expresa lo social, por lo tanto “en cada comportamiento violento se manifiestan las construcciones socioculturales de género, las desigualdades sociales y las organizaciones jerárquicas”. Entonces, concluye que si comprendemos cómo y de dónde aparece este malestar se puede proponer trabajos efectivos para evitar las agresiones de los varones hacia sus parejas.

En esa misma línea, el mismo autor y Nancy Palomino publican dos años después, en el 2018, el estudio cualitativo “*Detrás de la máscara: Varones y violencia sexual en la vida cotidiana*”. Éste presenta, desde la perspectiva de los propios varones provenientes de Lima, Arequipa e Iquitos, una aproximación a los mecanismos que los impulsan a someter a las mujeres mediante la violencia sexual. Uno de los aportes de este estudio revela facetas ocultas de la condición masculina y los costos personales que generan en la gestión de sus emociones. Da cuenta de la complicidad social frente a la violencia sexual hacia las mujeres, así como nuevas sensibilidades que cuestionan el machismo, aún cuando se contradigan con prácticas que continúan normalizadas. La línea de trabajo de ambos estudios es un referente importante para esta investigación, ya que plantea encontrar pistas que involucren a estos hombres en la lucha contra la violencia.

Por otro lado, y desde una perspectiva de visibilización de la violencia, en el 2016, la Cooperación Alemana implementada por la GIZ, a través de su *Programa Regional Combatir la Violencia contra las Mujeres en Latinoamérica*, realizó la campaña *Cartas de Mujeres*,

realizada en Ecuador, Perú y Bolivia, en la que cada escrito representa las voces de las mujeres, hombres, adolescentes, niños y niñas que brindaron sus testimonios y se pronunciaron públicamente contra la violencia hacia las mujeres. En el caso de la campaña en Perú, al término de la misma, las cartas fueron entregadas a la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP), para su resguardo y también para su utilización como insumo de nuevas investigaciones que puedan brindar pistas o elementos para el más adecuado tratamiento de esta problemática social (Cueva et al., 2016). Esta iniciativa, junto a los estudios mencionados anteriormente apuntan a una propuesta del problema desde la prevención, lo cual requiere primero el entendimiento de las causas que originan la violencia para luego eliminarla. En ese sentido Kaufman (1999), sostiene que la adhesión de los individuos a la construcción social de masculinidad o femineidad dependerá de la educación que reciban en la infancia y las influencias que tengan a lo largo de su vida. En el caso de la masculinidad, ésta posee un elemento clave que es el poder; ser hombre significa tener y ejercer poder. El poder asociado a la masculinidad exige poseer algunas características, tales como ganar, ordenar, lograr objetivos y ser duro. Por otra parte, las características genéricas atribuidas al hombre, tales como objetividad y racionalidad, le otorgan un dominio sobre la mujer. Aplicado en un sentido amplio, sostiene el autor, poder también significa controlar sentimientos, emociones y necesidades afectivas, para evitar la pérdida de dominio y el control sobre los otros, y también por el temor de que le atribuyan características femeninas, que son absolutamente rechazadas. Y es que, este tipo de masculinidad era concordante con el paradigma racional que sirvió de sustento a la modernidad para su desarrollo. La revaloración de las dimensiones afectivo – emocionales dentro de la sociedad actual desestabiliza a estas masculinidades que no saben cómo actuar en las presentes circunstancias.

Como se aprecia, la investigación sobre las masculinidades ha sido trabajada tanto en Europa y Norteamérica como en Latinoamérica, muchas de ellas reconociendo la influencia e importancia de los elementos de la vida cotidiana sobre las identidades masculinas, centrándose sobre todo en el ámbito familiar, pero sin abarcar y vincular otras esferas de la misma y menos sobre los procesos estructurales que las construyen y viceversa. Los trabajos encontrados, mayormente, se ubican en un campo o en el otro más no en la intersección de los mismos. De allí que mi objeto de estudio sean hombres procesados por actos de violencia contra la mujer, incluyendo sus relaciones con la familia nuclear, grupos de pares, así como la manifestación del aspecto socioeconómico y cultural, esta última vinculada al juego y la televisión.

En este sentido, la elección de varones que acuden al Centro de Atención Institucional (CAI) por violencia contra la mujer facilita una oportunidad para reflexionar sobre las masculinidades, en general, y los sentidos presentes en la comunidad en torno a la masculinidad, ya que no considero a estos hombres como enfermos mentales o como seres aislados o como únicas masculinidades violentas. Creo que la violencia contra la mujer es un problema no solo estructural, sino una actitud normalizada en la sociedad. Y afirmo que, así como no hay uno sino distintos tipos de masculinidades, no hay un único agresor, sino distintos tipos de agresores. Al respecto, el estudio *Violencia contra las mujeres en relaciones de pareja: patrones de victimización y tipología de agresores* de Wilson Hernández y Hugo Morales (2019), sostiene que los agresores son un gran grupo heterogéneo. Hallaron cuatro patrones de victimización de mujeres que sufrieron violencia de parte de sus parejas alguna vez en su vida. El control limitado, constituye el 45% de las mujeres en la muestra, se

evidencia mayormente violencia psicológica, se limita a los celos y casi no registra episodios de violencia en los últimos 12 meses. El control extendido, constituye el 19% de las mujeres en la muestra, se evidencian celos, no les permiten ver a sus amigas, limitan el contacto con familiares y casi no registra episodios de violencia en los últimos 12 meses. El control violento regular constituye el 26% de las mujeres en la muestra, se evidencia menor despliegue de control o violencia psicológica, mayor uso de violencia física-empujada, sacudida o le tiraron algo y el control violento con riesgo de feminicidio, constituye el 9% de las mujeres en la muestra, se evidencia frecuentes agresiones psicológicas y físicas, donde el 29% fue estrangulada y el 29% sufre violencia física a menudo. Asimismo, se hallaron tres tipos de agresores, violentos en lo familiar de baja intensidad, violentos en lo familiar de alta intensidad y violentos en general, recogiendo información de 344 reos condenados o procesados por delitos vinculados a violencia contra mujeres en los establecimientos penitenciarios de Lurigancho y Miguel Castro Castro. Estas tipologías dan cuenta que la violencia se ejerce en forma gradual y que no necesariamente las mujeres la sufren bajo esa característica, y que los hombres tampoco son necesariamente cada vez más agresivos. Por otro lado, los patrones de victimización más violentos se presentan en todos los niveles socioeconómicos, al igual que los tipos de agresores más violentos, aunque su proporción en las formas de agresión más severas sea más alta en las clases bajas. Entonces la educación, el nivel socioeconómico y el empleo tienen cierto grado de influencia en la expresión de la violencia, pero no la extingue.

Los estudios mencionados anteriormente nos demuestran que “la violencia contra la mujer es una vulneración de los derechos humanos, expresión del poder, dominio y control que se ejerce sobre sus cuerpos y vidas; como tal, restringe el goce de los derechos a la igualdad, la libertad, la autonomía y la integridad” (Dador, 2011: 16), la cual se ejerce en el contexto de

las relaciones familiares e interpersonales pero también desde la política, los símbolos culturales, las estructuras económicas, las condiciones laborales, las brechas salariales, la pobreza y todas nuevas formas de violencia que van apareciendo en este mundo globalizado. Esto da cuenta de las diferentes fuerzas sociales que ejercen violencia contra la mujer, violentadas como consecuencia de su género; es decir, la violencia que les llega por el hecho de ser mujeres, argumento que esta tesis comparte.

En las últimas décadas se ha ido reconociendo, cada vez más en el ámbito internacional, que la violencia de género es un grave problema, no sólo para las mujeres, sino también para el logro de la igualdad, el desarrollo y la paz en el mundo (Naciones Unidas, 1986). Asimismo, dentro de América Latina, el tema emergió como una prioridad de las organizaciones de mujeres de la región y de la reflexión feminista durante el Decenio de las Naciones Unidas para la Mujer (1976 - 1985), y en los últimos años también le han prestado atención los gobiernos de la región (Rico, 1996: 11). Es así que, esta investigación permitirá ampliar cualitativamente la comprensión del objeto de estudio, incluyendo una perspectiva que propicia la intersubjetividad y, a partir de ella, facilita la construcción de consensos. Considero que es imprescindible generar aproximaciones a la violencia contra la mujer desde las masculinidades que permitan comprender los posibles aspectos colectivos e individuales que contribuyen a la configuración de identidades masculinas agresoras. Así, la sociedad en su conjunto será capaz de implementar medidas de prevención que ayuden a eliminar este lastre. Esta situación demanda un viraje en la mirada de la sociedad hacia el problema ampliando su perspectiva.

2.2. Violencia de género

Considero necesario señalar que, el reconocimiento de la violencia de género implica tanto enfrentar las relaciones desiguales de poder entre hombres y mujeres, como incluir en esta violencia la que se ejerce contra quienes no acatan el “imperativo sociocultural del sistema binario de género y la práctica sexual de la heterosexualidad (la violencia por prejuicio)” (MIMP, 2016: 24). En el caso de esta investigación, si bien reconozco y rechazo la violencia de género y la discriminación ejercida contra la comunidad LGTBIQ+, centraré mi estudio en la violencia ejercida contra las mujeres heterosexuales por sentirme directamente identificada con ellas, en tanto investigadora heterosexual, y porque “el Perú presenta índices de prevalencia de la violencia contra la mujer muy altos en comparación con lo que ocurre en otros países” (MIMP, 2016: 28). Asimismo, considero urgente trabajar con más énfasis en políticas preventivas antes que las punitivas (sin descartarlas). Por ello, entender cómo se gestan las violencias desde las masculinidades, apunta a ello.

La antropóloga argentina Rita Segato plantea que, “el fenómeno de la violencia emana de la relación entre dos ejes interconectados. Uno horizontal, formado por términos vinculados a relaciones de alianza o competición, y otro vertical, caracterizado por vínculos de entrega o expropiación” (Segato, 2003: 253). El agresor actúa en competición y alianza con sus pares hombres y su relación con lo femenino es una expropiación, por lo tanto, jerárquica. A principios de los noventa, Segato realizó entrevistas en profundidad a violadores que se encontraban presos en la Cárcel de Brasilia, las conclusiones de esa experiencia se plasmaron en su libro *Las estructuras elementales de la violencia: ensayos sobre género, entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos* (Segato, 2003). Con el título de la obra quiso evidenciar la relación que ella establece entre el parentesco y el rol del ámbito familiar

de la vida cotidiana en la construcción de identidades masculinas agresoras. Segato (2003) sostiene que, es en el espacio familiar el lugar en el que el niño transita y aprende que existen figuras con más valor que otras: la figura paterna, el hermano mayor, el primogénito, el más fuerte y existen figuras con menor valor: las mujeres, las hermanas, la esposa. Es por ello que la violencia en todas sus formas se aprende en la familia, la casa, el hogar, la primera pedagogía opresiva y violenta que luego se replica en todas las escalas. Es decir “la violencia de género es la incubadora, el semillero de todas las otras formas de violencia, desde el robo a la guerra, es su vivero y su campo de cultivo” (Segato, 2018: s.n.). La violencia contra la mujer se aprende también dentro del ámbito familiar. Según ello, concuerdo con Segato (2018) que la violencia contra la mujer no debe ser entendida como un tema de interés particular, de minorías o una preocupación que le atañe solo a las mujeres, sino universal por ser muy influyente sobre otras formas de violencia y dominación de desigualdad. Por otro lado, el grado de frecuencia y cotidianidad del acto de violación del que nos habla el estudio de Stahr y León (1995), dilucida que el acto de violencia, en este caso hacia mujeres con quienes los varones entrevistados mantuvieron relaciones previas, encierra vínculos sentimentales y por ello subjetividades (particulares), aspectos relevantes a tomar en cuenta en el estudio de las masculinidades y violencia. En ese sentido, indagar sobre las subjetividades nos lleva a la pregunta ¿quién es la víctima? Para lo cual, será necesario reconocer que la mujer es la víctima de la violencia sexual y el varón el victimario, pero también considerar que el varón ejerce una violencia, consciente, inscrito bajo una serie de mandatos que van desde lo subjetivo hasta lo estructural, lo cual si bien debe ser sancionado drásticamente también debe ser análisis de estudio para prevenirlo. En esta línea, el estudio de Wilson Hernández (2019) permite tomar en cuenta que existen distintos patrones de victimización, así como una tipología de agresores, lo cual evidencia que los agresores están

atravesados por temas como la raza, clase socioeconómica y aspectos culturales. Por ello, es importante que al hacer un estudio sobre masculinidades y violencia se tome en consideración la diversidad de los aspectos mencionados. Como Miguel Ramos y Nancy Palomino (2018), quienes realizaron un estudio sobre varones y violencia sexual en la vida cotidiana en tres ciudades del Perú, lo cual revela que la causa del acto violento es la pérdida del control de la sexualidad femenina, por lo tanto, los costos personales que generan en ellos la gestión de sus emociones para lidiar con ello. Ante la gran cantidad de casos de violencia contra la mujer en el Perú, en el 2010 se conformaron los Centros de Atención Institucional Frente a la Violencia Familiar (CAI), a los cuales asisten hombres que han cometido actos de violencia familiar y que son remitidos por el juez de paz y/o juzgado de familia a participar de un proceso reeducativo. Dicho centro, así como los ubicados en el Callao, Cusco y Ayacucho, forma parte del Programa Nacional para la Prevención y Erradicación de la Violencia contra las Mujeres e Integrantes del Grupo Familiar (Programa Nacional AURORA) del Ministerio de la Mujer y Poblaciones Vulnerables. Al respecto, Igor Valverde (2020) problematiza en su tesis sobre las (re)construcciones de la masculinidad en hombres agresores participantes en el proceso reeducativo del Centro de Atención Institucional Frente a la Violencia Familiar (CAI) entre los años 2013 y 2017 y concluye que los hombres en sus prácticas cotidianas cuestionan la masculinidad hegemónica y el uso de la violencia, no sin contradicciones y tensiones. Si bien, al finalizar el programa de reeducación, redujeron su ejercicio de violencia y procuraron relaciones más respetuosas, se mantiene la tendencia a retener, real o imaginariamente el poder. Los procesos de reeducación son útiles, pero deben estar insertos en políticas estatales, institucionales y económicas que brinden el ecosistema que promueva la igualdad y respeto entre hombres y mujeres. Si la estructura no cambia, difícilmente un hombre encontrará un eco consecuente de sus actos cotidianos.

El carácter histórico y patriarcal de la violencia contra las mujeres no permite que, así sus violentadores reconozcan que lo que hacen está mal, ésta deje de existir. De enero a septiembre de este año (2021), 48 206 casos de violencia física fueron atendidos por los Centros de Emergencia Mujer (CEM) (AURORA, 2021) y hasta octubre hubo 236 tentativas de feminicidios en todo el país, siendo, 9 de cada 10 intentos, perpetrados por las parejas o exparejas de las víctimas. Por todo lo mencionado, es urgente continuar problematizando las relaciones de poder, aún jerárquicas, que se gestan en nuevos espacios y tiempos, así como la reflexión sobre los mandatos de la masculinidad que persisten y que impiden la gesta de nuevas masculinidades libres de ellos.

III. MARCO CONCEPTUAL

3.1. Masculinidad hegemónica

La frase de Simone de Beauvoir “*No se nace mujer; se llega a serlo*”, nos permite comprender que las identidades se construyen no solo en función al *otro*, sino dentro de una estructura. En ese sentido, las masculinidades no pueden ser entendidas como objetos aislados, sino como un aspecto de una estructura mayor.

El patriarcado es una forma de poder político, en el cual se mantiene una forma de subordinación de las mujeres frente a los hombres y “gravita sobre la institución de la familia. Ésta es, a la vez, un espejo de la sociedad y un lazo de unión con ella; en otras palabras constituye una unidad patriarcal dentro del conjunto del patriarcado” (Millet, 1995: 83). Por ello, es importante considerar cómo opera la sociedad. Existe un conjunto de estructuras que se ha encargado de privilegiar lo masculino, se ha ido construyendo, y continúa haciéndolo,

ya no a través de un listado de características, sino bajo una lógica de producción dinámica, razón por la cual, pasamos a hablar de un capital masculino en cuya lógica lo biológico dejará de explicar lo masculino. La masculinidad es la interiorización de un conjunto de dispositivos que permiten el establecimiento de ciertas realidades. En esta investigación conceptualizo las masculinidades desde una visión múltiple y dinámica, es decir con una condición de flujo en tanto se forja en la interacción diaria de la subjetividad de los sujetos y el sistema de valores del entorno en el que se desarrolla. En esa línea, Connell, representante de los *Critical Studies of Men and Masculinities*, sostiene que se tiene que examinar las relaciones entre esas masculinidades y más aún “separar el contexto de la clase y la raza y escrutar las relaciones de género que operan dentro de ellas”. (Connell, 1997: 39). Por lo tanto, considero pertinente tomar su concepto de masculinidad hegemónica derivado del análisis de Antonio Gramsci de las relaciones de clases, el que se refiere a la dinámica cultural por la cual un grupo exige y sostiene una posición de liderazgo en la vida social. Entonces “la masculinidad hegemónica se puede definir como la configuración de práctica genérica que encarna la respuesta corrientemente aceptada al problema de la legitimidad del patriarcado, la que garantiza (o se toma para garantizar) la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres” (Connell, 1997: 39), siendo la hegemonía una relación históricamente móvil. Por ello, la masculinidad hegemónica, encabezada por hombres blancos y heterosexuales, subordina no solo a las mujeres sino a todo aquello que no cumpla con el mandato heteronormativo, ya que una de las formas en las que se construye la masculinidad hegemónica es mediante la competencia entre los mismos varones, poniéndose a prueba su fuerza física y virilidad mediante la extracción de la dádiva de lo femenino (Segato, 2003), obligándolos a ocupar, probar y a reconducirse a dichos mandatos. Las masculinidades subordinadas serán aquellas, como los homosexuales que, al no cumplir con esos mandatos,

quedan bajo el poder de la masculinidad hegemónica. Cabe mencionar que, hay una masculinidad complementaria a la masculinidad hegemónica y es la masculinidad cómplice, la cual no ejecuta las prácticas de la masculinidad hegemónica, pero recibe los beneficios de esta y no hace nada por cambiarla.

Cada hombre vive los diferentes tipos de masculinidades en una convergencia móvil, en la que está en juego el poder y es ahí donde se vincula al concepto de violencia. La violencia es “el ejercicio del poder mediante el uso de la fuerza - ya sea física, sexual, verbal, emocional, económica o política- que afecta de manera negativa la integridad física o psicológica de la otra persona”. (Ramos, 2006:15), la cual tiene una intención de controlar, someter e intimidar al otro, anulándolo en su calidad de “otro”. El ejercicio de dicha violencia “se basa en la existencia de un desbalance de poder físico, económico, político o cultural” (Ramos, 2006: 15), por lo tanto, quien ejerce la violencia es quien ostenta mayor poder. En esta investigación tejeré la relación de poder que ejerce el hombre sobre la mujer en los niveles mencionados anteriormente.

3.2. Violencia

3.2.1. Violencia de género y violencia contra la mujer

El género se construye (Beauvoir, 2011), por ello que “cada persona cree su propio género personal cultural implica una extensión de la idea de que el género no puede entenderse independientemente de la cultura” (Chodorow, 2003: 87). La identidad de género, se entiende como “el sentimiento experimentado por el sujeto de que su existencia posee una permanencia y continuidad perceptibles internamente por él mismo y externamente por los otros” (Fuller, 2001: 20). Es decir, que se trata de una construcción social. La misma autora

sostiene que el género no se deriva mecánicamente de la anatomía sexual o de las funciones reproductivas, sino que cada grupo humano elabora significados sobre el origen y las consecuencias de estas diferencias.

En ese sentido y para el propósito de esta investigación, tomo la categoría de género, la cual “devela cómo las relaciones humanas están atravesadas por la construcción simbólica de la diferencia sexual, expresada en una relación jerárquica que coloca a los hombres en posiciones de dominio y a las mujeres en estados de dominación” (Olivares e Incháustegui, 2011: 15). Producto de esa jerarquía, que tiene una larga data, se han construido relaciones violentas entre hombres y mujeres. Es recién en la Declaración y el Programa de Acción de Viena, en 1993, que se “proclamó inequívocamente los derechos de la mujer y subrayó la necesidad de combatir la impunidad, inclusive mediante la creación de una corte penal internacional permanente” (Ki-moon, 1993: 5). Aquella declaración puso como uno de los debates mundiales centrales la vulneración de los derechos humanos y la violencia contra la mujer, lo cual trajo consigo la visibilización de un “conjunto de dimensiones estructurales, políticas, institucionales, normativas, simbólicas y subjetivas que diferencian y posicionan a las personas según el sexo, la clase social, la edad, la pertinencia étnica y la orientación sexual; y que producen, sostienen o legitiman los actos violentos que se suscitan en las relaciones interpersonales”. (Olivares e Incháustegui, 2011: 15). Bajo esta lógica, concuerdo que entender las masculinidades desde el patriarcado es establecer una diferencia sexual, es decir una diferencia política. “Las mujeres no son parte del contrato originario a través del cual los hombres transforman su libertad natural en la seguridad de la libertad civil. Las mujeres son el objeto del contrato. El contrato (sexual) es el vehículo mediante el cual los hombres transforman su derecho natural sobre la mujer en la seguridad del derecho civil

patriarcal.” (Pateman, 1995: 15). De ahí que el patriarcado sea una forma de dominación masculina, aplicado en el ejercicio de la violencia.

La Convención Interamericana para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra la Mujer, conocida también como la Convención Belém do Pará, define la violencia contra la mujer como cualquier acción o conducta, basada en su género, que cause muerte, daño o sufrimiento físico, sexual o psicológico, tanto en el ámbito público como en el privado. Es importante señalar que la violencia contra la mujer y la violencia de género no son lo mismo, pero la violencia contra la mujer está incluida en la violencia de género. Por lo tanto, la violencia ejercida por el hombre hacia la mujer es una violencia basada en el género, es decir es una violencia ejercida por la valoración social y cultural que se le otorga a la mujer.

Segato (2003) sostiene que, la violencia de género se encuentra en la base de toda desigualdad, siendo el acto fundador de esta la violación o apropiación de los cuerpos femeninos, basada en una estructura patriarcal. Esta desigualdad tiene bases estructurales que forman parte de una cultura hegemónica, en la cual el hombre detenta el poder a través de distintos ámbitos de la vida cotidiana e instituciones tales como la familia, la escuela, el vecindario, los grupos de pares, los centros laborales, instituciones estatales, iglesias, medios de comunicación, redes sociales, etc. En la esfera pública, la cual ha emergido en un proceso histórico, el sujeto natural es, según Segato (2018), masculino, hijo de la captura colonial y, por lo tanto, blanco o blanqueado; propietario, letrado; y pater familias. Tales ámbitos, privados y públicos, permiten la reproducción de la violencia y la justifican a través de distintos mecanismos. Este sistema de dominación es el patriarcal, cuya hegemonía está

instaurada en los comportamientos y pensamientos tanto de hombres como de mujeres, por ello se habla de hombres machistas, así como de mujeres machistas.

Considero pertinente vincular el concepto de masculinidad hegemónica de Connell al concepto de violencia propuesto por Segato, el cual señala que el fenómeno de la violencia emana de la relación entre dos ejes interconectados, “uno horizontal, formado por términos vinculados por relaciones de alianza o competición, y el otro vertical, caracterizado por vínculos de entrega o de expropiación” (Segato, 2003: 253). En este sistema la relación entre lo masculino y femenino es de entrega y de expropiación, para que lo masculino se mantenga en un orden superior necesita extraer algo (lo femenino) para luego intercambiarlo con sus pares (otros hombres) y así generar alianzas y vínculos entre ellos. En este sentido, la violencia es una forma de comunicar mensajes entre hombres y perpetuar lo femenino en un lugar inferior. En el Perú, esta hegemonía viene siendo cuestionada desde el ámbito institucional como desde el ámbito privado, evidenciando la gesta de nuevas masculinidades, la continua lucha feminista y la agencia de las mujeres para liberarse de este lastre, produciéndose así cierta desestabilización, más no la desaparición de masculinidades que ejercen violencia.

Para fines de esta investigación abordaré la violencia doméstica, es decir la que los varones ejercen contra sus parejas, a través de la violencia física (golpes) y violencia emocional. En ese sentido, utilizaré los diferentes tipos de violencia que contribuyen, desde sus particularidades y también en conjunto, a la violencia contra las mujeres. Estas son la violencia estructural, la violencia simbólica y la violencia normativa, las cuales me permiten comprender de manera integral las masculinidades que ejercen violencia contra las mujeres.

3.2.2. Violencia estructural

Por el carácter generalizado, constante y múltiple que tiene la violencia contra la mujer, la cual se presenta en distintos espacios de la vida social, resulta útil tomar en cuenta el triángulo de la violencia propuesto por Johan Galtung, quien, aunque no comprende el género en la base de la violencia originaria, como propone Segato, vincula tres tipos de violencia: la violencia directa, la violencia estructural y la violencia cultural, lo cual permite comprender las diversas desigualdades.

Galtung (1969) señala que la violencia estructural se encuentra inserta en la estructura social y se manifiesta a través de la concentración de poder desigual y, por ende, en oportunidades de vida desiguales, debido a la repartición inequitativa del poder que deviene en la capacidad efectiva desigual de decisión sobre la distribución de los recursos. Por ello, el autor se refiere a la condición de violencia estructural como injusticia social. La violencia institucional vendría a ser un subtipo de violencia estructural, la cual se encuentra aceptada en la cotidianeidad de los sujetos y son actitudes legítimas socialmente. Para la filósofa Carmen Magallón (2005), las definiciones de Galtung sobre violencia le sirven para exponer las relaciones entre los tres tipos de violencia que conforman la base compleja productora y reproductora de la violencia de género. La violencia directa contra las mujeres es claramente evidenciable y se ejerce contra sus necesidades básicas a través del feminicidio, el maltrato, el desprecio, el acoso, el abuso; la alienación identitaria proveniente de los modelos hegemónicos de feminidad, considerando su ciudadanía de segunda categoría, la negación de sus derechos, así como las opciones y elecciones de vida para las mujeres. (Magallón, 2005: 36).

3.2.3. Violencia simbólica

La violencia cultural es simbólica y persistente en el tiempo. De acuerdo a lo que sostiene Galtung, ésta se anida en la religión y la ideología, en el lenguaje y el arte, en la ciencia y en el derecho, en los medios de comunicación y en la educación. En ese sentido, su función es legitimar las otras violencias, la directa y la estructural. Por ello, Magallón sostiene que “la desvalorización simbólica de la mujer (violencia cultural) la abocó históricamente a un estatus de subordinación y exclusión institucional (violencia estructural), y esta marginación y carencia de poder favoreció su conversión en objeto de abuso físico (violencia directa)”. Asimismo, como sostiene Bourdieu (2000), el efecto de la dominación simbólica no se produce en la lógica pura de las conciencias concedoras, sino a través de los esquemas de percepción, de apreciación y de acción que constituyen los hábitos.

En el caso del Perú, como lo sostiene el informe Violencia Basada en Género (MIMP 2016), estas violencias han recibido la herencia histórica del pasado colonial y de la desigualdad entre clases sociales. El desprecio de los criollos de sectores altos y acomodados por las capas sociales más humildes de origen indígena o africano, herencia que alcanza a las mujeres (y hombres) que provienen de esos estratos o clases, perpetúa la colonialidad del poder. Ello mantiene hasta hoy un patrón de organización colonial de la sociedad a nivel social, político, estético, epistémico y de preeminencia masculina. En ese sentido, resulta relevante considerar la noción de interseccionalidad en relación a la violencia contra la mujer, ya que permite comprender cómo distintos sistemas de discriminación generan desigualdades que afectan la posición de las mujeres en la sociedad, considerando los contextos históricos, sociales, culturales y políticos.

La violencia simbólica es invisible para sus propias víctimas, pero no por ello menos violenta que la física, “suponemos que la violencia simbólica sería una violencia puramente espiritual y, en definitiva, sin efectos reales” (Bourdieu, 2000: 28), pero no es así, ya que los bienes simbólicos constituyen una experiencia subjetiva de las relaciones de dominación. Las estructuras de dominación son históricas, son producto de un trabajo continuado al que contribuyen los hombres, ejerciendo violencia física y simbólica, así como lo hacen las instituciones: familia, iglesia, escuela y el Estado.

Para Bourdieu (2000) el dominio masculino sobre lo femenino no necesita justificarse, ya que se expresa a todo nivel y se refuerza permanente a través de las costumbres y los discursos. El soporte de esta dinámica es la violencia simbólica, la cual se consolida al establecer un juego de espejos entre hombres y mujeres que se ven como antagónicos y que se definen por oposición al otro, lo masculino -lo exterior, lo oficial, lo público- y lo femenino -lo interno, lo privado, lo doméstico- y en el que el dominado no tiene otras categorías para entenderse e identificarse a sí mismo, que las que le ha impuesto la parte dominante.

Para visibilizar este tipo de violencia, esta investigación se enfocará en los niveles micro y mesosocial tomando en cuenta los aspectos socioeconómicos y de consumo cultural que contribuyen al cumplimiento de una masculinidad hegemónica y al ejercicio de la violencia contra las mujeres. Las historias de vida que analizaré son de hombres, usuarios que acuden al CAI, que han ejercido violencia física (empujones, puñetes, patadas) y psicológica, siendo esta última la más común contra sus parejas, mujeres. Cabe resaltar que, el ejercicio de la violencia dentro de la relación conyugal aparece, en muchos casos, dentro de una relación afectiva que no necesariamente desaparece luego del ejercicio de la violencia. Por esta complejidad, me resulta imprescindible considerar la dimensión psicológica, la expresión en

los comportamientos individuales de estos hombres, junto a la realidad social, ya que en cada acción individual y en cada historia de vida se expresa lo social; “la vida cotidiana es el lugar perfecto en el que se intersectan el individuo y la sociedad. Es aquí donde se realizan las prácticas que permiten la reproducción de las estructuras y donde las estructuras permiten la producción de la práctica.” (Zamora, 2005: 136).

Los conceptos teóricos mencionados me ayudarán a realizar una exploración a cerca de las masculinidades y su poder social en el ejercicio de la violencia contra las mujeres, entendiendo, por un lado, los mandatos que los hombres tienen desde que hacen hasta la adultez, su responsabilidad por dichos actos, así como la violencia tanto estructural como simbólica que los produce y a la vez producen, las cuales abordaré considerando los factores socioeconómicos y de consumo cultural.

3.2.4. Violencia normativa

Este tipo de violencia hace referencia a la imposición normativa del género. Para Butler (2007), lo normativo tiene al menos dos significados. Uno para describir la violencia que ejercen ciertos tipos de ideales de género y el otro atañe a la justificación ética, cómo se establece y qué consecuencias concretas se desprenden de la norma. La violencia normativa normaliza un ideal de género, el heterosexual, y violenta todo lo demás. Esto no implica sólo las formas normativas del género, sino también la vista normativa de cómo debería ser el mundo con género. Se da legitimidad a cuerpos que cumplen la norma heteronormativa, mientras que los otros son vistos como “falsos, irreales e ininteligibles” (Butler, 2007: 29).

Por lo tanto, la masculinidad heterosexual, es decir la hegemónica, es la norma. Dicha norma está constituida a partir de contradicciones y oposiciones en el plano subjetivo y cultural, rechazando constantemente todo lo que se aproxime a la categoría de lo femenino. Frente al temor de no encajar con la norma, los hombres se someten a vigilar constantemente sus sentimientos, emociones y la performance (comportamiento) de sus cuerpos. De esta manera, en el caso de las sociedades latinoamericanas, ser hombre está relacionado a nociones de “honor, reputación, fortaleza, virilidad y dureza de emociones y sentimientos” (Fuller, 2018: 67), y no cumplir con ello, implica ser percibido por otros hombres como “poco hombre”, un ejercicio de masculinidad que normaliza los estereotipos.

En la violencia normativa se esconde un imperativo de masculinidad, el cual exploraré a través de las relaciones entre los hombres que forman parte de esta investigación y su familia directa y grupos de pares.

3.2.5. Modelo Ecológico de la violencia

Mediante esta investigación quiero reflexionar sobre los elementos que intervienen en la construcción de masculinidades que ejercen violencia contra mujeres en Lima, hoy en día. Busco comprender, a partir de las historias de vida de hombres que acuden al CAI-Breña (Centro de Atención Institucional), las relaciones y dinámicas entre el ámbito de lo público y lo privado que contribuyen a construir masculinidades agresoras.

En ese sentido, el enfoque ecológico para la atención de la violencia instituido por Lori Heise (1994) a partir del Modelo Ecológico acuñado por Urie Bronfenbrenner (1979), propone reconocer múltiples factores relacionales a los que cotidianamente cada persona está inmersa

y donde pueden producirse distintas expresiones y dinámicas de violencia. El planteamiento de Heise, asumido desde el 2003 por la Organización Mundial de la Salud, propone cuatro niveles con los que se abordan las relaciones, condiciones y actores que influyen en el comportamiento violento de las personas. Estos son, el nivel microsocio (plano individual, carga histórica personal, etc.), el mesosocio (contextos comunitarios y relaciones sociales con grupos de pares, trabajo, etc.), el macrosocio (estructura de la sociedad) y el histórico (motivaciones epocales, ideologías). Para esta investigación, si bien no hago un uso rígido del modelo propuesto por Heise; realizo una discusión sobre elementos en los contextos socioeconómicos y culturales, el juego y la televisión, que dan forma a las historias de vida de los varones que acuden al CAI y que me permitirán relacionarlos entre sí para entender las masculinidades y su ejercicio de la violencia de una forma holística.

En esta investigación las masculinidades se conceptualizan desde una visión múltiple y dinámica, es decir tienen una condición de flujo en tanto se forja en la interacción diaria de la subjetividad de los sujetos y el sistema de valores del entorno en el que se desarrolla. La vida cotidiana es un ámbito privilegiado desde el cual se despliegan las fuerzas configuradoras de dichas masculinidades tanto a nivel estratégico como táctico. En ese sentido, “la vida cotidiana es el lugar perfecto en el que se intersectan el individuo y la sociedad. Es aquí donde se realizan las prácticas que permiten la reproducción de las estructuras y donde las estructuras permiten la producción de la práctica.” (Zamora, 2005: 136). Es justamente desde las intersecciones de la vida diaria de los individuos con el sistema social que la enmarca, que me posiciono para explorar los factores que configuran a estas masculinidades en Lima.

En este sentido, considero como Lagarde que “la vida cotidiana está estructurada sobre las normas de género y el desempeño de cada uno, depende de su comportamiento y del manejo

de esa normatividad” (Lagarde, 2005: 6). Son precisamente estas normas de género las que jerarquizan el mundo, situando a lo femenino como inferior y dependiente. Es en este espacio de interacción social que la violencia de género surge como elemento punitivo para reforzar la vigencia de dichas normas o como elemento de expresión de impotencia y venganza, cuando dicho status quo no puede mantenerse. De esta manera, dentro de la vida cotidiana, “la violencia de género se vale de diversos elementos para enraizarse en las relaciones sociales (familia, escuela, mercado de trabajo, entre otras), los símbolos culturales y la configuración de la identidad personal” (MIMP, 2016: 24) impidiendo que este sistema sea desmontado.

En esta tesis, se reflexionará sobre la violencia contra las mujeres por parte de varones. Por ello, es relevante considerar el factor socioeconómico en la gesta de masculinidades agresoras. “Si la virilidad es la dimensión natural de la masculinidad, la hombría, ser un verdadero hombre, implica asumir los aspectos domésticos y públicos de la masculinidad, es decir, ser esposo y padre, proveedor y representante de la familia.” (Fuller, 2002: 437). Estos mandatos de masculinidad están insertos dentro del modelo neoliberal, es decir uno donde la “empleabilidad, rentabilidad, capital humano, adquiere mayor empuje por la ubicuidad de la competencia, o del lenguaje de la competencia para ser exactos, y la ilusión de una movilidad social basada en el mérito”. (Escalante, 2016: 217). El trabajo enfatiza el éxito profesional y laboral, en un sistema que rechaza la colectividad, exalta el individualismo y está encabezado por una figura masculina, que debe cumplir estos mandatos. Tales características no están adscritas solo a un sistema económico, sino también a un conjunto de formas de organización y estas prácticas despliegan saberes y poderes, cuyos dispositivos son funcionales a la lógica del libre mercado. Por lo tanto, la razón neoliberal “es ubicua en el arte de gobernar y en el

lugar de trabajo, en la jurisprudencia, la educación, la cultura y en una amplia gama de actividades cotidianas” (Brown, 2017: 13). En ese sentido, se instaura una cultura en la que el sujeto es promotor de sí mismo y su interés es el triunfo individualista, no colectivo. El rasgo contundente de este sistema es el consumo y la velocidad, lo cual produce una insatisfacción constante del yo. Russell, citado por Bauman (2007), resume el ‘daño colateral’ causado por la invasión consumista en “la materialización del amor”, es decir los trabajadores al ser persuadidos (por la publicidad) de ‘necesitar’ más, necesitan más dinero, por lo tanto, deben trabajar más y estar más horas fuera del hogar, trasladando toda la responsabilidad doméstica a las mujeres. Así, se disminuye también la capacidad de conversar y buscar puntos de encuentro, hay menos tiempo para la empatía mutua y la negociación. La felicidad (ser optimista, positivo) está regulada por el deseo/goce a través de la publicidad (el consumo), el cual es un imperativo inalcanzable, que abarca lo material y corporal, lo que se traduce en mandatos de masculinidad. En ese intento, se producen nuevas formas de vivir el cuerpo y la subjetividad, donde entra a tallar el anhelo por estar siempre conectados y recibir información a través, y sobre todo, de imágenes. Estas imágenes son el incentivo del deseo, donde el espectáculo es la copia que se ha independizado de la realidad y cuándo dichas imágenes sustituyen a la realidad se convierten en “el crimen perfecto”, como sostiene Baudrillard. En ese sentido, como señala Benjamin (1987), el papel de la representación de la fantasía, su reproducción y difusión por medios técnicos consistiría en servir de espejo para que la sociedad pueda reconocerse. En ese sistema, las representaciones de masculinidades son producto y a la vez producen una sociedad de consumo, estructurada a partir de la apariencia, de la imagen, en la que el culto al cuerpo, el sujeto narciso, hedonista, individualista ocupa el lugar central. En esta investigación se explora la experiencia de los sujetos entrevistados con este tipo de visibilidad predominantemente en los medios de comunicación y la industria del

entretenimiento. Estas definiciones me permiten contextualizar las masculinidades, desde experiencias de vida íntimas con las lógicas de la estructura de consumo cultural en la que están inmersos, entendiendo el consumo cultural como “el conjunto de procesos de apropiación y usos de productos en los que el valor simbólico prevalece sobre los valores de uso y de cambio” (García Canclini en Sunkel, 1999: 42). Me referiré, específicamente, a las dinámicas de poder que aparecen en las prácticas y percepciones de juegos y programas de televisión a los que los entrevistados hacen referencia.

IV. METODOLOGÍA

4.1. Discusión y diseño de campo

Esta investigación hace una exploración sobre la relación entre los aspectos del ámbito privado y de la estructura social que intervienen en la construcción de masculinidades violentas en Lima, a partir de las historias de vida de hombres que acuden al CAI-Breña (Centro de Atención Institucional). El CAI es un servicio de intervención con varones adultos, que han sido sentenciados por actos de violencia familiar y que son remitidos por el juez de paz y/o juzgado de familia para su reeducación. Este centro forma parte del Programa Nacional para la Prevención y Erradicación de la Violencia contra las Mujeres e Integrantes del Grupo Familiar- AURORA, el cual pertenece al Ministerio de la Mujer y Poblaciones Vulnerables (MIMP) y cuenta con cuatro sedes: Lima (Breña), Callao, Ayacucho y Cusco. El primer CAI fue creado en el 2007, en el distrito de San Martín de Porres y las técnicas de tratamiento de la violencia ejercida por hombres han ido cambiando. Tal es así que, como producto de la evaluación de las primeras intervenciones, a partir del año 2011, “se rediseña el modelo de intervención destacando el enfoque de género. Se delimita el público usuario a hombres que han ejercido violencia familiar y han sido derivados por los juzgados”

(Dirección General Contra la Violencia de Género, 2018: 3) y en el año 2012, con este reediseño, después de haber estado luego en el distrito de Villa María del Triunfo, el CAI se traslada al distrito de Breña, lugar en el que actualmente se encuentra operando en Lima.

El CAI recibe a hombres mayores de 18 años, sin embargo, para acceder al programa hay criterios de inclusión y exclusión. Los criterios de inclusión son: ser varón adulto sentenciado en juzgados por violencia familiar, personas que se encuentren sometidos a un servicio de reeducación como regla de conducta y las personas con adicciones a drogas y alcoholismo son incluidas siempre y cuando estén en abstinencia y activos en algún programa de rehabilitación para tales efectos. Los criterios de exclusión son: personas con patología clínica o psicopatías, personas con retardo mental y sujetos con alteraciones orgánicas significativas. Otro criterio de exclusión es el tipo de violencia ejercida, los casos de violencia sexual, feminicidios o tentativas de feminicidios no son aceptados porque éstos tienen un proceder penal. Entonces, solo se atienden casos en los que los hombres, a quienes el programa llama “usuarios”, hayan cometido violencia física, es decir empujones, puñetes, patadas y violencia psicológica, siendo esta última la más común.

El equipo técnico del programa está conformado por un psicólogo (evaluación y diagnóstico), un trabajador Social (evaluación y seguimiento) y dos terapeutas o facilitadores (intervención). Las fases del programa son 3, la primera es una etapa de admisión, en esta se evalúa al usuario, luego este pasa al servicio de psicología para ver si cumple o no con los criterios de admisión y luego ingresa al servicio de psicoterapia, en el cual tienen citas individuales y grupales, siendo la mayoría grupales. El programa dura aproximadamente un año e incluye 32 sesiones, las cuales son una vez por semana y cada sesión dura

aproximadamente 2 horas. Antes de la pandemia, las sesiones grupales eran con 10 a 15 usuarios, pero actualmente las sesiones se realizan por zoom y se realizan con 50 a 60 usuarios por sesión. Estas sesiones son de reflexión, ellos hablan de su propia experiencia, se les brinda herramientas y técnicas para que manejen conflictos. Se trabaja el tema del autoestima, habilidades sociales, empatía y habilidades comunicativas como la asertividad. Al final del proceso de psicoterapia hay una evaluación y esta se envía al juzgado.

Balance de campo

Para esta investigación, realicé 34 entrevistas a los siete hombres que formaron parte de esta investigación. A cada uno, le hice alrededor de 5 entrevistas virtuales, de 1 a 2 horas de duración y una vez por semana. Coordiné las entrevistas vía Whatsapp y solo hubo un par de cancelaciones, las cuales fueron inmediatamente reprogramadas. En ese sentido, reconozco que hubo responsabilidad y compromiso de parte de ellos, aunque debo mencionar también que, al haber sido contactados a través del CAI, puede haber sido un condicionante de responsabilidad y compromiso para ellos.

A lo largo del trabajo de campo, la interacción con los entrevistados fue cambiando. Las primeras conversaciones sirvieron para conocernos, en ellas, la mayoría transmitió sentirse cómodo y noté fluidez en sus respuestas, pero cuidando su lenguaje. A medida que fueron dándose las siguientes conversaciones, los relatos se tornaron más íntimos y tanto el lenguaje corporal como verbal cambió, usaban jergas y algunos casos, si el relato lo ameritaba, lisuras. En las últimas semanas, algunos de ellos me enviaban, vía Whatsapp, videos de canciones de las que habíamos hablado durante las entrevistas o dibujos que les pedí que hagan de sus parejas y de ellos (sobre esto último lo explico en las Reflexiones finales). Uno de ellos,

inclusive, me mandó links con datos estadísticos y una tesis sobre violencia contra la mujer.

A continuación, presento un cuadro que sistematiza los temas abordados en el trabajo de campo.

	Temas			
Ficha técnica	Padre	Madre	Niñez	Adolescencia
Edad	Tipo de relación con él y con la madre	Tipo de relación con él y con el padre	Juegos	Sexualidad
Ciudad de nacimiento	Padre ausente, vicios	Madre soltera, cómplice, afectos	Relación con hermano/as	Enamoradas
Ciudad de nacimiento de los padres	Labores domésticas	Labores domésticas	Trabajo infantil/familiar	Escuela (bullying, peleas, pandillaje)
Distrito de residencia	Episodios de violencia	Episodios de violencia	Deberes domésticos	Tiempo libre
Cantidad de hermanos	Recuerdos tristes/ felices	Recuerdos tristes/ felices		Obligaciones
Grado de instrucción/Profesión	Episodios familia paterna	Episodios familia materna		Trabajo
Estado civil	Migración	Migración		Migración
Grado de instrucción				
Hijos				
Tipo de denuncia				
Programa del CAI (estado)				

Temas					
Estudios	Trayectoria laboral	Paternidad	Consumo cultural	Aspectos socioeconómicos	Violencias pareja
Falta de oportunidades para estudiar/sueños frustrados	Trabajo precario Poco tiempo libre -con la pareja e hijos (centros comerciales) Rituales de pares Percepción del éxito	Padre proveedor Tiempo compartido (juego)	Solos/con la pareja / con hijos / con amigos de programas de TV, Cine, Música, Videojuegos	Distribución de ingresos Gastos Ingreso de él y de la pareja	Denuncia Relaciones de pareja (celos, infidelidad, matrimonio) Episodios de violencia Situación actual con la pareja

4.2. Metodología implementada

Las historias de vida elegidas de los usuarios que acuden al CAI-Breña son las de hombres que han ejercido los dos tipos de violencia mencionados, violencia física y emocional contra sus parejas. La elección de casos que ya han sido tipificados como actos de violencia de género, evita discutir sobre la validez o no de su caracterización como masculinidad violenta y más bien me permite concentrarme en hallar características en común que posibilitan inferir la presencia de éstas en masculinidades no procesadas ni sancionadas judicialmente, ya que indago también la gesta de estas masculinidades violentas desde la estructura social, propiamente desde el aspecto socioeconómico y cultural (el juego y la televisión), los cuales van más allá de historias de vida específicas. Por otro lado, el hecho de que esta investigación se centre en el CAI-Breña, no asume que todos los hombres que ejercen violencia en Lima acuden al CAI-Breña, ni que sean las únicas masculinidades violentas que existen en Lima y mucho menos en la sociedad peruana.

Para el análisis de esta investigación he considerado el enfoque ecológico, que me permite articular los diferentes niveles propuestos por Heise, el microsocio (plano individual, carga histórica personal, etc), el mesosocio (contextos comunitarios y relaciones sociales con grupos de pares, trabajo, etc), y el macrosocio (estructura de la sociedad). Si bien no hice un uso rígido del modelo propuesto por Heise, sí contemplé una discusión sobre elementos en los contextos socioeconómicos y culturales (el juego y la televisión) que dan forma a las historias de vida de los varones que acuden al CAI-Breña y que me permiten relacionarlos entre sí para entender las masculinidades y su ejercicio de la violencia de una forma holística. Este enfoque me permite reflexionar sobre las masculinidades, en general, y es útil para

sensibilizar al público que se vea reflejado, en cómo cada uno, de distintas maneras, contribuye a la cultura de violencia de género.

Fuentes

Para este trabajo etnográfico se contemplaron dos fuentes.

1. Testimonios de los terapeutas y asistentes sociales del CAI-Breña, quienes me brindaron información acerca del funcionamiento del programa y de su experiencia interactuando con los usuarios.
2. Testimonios de los varones que asistieron y asisten al CAI-Breña. La muestra contiene la siguiente diversidad: nivel educativo, edad, tipo de violencia cometida y la fase del programa en la que se encuentran.

4.3. Técnicas de recojo de información y fundamentación

Esta investigación articula la teoría con la práctica a través de una metodología cualitativa. El alcance de la investigación es exploratorio, en la medida que se ubica en la intersección de la dimensión subjetiva y social. Para ella, utilicé el método historias de vida, a partir de conversaciones semiestructuradas. Como técnica de recojo de información, empleé la entrevista en profundidad, a partir de conversaciones con siete entrevistados para indagar sobre sus trayectorias de vida (niñez, adolescencia y adultez).

El reclutamiento de los entrevistados se dio de dos maneras: presencialmente, acudí a las instalaciones del CAI-Breña, y virtualmente, me conecté al inicio de una sesión grupal dirigida por un terapeuta del CAI-Breña. Las entrevistas se realizaron virtualmente dada la coyuntura de pandemia que vivimos y fueron semiestructuradas. Así mismo hice entrevistas, a modo de conversación, a los terapeutas y trabajadores sociales del CAI-Breña para obtener información sobre sus experiencias con los usuarios del CAI-Breña.

Guía de preguntas para usuarios del CAI-Breña

PREGUNTAS A: padres/apoderados, hermano/as, pareja, hijo/as

- Aspecto socioeconómico

¿Puedes describir la casa donde viviste en tu infancia y adolescencia?

¿Cómo era la relación con tu padre?

¿Cómo era la relación con tu madre?

¿Tu padre o madre ejerció violencia contra ti? ¿Qué sentías cuando eso ocurría, recuerdas algún episodio?

¿Tu padre ejerció violencia contra tu madre? ¿Qué sentías cuando eso ocurría, recuerdas algún episodio?

¿Cómo se distribuían las labores domésticas en tu casa (incluidos padres, hermanos, y tú)?

¿Quién era el sustento económico de tu casa, qué trabajos hacían para ello (si fueron padre y madre preguntar sobre ambos, si solo fue uno, qué rol asumía el otro)?

¿Cómo sucedió el episodio de violencia contra tu pareja? (¿qué usaste para violentarla y por qué? ¿Cómo te sentiste después?

¿Cuál es tu intención al tratarla de esa manera?

¿Cómo crees que se siente ella actualmente luego de eso?

¿Eres celoso?

¿Alguna vez la has forzado para tener relaciones sexuales?

¿Luego de una pelea cómo sueles contentarte con tu pareja?

¿Quién es el sustento económico en tu casa actualmente (solo uno, los dos-tu pareja), cómo te sientes con eso?

¿Cuántas horas al día trabajas?

¿Para qué trabajas? (¿qué necesidades buscas cubrir?)

¿Quién y cómo distribuyen los ingresos de la casa? ¿Son suficientes los ingresos económicos? ¿Cuál es el gasto prioritario, secundario, etc.?

¿Tienes deudas, de qué son esas deudas?

¿Cómo es tu relación con tu(s) hijo/a(s)?

¿Cuál es el momento que recuerdas más feliz que has tenido con tu hijo/a y el más triste?

¿Si ejerciste violencia contra ellos, por qué se dio esto? ¿Cómo te sentiste luego de hacerlo?

¿Te has sentido discriminado por tu color de piel?

¿Te han discriminado por tu condición económica?

- Aspecto de consumo cultural

¿Cómo estaba decorada tu habitación -posters, cuales? ¿compartías la habitación?

¿Cuáles eran tus programas de televisión favoritos cuando eras niño y adolescente?

¿Qué programas de televisión ves con tu esposa?

¿Ven programas de televisión juntos? ¿Cuáles?

¿Qué programas de televisión no les dejas ver a tus hijos y cuáles sí, por qué?

¿Juegas con tus hijos? ¿Qué pasatiempos tienen juntos?

¿Un personaje-hombre- que te haya gustado o te identifiques de alguna película?

¿A qué hombre de la televisión, cine admiras? ¿por qué?

¿Qué haces en tus tiempos libres con tu pareja? ¿A dónde suelen salir a pasear y qué hacen en esos paseos? ¿Salen solos o siempre con tus hijos?

¿Tienes tiempo para conversar o pasar un rato a solas con tu pareja, cuánto tiempo?

¿En qué ocasiones le regalas cosas? ¿Qué le regalas?

¿Te consideras atractivo, guapo? ¿Por qué sí y por qué no? ¿Qué harías para serlo, en caso no? ¿Cómo es un hombre bello/guapo?

PREGUNTAS B: grupo de pares, escuela, centro laboral

- Aspecto socioeconómico

¿Estudiaste en un colegio público o privado?

¿Tus amigos del colegio te hacían bullying/acoso/molestar? ¿En qué consistía? ¿Tú hacías bullying, cómo y a quiénes?

¿Qué juegos jugaban solo entre hombres? ¿Te gustaban? ¿Había juegos que te gustaban, pero a nadie le gustaban, cuáles eran?

¿Cómo te informabas sobre sexo de niño o adolescente?

¿Que era lo que más querías saber sobre el sexo?

¿Veías programas de TV, revistas películas sobre sexo? ¿Cuáles? con qué frecuencia?

¿Cómo te iniciaste sexualmente? ¿Cuántos años tenías? Episodios sobre esa experiencia, emociones. ¿Tuviste algún encuentro sexual con otro hombre?

¿Estudiaste, dónde, qué cosa y por qué esa carrera? ¿Te hubiera gustado estudiar otra cosa?

¿En qué trabajas, estás contento con ese trabajo, con tu sueldo, con tu puesto?

¿En qué empleas tu sueldo, te alcanza?

¿Tus amigos ganan como tú o más, como te sientes con eso?

¿Te gustaría ganar más? ¿Para qué, qué harías con ese dinero?

¿Te consideras un hombre exitoso? ¿Por qué? - ¿Qué es el éxito para ti?

¿Tienes amigos exitosos? ¿qué hacen?

¿Como es la casa en la que vives actualmente, necesitas comprar más cosas, cuales?

- Consumo cultural

¿Comprabas revistas pornográficas, qué te gustaba de ellas? ¿Asistías a cines pornográficos, burdeles? ¿Con quiénes?

¿Dónde te ibas a divertir con tus amigos del colegio y del barrio, amigos del trabajo?

¿Qué canciones te gusta escuchar solo y con tu pareja?

¿Tienes grupos de Whatsapp solo de amigos? ¿Qué cosas comparten?

¿Qué es el amor para ti, te sientes amado?

¿Qué es la libertad, te sientes libre?

Estrategia operativa

Lugar de trabajo

El CAI es un servicio de intervención con varones adultos, que han sido sentenciados o están en proceso de sanción por actos de violencia familiar y que son remitidos por el juez de paz y/o juzgado de familia para su reeducación. Este centro forma parte del Programa Nacional para la Prevención y Erradicación de la Violencia contra las Mujeres e Integrantes del Grupo Familiar- AURORA, el cual pertenece al Ministerio de la Mujer y Poblaciones Vulnerables (MIMP) y cuenta con cuatro sedes: Lima (Breña), Callao, Ayacucho y Cusco. Para esta investigación trabajé con los usuarios del CAI-Breña.

Logística y apoyos institucionales

Esta investigación no concibió viajes ni visitas presenciales a los entrevistados. Las entrevistas se realizaron virtualmente.

Se contó con el apoyo institucional del CAI-Breña, a través del coordinador del centro, el cual otorgó la accesibilidad para realizar la investigación.

Cronograma

La recolección y procesamiento de la información empezó el 23 de agosto y culminó el 23 de octubre. Del 24 de octubre hasta el 6 de diciembre del presente año, se procedió con la redacción del informe final.

V. PRESENTACIÓN DE INFORMANTES

	Nombre	Edad	Ciudad de nacimiento	Ciudad de nacimiento de los padres	Distrito de residencia	Cantidad de hermanos
1	Luis	31	Lima	Chiclayo	Los Olivos	Es el menor de 3 hermanos
2	Jorge	48	Chiclayo	Chiclayo	San Juan de Lurigancho	Es el menor de 10 hermanos
3	Miguel	55	Lima	Puno	Villa El Salvador	Es el menor de 4 hermanos
4	Fernando	40	Lima	Padre: Huaraz Madre: Lima	Comas	Es el mayor de 2 hermanos
5	Pedro	45	Nazca	Nazca	Los Olivos	Es el mayor de 3 hermanos
6	David	42	Tarma	Tarma	Ate	Es el mayor de 2 hermanos (familia adoptiva)
7	Javier	34	Lima	Padre: Cajamarca Madre: Ayacucho	San Juan de Lurigancho	Es el segundo de 6 hermanos

	Nombre	Grado de Instrucción/Profesión	Estado civil	Hijos	Tipo de denuncia	Programa CAI
1	Luis	Escuela pública Secundaria completa Técnico en Refrigeración y aire acondicionado	Soltero Separado de su pareja	Mujer de 4 años Hombre de 8 años Mujer (no biológica) de 12 años	Delito contra la vida, cuerpo y la salud en la Modalidad de Violencia física y psicológica.	Egresado

2	Jorge	Escuela pública Secundaria completa Operador de máquinas	Casado Separado de su pareja	Hombre de 11 años Hombre de 20 años	Violencia física y psicológica	Egresado
3	Miguel	Escuela pública No tiene estudios superiores Negocio independiente	Casado Vive con su pareja	Mujer de 24 años Mujer de 28 años	Falta contra la persona-lesiones dolosos	Egresado
4	Fernando	Escuela pública Abogado	Soltero Separado de su pareja	Hombre de 8 años Mujer de 11 años	Violencia familiar en la modalidad de maltrato psicológico	Fase final
5	Pedro	Escuela pública Ingeniero Mecánico Magíster en Finanzas	Casado Vive con su pareja	Hombre de 12 años Mujer de 18 años Mujer (no biológica) de 23 años	Violencia psicológica- Retiro forzado de hogar	Egresado
6	David	Escuela pública y privada No tiene estudios superiores Chofer de combi	Soltero Separado de su pareja	Hombre de 15 años Hombre de 18 años Hombre de 25 años	Violencia familiar en la modalidad de maltrato psicológico	Fase final
7	Javier	Escuela privada y pública Cocinero	Soltero Separado de su pareja	Mujer de 8 años	Violencia familiar en la modalidad de violencia psicológica	Fase final

VI. LA CAÍDA DEL PADRE: EMERGENCIA DE LA MASCULINIDAD HEGEMÓNICA

*“Pues la belleza no es nada
sino el principio de lo terrible, lo que somos apenas capaces
de soportar, lo que sólo admiramos porque serenamente
desdeña destrozarnos. Todo ángel es terrible”*

Rainer María Rilke

En la primera conversación virtual que tuve con Luis, Jorge, Miguel, Fernando, Pedro, David y Javier sentí ansiedad, porque no sabía si podría llegar establecer un vínculo de confianza con ellos, ya que siendo mujer podían tener reparos en confiarme sus historias y expresar sus emociones. Además, yo representaba una imagen jerárquica, ya que accedí a ellos a través del CAI-Breña, institución a la cuál ellos acuden para reeducarse y no volver a cometer actos de violencia. Sin embargo, lo cierto es que también era una extraña para ellos y sabían, porque se los dije el día que me presenté en una sesión grupal por Zoom, que mi interés era conocer sus historias de vida y no juzgarlos. Poco a poco, me fui convenciendo que un diálogo entre dos personas desconocidas de géneros diferentes (masculino y femenino) puede ser el inicio de conversaciones honestas y vitales para las relaciones entre géneros.

Inicié la primera conversación proponiéndoles que me cuenten lo que quisieran sobre ellos; la mayoría comenzó hablando de sus familias de origen y a medida que transcurrían sus relatos, la figura del padre cobró mayor importancia. Es por ello, que constituye el primer capítulo de esta tesis. La familia de origen es relevante para pensar en la gesta de masculinidades, porque a través de ella los hijos construyen subjetividades, reproducen hábitos y creencias. Según el estudio sobre paternidades, masculinidades y familias de Olavarría (2018) realizado en Chile que abarca el periodo 1990-2015, con la crisis de la modernidad, del capitalismo industrial, del Estado de bienestar, de la familia conyugal y de la masculinidad, se han establecido una amplia variedad de configuraciones familiares. Por ejemplo, señala que los hogares monoparentales aumentaron y el estado civil de los jefes y jefas del hogar cambió, hay más convivientes y solteros que casados. Si bien, es importante considerar los cambios producidos en las familias a lo largo de la historia y de acuerdo a determinados contextos, hay un eje que

atraviesa las paternidades en América Latina, su intensa idealización y el hecho que constituye un eje central en la construcción de su hombría. (Fuller, 2000).

Las familias de origen de los entrevistados son migrantes, provenientes de una cultura agraria-campesina y emprendedora, donde el progreso y la dignidad del trabajo se vuelve inherente a la familia conyugal y a la identidad de hombre proveedor. Mediante esta figura y la de la madre cuidadora y ocupada en las labores domésticas, se facilita la emergencia de una masculinidad hegemónica, bajo políticas públicas alineadas a las necesidades productivas del mercado. Si bien en América Latina, en la década de 1970, comienza a entrar en crisis esta figura sexista, los mandatos de este orden imperan en las familias de origen de los entrevistados. Aquello no dista mucho de las familias que ellos han conformado, en las cuales, como se verá a lo largo de este capítulo, permanece el fantasma del padre proveedor, la figura subordinada de la madre y pareja, y la constante dificultad, para algunos, de expresar afecto a sus hijos y gestionar sus emociones frente a los mandatos que la sociedad actual les exige. Sin duda, esto posibilita la emergencia de masculinidades que ejercen violencia.

Para la mayoría de los entrevistados, la transmisión de afectos y los valores sociales por parte de sus padres, así como el tiempo compartido con ellos fue poco o nulo. A ello se suma, en algunos casos, el ejercicio de violencia física y emocional contra ellos o contra sus madres, sin embargo, esto queda justificado porque sus padres cumplieron la función de proveedores. Esto trae como consecuencia una lógica en la que el dinero ocupa un lugar central, sin una función orientativa que les dé sentido a sus vidas en un escenario estructuralmente precario. Los siguientes relatos evidencian la “caída del padre” como un acontecimiento que define la pérdida de confianza en una autoridad capaz de dictar un sentido a la existencia social.

“Los únicos recuerdos que tengo, bueno, yo lo trato de “señor” porque no hice afecto. De ese “señor” es pegándole a mi mamá, de ahí en una foto que salió en los periódicos entrando en una camilla a una ambulancia todo desangrado y de ahí en el ataúd”, me contó Luis en nuestra primera conversación. Sus padres se separaron cuando él tenía cinco años y siendo el menor de tres hermanos tuvo que ser, desde adolescente, el soporte económico de su familia. Ambos tienen el mismo nombre, pero nunca se refiere a él como papá. Según su testimonio la figura de padre la cumplió, de algún modo, su tío, a quien tampoco lo llama tío, ni por su nombre, lo llama *“chacal”*. Lo apodaron así, porque *“un chacal es un animal que caza a los animales, pero como es débil viene el león y le quita la presa. Entonces, digamos, es quien facilita el alimento y yo era bien hacendoso con mis tíos”*. Mientras lo cuenta se ríe y se muestra orgulloso de su apodo, siente cariño por tu tío, ya que lo guió y acompañó en las decisiones trascendentales de su vida. Como, por ejemplo, la elección de su carrera.

Su padre fue el único que murió, teniendo el cinturón de seguridad puesto, en un accidente de tránsito mientras se trasladaba en un colectivo informal en la carretera Central. Luis dice que *“es el karma”*, pero también es la desregulación del sector transporte y la informalidad de la seguridad vial que, en los últimos diez años previos al accidente, registró en el Perú a 30 mil personas fallecidas. (Gestión, 2016). Las dos imágenes, reales, que Luis tiene de su padre son violentas: una ocurre en el espacio privado, en su casa pegándole a su madre, y la otra en el espacio público, muerto en un accidente vial. Existe una relación ontológica y epistemológica entre el cuerpo-territorio, sostiene Zaragocin (2020), donde se puede entender que si el cuerpo está enfermo también lo está el espacio. La carretera donde fallece el padre de Luis es un espacio violento, devenido de la ineficiencia estatal, lo cual constituye una violencia institucional que repercute no solo en el cuerpo del padre, sino también en el de Luis.

Este imbricado de violencia, la violencia directa del padre contra su madre y la violencia institucional contra su padre, ocasiona sentimientos encontrados en él, *“me quiero, pero a veces me siento vacío”*, siente rencor hacia su papá, pero también lo extraña y siente que le quedó un tema pendiente. Luego me cuenta que siempre lo recuerda con una canción de Enrique Iglesias que dice *“Hola viejo, dime cómo estás, los años pasan y no hemos vuelto a hablar y no quiero que te pienses que me he olvidado de ti... En el fondo tú y yo somos casi igual, ah-ah...”*. El cuerpo de Luis es un cuerpo que padece la violencia.

Jorge tampoco llama a su padre, “papá”, lo llama por su nombre, pero a diferencia de Luis, sí vivió con él. Lo recuerda sintiéndose muy solo y triste, al igual que él, cuando su mamá tuvo que irse a vivir de Batangrande a Chiclayo para atender su diabetes. La falta de un sistema de salud eficiente no permitió que su madre pudiera atenderse en su pueblo, manteniendo el cuidado de sus seis hijos. Jorge estaba en cuarto de secundaria y tuvo que asumir muchas obligaciones, cocinaba para sus hermanos, ayudaba a su papá llevando yerba para los animales, pero la convivencia con él era distante y poco comunicativa, y afirma que nunca recibió mucho cariño. Jorge siempre quiso estudiar contabilidad, pero nunca se lo contó a su papá. Su carrera quedó frustrada, porque asumió que su padre no tendría el dinero para pagarle sus estudios, ya que, durante el primer gobierno de Alan García, todo el dinero de su jubilación se devaluó.

Es evidente que las decisiones políticas son un tipo de violencia institucional que afecta la vida íntima de las personas. Cuando Jorge me cuenta sobre su papá, quien murió de un infarto hace diecinueve años lejos de él, se quiebra, *“yo no soy de llorar, pero...”*. Es mi primera conversación con él y siento empatía, porque yo también crecí con un padre poco

comunicativo, poco cariñoso y mi familia, como muchísimas, también sufrió los estragos de ese periodo. A lo largo de las conversaciones con ellos, ha habido varios momentos en los que he sentido empatía, pero debo decir que, por más que trate de ponerme en sus zapatos, nunca estaré realmente en ellos, no solo porque somos de edades, géneros o clases sociales distintas, sino porque siempre hay algo del *otro* que no terminamos de conocer y es algo de lo que he sido consciente a lo largo de esta investigación.

Para Luis y Jorge hay una imposibilidad de nombrar al padre como tal y por tanto de reconocerlo como tal. La ausencia física y emocional es notoria. Lacan (2003) plantea que el padre es el representante de la ley, es el que prohíbe, pero también propone, es decir, presenta al hijo el deseo de todo lo que existe más allá de la madre, “abre” a los hijos hacia la cultura, generando nuevos valores sociales. Cuando el padre no cumple ese rol, no hay un modelo a seguir y la identidad de los hijos se vuelve más incierta y problemática. La falta de una figura paterna activa la búsqueda de sustitutos, la cual va cambiando según las sociedades y momentos históricos.

Luis creció en un barrio de mucho pandillaje, entonces cuando tenía 12 años su hermano lo convenció de ir a la parroquia, *“la iglesia es una tranquilidad que no encuentras en ningún otro lugar”*, me dice. El año pasado, cuando recién se había separado de la mamá de sus hijos, entra una llamada a su celular en el momento que había tomado la decisión de quitarse la vida por primera vez, era uno de sus mejores amigos para contarle una pena amorosa, estaba muy triste y desesperado, *“no soporté escucharlo llorar, porque es buena persona”* y fue a su encuentro. Luis dice que esa llamada y Dios le salvaron la vida y por ello decidió hacerse un tatuaje con el nombre de la familia de su amigo junto a la mano de Jesús con un

rosario. En la vida de Luis, la otra figura paterna la ocupa Dios, ya que la pérdida de control del padre sobre la mujer y los hijos, en muchos casos, ha pasado a favor de instituciones como la Iglesia y el Estado.

Miguel es el menor de cuatro hermanos, su papá no jugaba con él, *“siempre decía que no tenía tiempo y no era cariñoso, nunca recibí un abrazo, un apapacho así... Nunca que yo recuerde”*. Lo que sí recuerda es que lo castigaba con un chicote, Miguel suele acompañar sus relatos usando sus manos, como dibujando en el aire los objetos a los que hace referencia, así cuando me cuenta sobre los episodios de violencia, representa con sus dos manos el tamaño grande del chicote y sonrío, *“hacía mis deberes escolares, ayudaba en el mercado y cocinaba, a pesar de eso me castigaba y no me defendía”*. Un día le cuenta a su papá que su profesor le había pegado y *“en vez de reclamarle al profesor, me pega más, el profesor es como un segundo padre, me dijo”*. El padre traslada el disciplinamiento de Miguel a su profesor e instaura en él otra figura paterna violenta, posicionando también a la escuela como un espacio violento, validado por el padre.

Cansado de ese trato, de no tener un padre que lo defienda y le brinde seguridad, a los quince años inicia su trayectoria laboral para ahorrar, irse de su casa y así liberarse de los castigos. Le pregunté a Miguel, cómo se sentía con todo ello y me dijo que su padre lo hacía porque fue educado así, *“eran las creencias de antes”*, pero nunca les faltó nada. La violencia física se justifica, porque el padre cumplió con su rol de proveedor.

Algo similar ocurrió con el padre de David, quien también usaba el chicote para castigarlo cuando no hacía las cosas que le ordenaba. Una vez, de niño, sacó varios jalados y lo castigó obligándole a realizar 45 viajes (3 km) para llevar guano a su chacra. Lo castigaba tanto que

un día escuchó una conversación en la que una de sus primas le dice al papá *“si no es tu hijo, ¿por qué lo castigas?”*. En ese momento, a sus 13 años, David se enteró que era un hijo adoptado. Su mamá biológica es la hermana de su papá adoptivo y madre de doce hijos. *“Me chocó bastante haber sido un hijo regalado y eso marcó demasiado mi vida”*. Cuando se encuentra a sus papás biológicos por la calle, ya que viven cerca de su casa, nunca los saluda. La biología no es el destino de la paternidad, ya que esta se asimila en la crianza de los padres que la asumen y en su capacidad de movilizar redes familiares. Por ello, David reconoce a sus padres adoptivos como su familia.

David, al igual que Miguel, reconoce que su padre adoptivo fue muy estricto, *“su ignorancia le haría ser así, solamente tiene inicial, nunca ha estudiado”*, pero luego agrega *“era muy bueno mi papá, nunca nos hacía faltar nada. Siempre trabajó para darnos lo mejor que podía darnos, era un papá lindo.”* David siente que no puede quejarse, *“no puedo reclamarle nada a mi papá, trabajaba demasiado para darnos nuestros mejores gustos”*. En ambos testimonios, la violencia en la crianza se justifica porque nunca les faltó lo económico, al menos sus necesidades básicas. De lo cual se desprende, una imposibilidad de interpelar la figura paterna, porque eso implica quedarse sin ella. En otras palabras, los vuelve conscientes de no tener una figura orientativa ni protectora y eso les genera una orfandad.

David me cuenta que es un hijo adoptado en nuestra última conversación, la cual me dejó conmovida y sorprendida. Ese día estaba muy nervioso e inquieto, porque su actual pareja lo había dejado dos días antes y no sabía qué hacer con su hijo, *“lo que me está sucediendo en la vida no me hubiera sucedido si hubiera estado al lado de ellos”*. Le pregunté si quería que posponíamos nuestra conversación y me dijo que no; sentí, como lo he sentido en las 34

entrevistas que he tenido con todos ellos, una gran necesidad de conversar, así que continuamos. Durante las dos horas que hablamos, regresaba constantemente a hablarme de la pareja que lo había dejado. Me pide ayuda, entonces le digo que no soy psicóloga, pero le recomiendo que hable con los terapeutas del CAI y que lo único que puedo decirle con certeza es que pedir ayuda es un buen primer paso.

Luis, Jorge, Miguel y David, antes de ser agresores, fueron víctimas de violencia, física y emocional, por parte de sus padres y ocuparon posiciones subordinadas en la niñez y adolescencia. Esto sienta un precedente en sus representaciones de poder basadas en jerarquías, para luego ejercer ese poder a través de una masculinidad hegemónica, subordinando especialmente a sus parejas e hijos. La figura hegemónica paterna es heredada y replicada a través de distintos mecanismos. La “caída del padre”, la caída de significantes que los orienten, está inserta en un escenario violento, atravesado por ejes políticos, económicos, sociales y culturales.

Si bien algunos entrevistados lamentan que sus padres ejercieron violencias o estuvieron ausentes, reconocen en ellos un gran esfuerzo por cubrir sus necesidades básicas: alimentación y educación. Entonces, estamos ante padres proveedores, pero sin vínculos afectivos con ellos ni con el mundo social, lo cual rompe la identificación del sujeto con metas colectivas. Por lo tanto, si el padre ha perdido legitimidad y si ya no es capaz de convocar el deseo y el pacto social, cabe preguntarse dónde encontrará sentido el sujeto. Todo este escenario, sumido en una globalización capitalista, trae consigo un tipo de fragmentación

social que reivindica el narcisismo de lo particular. “Si el Otro no existe, entonces yo existo” (Ubilluz, 2010), como centro del mundo y liberado de un compromiso social.

Para los padres de los hombres entrevistados, así como los de América Latina, la paternidad constituye un eje central en la construcción de su identidad como varones, ya que es la consagración de la hombría (Fuller, 2000). Ser padre lo consagra como varón viril y a su vez le concede privilegios que lo coloca en un lugar de autoridad en el núcleo familiar, desde donde ejerce su poder frente a la madre. En el siguiente subcapítulo reflexionaré sobre la figura materna en estos hombres, así como el vínculo que se teje con el padre.

6.1. ¿Y dónde está la madre?

La paternidad es doméstica en cuanto constituye una familia y mantiene una pareja. A su vez, es pública en tanto provee a su familia de recursos materiales y simbólicos para desenvolverse en el mundo exterior. La tarea del padre es “transformar una criatura salvaje en un ser humano... transmitirles su sabiduría y formar sus personalidades” (Fuller, 2002: 437). Ambos roles son fundamentales en la construcción de la masculinidad, pero se enfrentan en una sociedad donde el desenvolvimiento en el espacio público, un espacio capitalista competitivo, líquido y veloz, se contrapone al ejercicio de los afectos y la comunicación. Según las expectativas sociales, el desarrollo de la paternidad implica responsabilidad, disciplina y transmisión de saberes, lo cual se desarrolla en el espacio público, mientras que el de la maternidad se identifica con el afecto, el cuidado y la vida, y se desarrolla en el espacio íntimo. Esta dinámica, dicotómica, establece un campo donde se reproducen jerarquías de género, colocando al padre como figura hegemónica. Desde esa lógica se comprende que la paternidad sólo se entiende en relación con la maternidad. En este capítulo se pensará el rol que ocupa la madre en la vida de estos hombres y en la dinámica familiar.

Miguel recuerda la siguiente escena, *“mi mamá a veces tenía que irse a una asamblea y la comida estaba lista, solamente era prender la cocina, calentarse y comer, pero él no... prefería esperar que llegue ella y le caliente y recién comer”*, Miguel intentó varias veces calentar la comida, pero su papá se lo impedía. Su madre trabajaba vendiendo especies en el mercado y a su vez realizaba las labores domésticas. Miguel considera que el comportamiento de su padre se debe a que es de una crianza antigua, *“él cumplía la función del padre de familia que era ser el proveedor y nada más, lo demás lo dejaba a la mamá”*. En su reflexión, Miguel omite que su madre también era proveedora, ya que trabajaba en el mercado y a su vez en el hogar, lo cual evidencia que dichos trabajos son vistos como obligaciones que no “merecen” reconocimiento ni remuneración.

A lo largo de las conversaciones que tengo con los siete, algunas veces plantean reflexiones espontáneas sobre sus anécdotas. Por un lado, lo atribuyo a que son hombres que están pasando por un proceso de reeducación sobre sus masculinidades y por otro, a que las masculinidades, en general, vienen siendo atravesadas por transformaciones relacionadas con la presión de los movimientos feministas, lo cual pone en disputa ciertos comportamientos. Sin embargo, las historias de vida de estos hombres, cuya niñez y adolescencia fluctúan entre las décadas del setenta al noventa, demuestran ciertos cambios, pero también algunas permanencias. A diferencia de la madre de Miguel, a quien recuerda como distante y que no manifiesta sus emociones, la madre de Pedro era distinta. Una de las cosas que más recuerda era su técnica para enseñar *“mediante un cuento, mientras ella te contaba, tú te imaginabas y a la hora de resolver exámenes no me acordaba del libro y de lo que estaba escrito, me acordaba de sus cuentos”*. La mamá de Pedro trabajaba como auxiliar contable y lo dejaba al cuidado de sus tías, pero como nunca se acostumbró a ellas, tenía que pedir permisos

constantemente para cuidar de él. Cuando Pedro cumplió seis años su madre no volvió a trabajar más, *“ella lloraba mucho, mamá quería mucho su profesión y ella siempre decía que había sido injusto que la saquen del trabajo, porque ella siempre había estado comprometida con él”*. Con ese despido se anula su vida profesional y lo que ésta representa, el espacio en la vida pública con sueldo, para colocarla en el espacio de la vida privada, sin sueldo, pero haciendo un trabajo doméstico.

Para Pateman (1995) la nueva sociedad civil y una nueva forma de derecho político se crea a partir de un contrato original (relaciones libres) omitiendo o reprimiendo que este contrato es un pacto sexual-social de falsa libertad o mejor dicho de una libertad que recae en la libertad y derechos de los hombres y en la sujeción de las mujeres. Pedro sonríe con nostalgia cuando dice que se sentía bien de engreírse teniendo a su mamá en casa, pero también dice que ese sentimiento es egoísta, *“porque ella también tiene sueños que realizar y tiene que buscar el equilibrio entre su desarrollo profesional y el desarrollo de su familia, igual el papá tiene que buscar lo mismo”*.

Cuando se dio el despido, Pedro recuerda que su papá le daba protección y respaldo a su mamá, le decía *“no te preocupes, acá en casa no te va faltar nada”*, incluso cuando llegaba borracho y su mamá le reclamaba, el papá decía *“¿qué te falta?”*. Esa pregunta válida a la mujer en tanto reproductora y cuidadora, pero no como una mujer con derechos y necesidades fuera de esos roles. Pedro dice no poder reclamarle absolutamente nada a su papá, porque fue muy responsable y económicamente les dio lo mejor que pudo.

La familia nuclear es fundamental para la reproducción de la sociedad, entonces es necesario “detectar la dialéctica que existe entre acumulación y destrucción de la fuerza de trabajo, tensión por la que las mujeres han pagado el precio más alto, con sus cuerpos, su trabajo, sus vidas”. (Federici, 2010: 32). En la familia de Pedro, su padre no sólo encarnó la figura de proveedor, luego del despido de la madre, sino la de una figura autoritaria; no le daba importancia a lo que su mamá pensaba, por eso ella siempre se quejaba diciendo “*tú todo lo sabes*”. La figura de proveedor y autoritario, que está en permanente tensión, se evidencia en la incomodidad que Pedro tiene cuando me relata los aspectos negativos de su papá. Por ejemplo, cuando afirma que “*lo único*” que su papá hacía era supervisar. “*Un día lo pesqué, porque abrió un cuaderno y le pregunté si el problema estaba bien, yo sabía que no estaba bien, y mi papá me dijo que sí. Me di cuenta que papá se sentaba y ponía autoridad para que los cuadernos estén con las tareas hechas, pero no tenía idea si estaba bien hecho o no... sencillamente me di cuenta que papá no lo sabía todo*”.

Cuando Fernando era niño su mamá era ama de casa, siempre fue fría y no decía palabras bonitas, a pesar de ello era muy pegado a ella y con quien más confianza tenía. Por eso, cuando se enteró de casualidad, por medio de una tía, que su mamá se iba a vivir fuera del Perú, le dolió “*un poco*”. Repasando las notas de mis conversaciones con él, todas coinciden en que me frustró, porque sus respuestas son cortantes. Es con quien más distancia siento y es el único que tiene mi edad, 40 años. También noto que intenta que sus respuestas sean las “correctas”, como si quisiera anular cualquier conflicto o desorden en su historia de vida. Por momentos, siento que hablo más con el abogado y no con el hombre que terminó en el hospital por amor. Un líder pandillero de “Alianza”, le pegó junto a otros seis, por haberse metido con su prima, siendo él de “U”. Aunque al iniciar esta investigación aclaré a todos los

participantes que no trabajaba para el CAI y que lo que me cuenten no los beneficiaría ni perjudicaría en sus procesos judiciales, puede ser que Fernando, siendo abogado, establezca un escudo en sus relatos. Lo comprendo, porque además sé que las experiencias que me cuentan nunca van a ser enteramente transparentes, y eso es algo que se puede dar de manera consciente o inconsciente.

Su mamá se fue a trabajar tres años a Argentina cuando él tenía 14, buscando un futuro mejor para él y para su hermana.

Lucero: *¿Por qué no se fue tu papá?*

Fernando: *Al final la decisión la toman entre ambos, como padres, y nosotros debemos aceptarla y comprenderla, lo digo desde ese punto de vista, porque ya soy papá entonces no sé, no recuerdo cómo reaccioné, pero conociéndome creo que no hubiera criticado, papá por qué no te vas tú, no lo hubiera criticado.*

A principios de los noventa el Perú estaba en una profunda crisis económica y política, pero la madre de Fernando decide regresar al finalizar el primer gobierno de Alberto Fujimori, porque no le fue muy bien allá. Cuando vuelve, su papá decide irse, pero tampoco le fue bien, así terminó regresando. Lo cierto, es que Fernando vivió parte de su adolescencia con padres prácticamente ausentes y distantes, “no los pondría de modelo, no vi mucha demostración de afecto entre ellos, siempre estuvieron trabajando y no compartían mucho tiempo solos, en pareja”. Otra vez, el espacio geopolítico y la crisis económica envuelta en él, vuelve vulnerables y violentan a sus padres migrantes y a los hijos que dejan.

La madre de Luis encarnó la figura de madre y padre. En ese sentido, ella asumió el único rol de autoridad, haciendo, de vez en cuando, uso de la violencia. *“Mi mamá ha sido medio terrorista al educarme”*, me dice riéndose, luego de contarme que cuando castiga a sus hijos su mamá le pide que no lo haga y él le responde *“mamá ya no te acuerdas cuando volaban sartenes y cucharones”*. A pesar de que su mamá lo crió recto, no le reclama nada y *“no tiene que darme ninguna explicación, ni por qué pedirme perdón de lo que pasó con mi papá. A mi mamá la tengo en un altar... Yo por mi mamá, mato.”* Por eso, cuando su ex pareja le decía *“¿cómo te habrá criado tu mamá?”*, él enfurecía, ya que le molesta mucho que se metan con su mamá. Como dice un dicho popular *“la madre es sagrada”* y cualquier ataque contra su figura, daña en lo más profundo de las masculinidades. Desde una construcción social y religiosa, la figura de la madre merece un respeto excepcional, sagrado, porque es quien da su cuerpo para dar vida a un nuevo ser y es quien se sacrifica por su cuidado y afectos.

Esto lo sabe muy bien el mercado y sus lógicas de consumo, por eso el día de la madre se explota a nivel comercial, más que el día del padre, generando estereotipos a través de la publicidad. Basta con poner *“día de la madre”* y *“día del padre”* en un buscador en internet, para darse cuenta que en el primero aparecen fotos de mujeres de pieles blancas, con flores y fondos rosados, mientras que, en el segundo aparecen hombres también de pieles blancas con lentes y bigotes y en fondo azul. Con respecto a ello, Javier opina que, *“para el día de la madre toda la gente vende cosas, pero cuando es el día del padre, no hay detalles como flores, solamente hay cerveza.”* Luego recuerda, *“cuando era el día del padre, a mi papá le traían su cerveza, tomaba con mis tíos y punto. Eso se nos queda en la cabeza, es algo social, cultural, es algo que viene de antes”*. En la reflexión de Javier se evidencia que el consumo no es un hecho solamente económico, no es una simple *“compra de algo”*, éste tiene

dimensiones que lo convierten en un hecho cultural, afianzando, en este caso, roles de género hegemónicos, donde la madre sigue anclada en una figura pasiva, cuidadora, “delicada”, disociada de diversión o lo que es peor, de ser mujer, no solo madre.

En suma, notamos que el estatus de las madres de cada uno difiere: la madre soltera que tuvo que asumir la figura de padre y madre a la vez, la madre ama de casa, la madre profesional y ama de casa. Son madres que ocupan el espacio público y privado, pero coinciden en que, en el vínculo con sus esposos, ellas ocuparon una posición subordinada, lo cual sabemos es la base de la violencia de género.

Por otro lado, algunos mencionaron que tienen madres distantes, y otros cariñosas. Sin embargo, reconocen en ellas una figura de confianza, en la mayoría de los casos, y depositaria de refugio y fuente de engrimientos. Con respecto a las “negociaciones” entre padres y madres sobre la crianza de los hijos, los entrevistados manifiestan que algunas, enfrentaban a sus esposos cuando éstos castigaban a sus hijos; mientras otras, si es que lo hacían, no lo hacían delante de ellos. La mayoría concuerda que sus padres tenían poco tiempo para compartir juntos, y tampoco tienen muchos recuerdos de paseos o salidas en familia.

Dicha dinámica de crianza se hereda, con algunas variantes, en la mayoría de las historias de vida de estos hombres. Casi todos se encuentran, actualmente, separados de sus parejas, lo cual los sitúa en un contexto relacional de pareja diferente. En ese sentido, la paternidad de

los entrevistados se desarrollará en función a dinámicas que, si bien difieren, se gestan bajo una lógica de mercado y consumo más voraz que la época de sus padres. Sobre ello, se discutirá en el siguiente subcapítulo.

6.2. La paternidad como una biopolítica

Desde la edad clásica se desarrollaron diversas y numerosas técnicas para obtener la sujeción de los cuerpos y el control de las poblaciones, con ello se da inicio a la era de un "bio-poder" (Foucault, 2007), indispensable para el desarrollo del capitalismo. En ese régimen monetario "sólo la producción-para-el-mercado estaba definida como creadora de valor, mientras que la reproducción del trabajador comenzó a considerarse algo sin valor desde el punto de vista económico" (Federici, 2010:112). Entonces, a partir de estos cambios históricos, que alcanzaron su auge en el siglo XIX con la creación de la ama de casa a tiempo completo, se redefinió la posición sexual del trabajo sujetando a las mujeres al trabajo reproductivo y a su dependencia respecto de los hombres.

Históricamente, el hombre ha ocupado, una posición jerárquica dentro del aparato de producción y su identidad, al convertirse en padre, adquiere una nueva dimensión, porque al trabajar acumula bienes y prestigio para proveer a su familia, posicionándose en la esfera pública al convertirse en el representante de su grupo familiar. Por lo tanto, la paternidad de hoy, la de los hombres entrevistados, se ha construido siguiendo esa lógica patriarcal y capitalista. Estamos frente a la naturalización de una paternidad productora de poder económico, que no se responsabiliza, en modo equitativo con la madre de sus hijos, de las labores parentales y con conflictos para gestionar sus afectos. Esa paternidad se instaura

ejerciendo su poder sobre la vida: la vida de sus hijos, la de su pareja o madre de sus hijos y la de ellos mismos.

Con la figura de “biopolítica” que plantea Foucault, el poder ya no se construye negativamente (reprimiendo), sino positivamente (produciendo). Ese poder define lo normal y lo anómalo. En ese sentido, la paternidad con las características históricas, culturales y económicas mencionadas, normaliza y administra las vidas de los hombres y sus vínculos, convirtiéndola en una “biopolítica”. Dicha paternidad se ha normalizado a través de dispositivos, discursos y mecanismos que la validan.

En este subcapítulo se reflexionará sobre cómo estos hombres ejercen la paternidad, considerando que han heredado de sus familias de origen ciertas dinámicas para cumplirla y que la mayoría de ellos se encuentra separado de sus parejas, lo cual genera ciertos conflictos en la gestión de lo que ellos producen para sus hijos y del vínculo afectivo hacia ellos por estar intermediado por sus parejas.

Los siete hombres que forman parte de esta investigación son padres y la mayoría lo fue desde temprana edad, antes de los 30 años. Si bien el ideal de “hombre proveedor”, no se manifiesta como una característica fija, persiste un fantasma de dicho ideal. La paternidad simboliza el paso de la juventud a la adultez y al campo de las responsabilidades, en tanto se es padre, ya que se instituye un nuevo núcleo social. En ese sentido, hay una normalización de la vida masculina responsable que implica posponer otros deseos “*mis hijos me han hecho pisar tierra, antes de tener hijos tenía una vida de palomilla*”, me dice Luis. Por otro lado, se

manifiesta un deber de formar una familia, “yo siempre tuve la ilusión de tener un hijito, ¿alguien no? o sea para mí era bonito ¿no?, cuando yo vi a mi hijita, asu, como que era... que no se puede explicar, es un sentimiento que no se puede explicar, solamente lo sientes”, me cuenta Javier, cuando le pregunto por qué quiso ser padre. Le hago la misma pregunta a los demás y por sus rostros pensativos y la demora en sus respuestas percibo que es una pregunta que tal vez nunca se hicieron, como muchas mujeres tampoco se la hacen. Sin embargo, todos me responden que siempre quisieron tener una familia, aunque los hijos, para la mayoría de ellos, no fueron planificados.

El padre es una figura atravesada por contradicciones, sostiene Fuller (2000), por un lado, está el cuestionamiento de la autoridad paterna y por el otro, la demanda de una mayor participación en la crianza de los hijos. Luis tiene un hijo de ocho, una de cuatro y otra de doce, que asume como tal, aunque no sea el padre biológico. Ninguno lo llama papá, así como tampoco lo hacía con su padre. Actualmente, está separado de la madre de sus hijos y por eso solo pasa 48 horas al mes con ellos dos, a la otra hija, no biológica, casi no la ve. Les suele decir frases de cariño y saben que los fines de semana que pasa con ellos, es “*un modo off*”, ya que ha resuelto que en el tiempo que pasen con él no se habla de tareas ni de colegio. Aquello implica no solo que, no asume el acompañamiento escolar de sus hijos, sino que busca que lo asocien con un padre cuya ley es la felicidad como deber, lo cual es un espejo de una cultura en la que “la felicidad predomina sobre el mandato moral, los placeres sobre la prohibición, la seducción sobre la obligación” (Lipovetzky, 1992: 50).

Pedro, quien está separado de la madre de sus tres hijos, pero vive con ella, tiene, al igual que Luis, una hija de 23 años no biológica, una de 18 y otro de 12. Cuando su ex pareja se fue de

la casa, él quiso “*cubrir su amor*”, pero se dio cuenta que no lo podía hacer igual que ella, porque tienen distintas formas de expresar cariño a sus hijos. “*Me di cuenta que siendo solo un padre proveedor no iba garantizar que mis hijos sean felices*”, entonces su estrategia fue hacerse amigo de los enamorados de sus hijas, quería volverse amigo de ellas y además “*tenía miedo que busquen el cariño en la calle y hasta puedan salir embarazadas*”. Empezó a compartir más con sus hijos durante los ocho meses que su ex pareja estuvo fuera de la casa, pero cuando ella regresó eso se acabó, “*antes no podía compartir más tiempo con mis hijos, porque absorbía toda mi atención mi pareja*”, me respondió Pedro con cierto tono de reproche. Debemos notar que los vínculos que estos padres generan con sus hijos están estrechamente ligados al vínculo que tienen con sus parejas o ex parejas, es decir hay una permanente negociación de roles y poderes que normalizan discursos de una masculinidad hegemónica desenvuelta en un espacio público consumista, líquido y veloz; un espacio de reconocimiento que se contrapone al ejercicio de los afectos y la comunicación.

La custodia de los dos hijos de Fernando la tiene la madre, sin embargo, viven con él porque actualmente ella radica en Estados Unidos. La difícil situación económica que atravesaron a raíz de la pandemia hizo que Fernando busque otros ingresos y se involucrara en el negocio de las criptomonedas. Creó tres cuentas, una para él, una para su hija de 11 y otra para su hijo de 8 años y les ha enseñado cómo hacer inversiones en criptomonedas. Su hija no está muy interesada, “*le aburre saber sobre las bitcoins*”, pero su hijo sí; con una inversión de 50 dólares, ya cuenta con el dinero para comprarse más de tres Playstation. Le pregunté cómo se siente sobre el poco interés de su hija en el negocio y me contestó que respeta su decisión, pero que le gustaría que esté más involucrada, porque no quiere que el dinero sea un impedimento más adelante. Fernando me comenta que aún no le dice a su hijo que ya tiene el

dinero para comprarse lo que tanto desea, porque no quiere que se pegue tanto a los videojuegos. Sin embargo, aceptó que se lo compre por Navidad, porque *“de alguna u otra manera es su esfuerzo”*; su hijo ha comprado un porcentaje de acciones de Apple y se ufana diciendo *“yo soy dueño de Apple”*. Lo que Fernando quiere es que cuando sus hijos lleguen a su edad *“disfruten mucho más de lo que disfrutaban conmigo, poder tener mejor solvencia económica, de repente para un fin de semana, oye me quiero ir a España, ya vamos y te vas como si nada”*. Defiende su postura enérgicamente y se pregunta, *“¿por qué el ciclo de la vida debe ser colegio, universidad, trabajo y vida?”*. Él quiere otra cosa para sus hijos, *“cuando quieran darse un gusto no depender de un trabajo para disfrutar de la vida, no depender de los padres y puedan empezar a ser económicamente independientes”*.

Fernando les transmite a sus hijos un deseo y un saber, que normaliza, desde temprana edad, un ideal fuertemente mercantilizado. Su tono de voz y sus palabras evidencian que sus hijos le importan, que está muy preocupado por ellos; puedo decir que, de todos los participantes de esta investigación, es quien más me ha hablado de sus hijos y del proyecto de vida que tiene para ellos. Tengo al frente un hombre, cuyo relato es el de un padre preocupado y dedicado a sus hijos, y ¿no es eso lo que se reclama en las paternidades hoy en día? Sin embargo, hay algo anclado en ese cariño, un ‘daño colateral’ causado por la invasión consumista, que Russell llama “la materialización del amor” (Bauman, 2007). *“Si mi hijo no quiere estudiar, no le diría no, porque esto es un negocio y ha usado sus conocimientos, se ha tomado el tiempo de revisar, leer, investigar”*, me dice Fernando cuando le pregunto cómo reaccionaría si su hijo decide no estudiar y dedicarse a las criptomonedas. Añade, que además lo alentaría a capacitarse, *“si tu al día ganas cinco dólares, hay personas que ganan miles, porque se capacitaron”*.

Brown (2017) cita el nombre de una canción del rapero norteamericano Kanye West, *¿Quién necesita un título universitario?*, para referirse a que buena parte de la cultura popular y de negocios no ortodoxos sugiere que la educación superior es irrelevante para el éxito definido como fama, riqueza o, incluso, ingenio e inventiva. Entonces, no se trata de pensar en la educación universitaria como única posibilidad dentro de una trayectoria de vida, sino más bien entender lo que está detrás de la concepción de éxito de Fernando, es decir uno asociado a un goce individual, competitivo y mercantil, el cual traslada a sus hijos. Su relato está acompañado de una crítica al sistema educativo peruano, en ella sugiere que *“deben haber talleres de psicología, donde enseñen a ser empáticos, inteligencia emocional y educación económica”*. Lo que propone Fernando se adecúa a un enfoque educativo, que se viene instaurando en el Perú, alineado a las conocidas estrategias de marketing, en las que se alientan valores empresariales y habilidades emocionales, lo cual obedece a lógicas de mercado e intereses económicos. Esto trae consigo una pedagogía mercantil, tanto en una escala íntima, el negocio de las criptomonedas que les enseña a sus hijos desde temprana edad, como global, las políticas educativas nacionales, que por ejemplo debilitan enfoques vitales en el Currículo Nacional como el de la igualdad de género y a construir proyectos colectivos que se alejen del puro éxito individualista.

En resumen, el neoliberalismo ha colonizado las paternidades instaurando un régimen de poder, donde persiste el fantasma del padre proveedor, que aún no logra hacer un trabajo colectivo junto a la madre en la crianza integral de los hijos y que a su vez produce cuerpos políticamente dóciles y económicamente rentables (Foucault, 2002). Si bien los movimientos

feministas contribuyen a cuestionar los privilegios masculinos en el ámbito público y privado y hay mayor inserción de las mujeres en el mercado laboral, las madres siguen realizando tanto el trabajo afectivo como material, a menudo sin remuneración, lo cual sabemos es indispensable para la sociedad, ya que “sin ellos no podría haber cultura, ni economía, ni organización política” (Fraser, 2020: 73), manteniendo un poder históricamente jerárquico. Entonces, aunque los hombres intervengan en la crianza de los hijos, ello no implica la transformación del rol subordinado de la mujer en una sociedad patriarcal.

A su vez, el hecho que la mayoría esté separado de sus parejas y que sean las mujeres que tengan la custodia de los hijos, es una fuente de conflictos entre ambos, ya que la tarea de proveer es intermediada por la figura materna, así como el acercamiento emocional entre ambos, lo cual produce un resentimiento por parte de ellos.

La paternidad es una dimensión fundamental en la vida de los varones que se gesta dentro de una estructura violenta. El padre ausente, las frases hirientes y poco cariñosas, los golpes físicos, la subordinación de la figura materna y su desplazamiento del espacio público al doméstico, no son solo actos de violencia cometidos por sujetos, son actos de violencia cometidos por un sistema que produce sujetos violentos. Un sistema laboral que precariza el trabajo de las mujeres y también de los hombres, un territorio geopolítico que enferma el cuerpo y un sistema económico que mercantiliza la vida. El resultado de todo ello es un sujeto narciso y desorientado que ya no cree en “metas colectivas” que deban primar sobre los intereses particulares e individuales, ya no cree en “una comunidad universal”. (Ubilluz, 2010). Esto no implica la imposibilidad de decidir lo que se hereda, tanto del padre como de la madre, de cuestionarse y agenciar nuevos deseos para deconstruir la masculinidad

hegemónica. En el siguiente capítulo discutiré sobre dinámicas violentas en el ámbito laboral, el tiempo libre y la industria del entretenimiento que operan en la gesta de estas masculinidades.

VII. EL PODER SIN SALIDA: MUCHO TRABAJO Y POCO TIEMPO LIBRE

“Por falta de sosiego, nuestra civilización desemboca en una nueva barbarie”
Friedrich Nietzsche

Luego de la conquista de las ocho horas de jornada laboral, en el siglo XIX, el día se dividió racionalmente en tres partes: ocho horas para el trabajo, ocho para la cultura y la familia, y ocho para dormir y descansar. Hoy en día, sabemos que esto no se cumple, producto de la desregulación neoliberal, ya que producimos más, pero no trabajamos menos y el tiempo libre casi ni existe. Los hombres, quienes continúan concentrando la fuerza laboral remunerada, son protagonistas de ese entrampado, y de los mandatos y deseos que éste trae consigo.

El objetivo de este capítulo es estudiar lo que está detrás de la producción de las subjetividades de los hombres entrevistados, en función a la socialización, sus hábitos, sus formas de ver, pensar y sentir. Es decir, cómo sienten esas masculinidades, los significados y valores culturales en un contexto de precariedad laboral, poco tiempo libre y consumista. Esto implica considerar que, existe una interconexión de significados, valores y prácticas que se encuentran atravesados por conflictos y tensiones no resueltos, los cuales no son aprendidos de un modo formal, ni de un modo homogéneo, pero que guardan el carácter histórico de una época. (Williams, 2009).

Las masculinidades de los hombres entrevistados se gestan en una sociedad en la que el trabajo precario y las lógicas de mercado, han colonizado su vida familiar, disminuyendo el tiempo para compartir en pareja y centralizando un interés individualista, alejado de proyectos colectivos. Asimismo, su manera de entretenimiento, a través del juego y consumo televisivo, constituyen dispositivos que evidencian discursos donde se ejerce y reproduce el poder. Frente a ello, se instaura una cultura que no cuestiona y reproduce pasivamente estas lógicas. Esto nos habla de cuerpos que habitan en un territorio violento, revelándose una relación entre el cuerpo-territorio (Zaragocin, 2020) donde, se puede entender que si el cuerpo está enfermo también lo está el espacio. Esta aproximación que, imbrica una escala global e íntima, permitirá comprender las masculinidades violentas.

Mientras Javier prepara, en el tercer piso de su casa de San Juan de Lurigancho, las salsas para el pollo broaster que vende en su carrito sanguchero, mira, en Netflix, cómo en una isla de Corea, 456 personas, desesperadas y ahogadas en deudas, son atraídas para participar en un juego hiperviolento en el que tienen la oportunidad de ganar cerca de 39 millones de dólares, si logran pasar seis desafíos. Javier terminó de ver, en un día, “El juego del calamar”, la serie más exitosa de la plataforma streaming, vista por 111 millones de personas en el mundo. Sobre ella me comenta, *“yo me veo identificado, porque uno se enferma, uno ha trabajado, he ahorrado mi plata y llega la enfermedad y tienes que gastar, no podemos pagar, vuelves a endeudarte y ves esa serie y es como si estuvieras ahí”*.

Quizá el éxito de la serie radica en lo que dice Javier, millones de personas identificadas con deudas agobiantes, trabajos precarizados y el culto al dinero.

Luego de graduarse como cocinero, Javier comenzó a trabajar en un restaurante de Miraflores. Salía a las 7.30 am de su casa, llegaba a las 9 am y trabajaba hasta la 1.30 pm; le daban un receso hasta las 4 pm y como no podía regresar a su casa, hacía tiempo en el departamento de un amigo jugando videojuegos. Para completar su turno, volvía al restaurante de 5 a 10 pm y llegaba a su casa a la media noche. *“El ser cocinero es esclavizado, pero también ganas bien, ¿no?”*, me dice Javier mientras filetea el pollo durante nuestra video llamada. En el tiempo que trabajó ahí, se propuso ahorrar para poner un negocio, porque siempre se preguntaba, *“si yo hago todas las preparaciones, ¿por qué las ganancias se las llevan otros?”*. Pudo ahorrar, pero, cuando nació su hija, todo el dinero se fue en ella. Luego de un tiempo, pudo instalar, finalmente, un carrito sanguchero en la esquina de su casa.

Ahora que tiene un negocio propio, Javier trabaja todo el día; la vida y su trabajo se han vuelto inseparables, pero sabemos que el trabajo independiente no soluciona el problema, ya que el sistema actual no explota “desde un afuera”, sino que ha logrado que uno se explote a sí mismo (Fischer, 2016). Cuando comenzó la pandemia, le dio cirrosis y tuvo que endeudarse para costear su enfermedad, pasar la pensión de su hija y mantener a flote su negocio; *“las entidades financieras o los que vienen a cobrarte son como la muñeca de “El juego del calamar”;* uno está con el miedo de ocultarte, de no dar la cara, es como si ellos te atacaran. Uno vive atormentado; no me alcanza, uno se estresa y ese mismo estrés causa malestar, te puedes enfermar”.

Los cuerpos hablan y el de Javier también. Como se mencionó anteriormente, existe una relación entre el cuerpo-territorio, donde, se puede entender que si el cuerpo está enfermo

también lo está el espacio, y, por ende, la sanación del cuerpo-territorio es mutuo-dependiente Zaragocin (2020). Por ello, no es descabellado decir que Lima (igual que otras ciudades), al ser un territorio, cuya fuerza laboral está dinamizada por políticas que precarizan el trabajo, enferma a sus habitantes. Por otro lado, es importante considerar, que lo que enferma no es el exceso de responsabilidad e iniciativa, sino el imperativo de rendimiento como nuevo mandato de la sociedad, convirtiéndonos en una “sociedad del cansancio”. (Han, 2005).

David maneja una combi pequeña que no tiene ruta formal. Lo hace de lunes a domingo, durante 12 horas al día. Gana entre 80 y 120 soles diarios, y tiene tres deudas bancarias. Al igual que Javier, la cantidad de horas que trabaja, es excesiva, pero no se ve en otro trabajo porque *“el sueldo depende de mí, de cuánto produzca”*. Esta afirmación evidencia una paradoja en la que “la libertad y la coacción” coinciden (Han, 2005). Es decir, a David nadie lo somete a trabajar 84 horas semanales, él mismo se “autoexplota”.

David y Javier son los que me hablaron con más entusiasmo de sus trabajos. Por ello me interesó saber más y le pregunté a David: *¿por qué te gusta tanto manejar, todos los días, por los mismos lugares?* David se ríe y me respondió, *“siento la adrenalina que hay de correr... y no te puede cansar, porque son distintas, hay una frecuencia que no es la misma, no te correteas con los mismos carros, ves la manera cómo buscar más pasajeros”*. En ese instante recuerdo otra conversación con él, en la que me contó que, en secundaria, se “tiraba la pera” los lunes para trabajar como cobrador y para jugar carreras de autos en una cabina cerca de su escuela. Jugar es una costumbre que mantiene hasta hoy, pero ahora lo hace en las madrugadas, después de manejar, y con su celular. Entonces le pregunto, si cree que sus recorridos en combi se parecen a los videojuegos. Me responde que sí, *“es como una carrera*

de carros, pero ya en la realidad. En el videojuego tienes que llegar en el primer puesto y en la realidad también, como en Top Gear, el videojuego”.

El paralelo entre su trabajo y los videojuegos, no es casualidad. Él puede ser, lo que Han (2019) llama, “homo ludens”, un hombre que desea tiempo libre, pero que, a falta de él, ludifica su trabajo. David no encuentra un tiempo de ocio para él, ni para compartir. Su decisión, ser el único sustento económico de su familia (le pidió a su pareja que se quede en casa, cuidando a sus hijos), además encierra otra necesidad, *“me gustaba estar fuera de la casa”*. Para David, manejar, simboliza un escape de ciertas responsabilidades familiares: el cuidado de sus hijos, el acompañamiento escolar, las labores domésticas. Aunque le gusta manejar, como si estuviera en una carrera de un videojuego, en el fondo, sabe que solo es una fantasía, ya que tiene que pagar deudas a costa de largas horas de trabajo. No está tranquilo, para estarlo, me dice, *“habría que tener todo... una casa con todas sus comodidades completas y un trabajo que mensualmente, no haga tanto esfuerzo; tener un negocio bueno”*.

Luego de trabajar por 25 años, de lunes a sábado de 7 am a 9 pm y los domingos de 8 am a 2 pm, Miguel decidió vender su ferretería, porque sus hijas ya estaban grandes y quería descansar. En los primeros diez años del negocio, su esposa, quien es abogada, se dedicó al cuidado de sus hijas, a las labores domésticas y a “ayudar” de vez en cuando en la ferretería. *“Ella tenía su título, pero quería disfrutar su maternidad, cien por ciento dedicarse a sus hijas”*, me cuenta Miguel sobre la decisión de su esposa de quedarse trabajando en la casa. Luego agrega, *“como ellas son mujercitas, más juegan con su mamá, se podría decir que la crianza de mis hijas ha estado en manos de mi señora, porque ella tenía más tiempo y a parte*

por cuestiones de afinidad”.

En los relatos de Miguel encuentro, frecuentemente, clasificaciones binarias sobre los roles femeninos y masculinos. La primera, es el mandato del padre proveedor y el rol de su pareja como cuidadora y encargada de tareas domésticas. La segunda es la crianza de sus hijas. Un día castigó a su hija mayor, con un correa, por hacer una fiesta sin que ellos estuvieran en la casa. Le pregunté si hubiera hecho lo mismo con un hijo y me respondió, *“bueno, en el caso de las mujeres, son más delicadas, hay que tener más cuidado, los chicos son más osados, más despiertos, les pueden dar de tomar algo, dopar.”* La jerarquía sexual se manifiesta a través de dinámicas hegemónicas en el ámbito familiar y Miguel parece reconocerlo. Mientras termina de contarme ese episodio, su tono de voz cambia y su mirada se pierde. Entonces me dice, *“me hubiera gustado participar más en su crianza, pero estábamos en una encrucijada, tenía que trabajar, sí o sí, para poder seguir adelante y para darles la comodidad y mejorar nuestra vida ... por ese lado me siento contento, hice lo mejor que pude”.*

La dinámica laboral-familiar de David y su pareja, constituye una división jerárquica del trabajo femenino y masculino, la cual es móvil en sus trayectorias de vida. Según el relato de Miguel, en los primeros diez años, ella asumió voluntariamente doble carga laboral, trabajó en su casa y fuera, en la ferretería. Fraser (2020) sostiene que el trabajo doméstico gratuito es vital para la producción económica capitalista; es decir, a costa del trabajo de su esposa, Miguel contribuye a dinamizar la economía y ella, al no recibir un sueldo, permanece económicamente dependiente. A su vez, es importante señalar que, la masculinidad hegemónica, “la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres”

(Connell, 1997), se legitima también por el uso de la persuasión de las mujeres; es decir, la esposa de Miguel, al asumir esas labores, también legitima lo hegemónico.

Cuando sus hijas cumplen 10 y 11 años, esta dinámica cambia. El negocio de la ferretería crece, *“llegué incluso a tener gente a mi cargo y era más esclavo todavía”*. Al ver a sus hijas grandes y tener la posibilidad de contratar una empleada doméstica, la esposa, atraída a la fuerza de trabajo remunerada, vuelve a trabajar como abogada. En ambos contextos, sus horarios de trabajo, dificultan tener y compartir tiempo libre juntos, *“los domingos le decía para ir a almorzar, luego íbamos a un centro comercial, esa era mi forma de premiarla, se podría decir, que esté contenta y salga de la rutina”*. Planteemos la siguiente pregunta, ¿de qué sirve tener dinero, si no se tiene tiempo libre? El tiempo libre es tiempo para una misma, pero también para construir lazos sociales, para entender al *otro*, a la pareja y vivir en comunidad. Sin embargo, *“los efectos de la desregulación neoliberal, no solo nos están robando dinero y trabajo, sino que además nos están robando todo el sentido de la vida a través del tiempo”*. (Vich, 2021:48). Cuando Miguel y su esposa tenían algo de tiempo libre, lo usaban para ir al Mega Plaza, compensaban el hecho de estar tantas horas separados, en un centro comercial, comprando objetos o simplemente deseándolos. El consumo, abarca casi la totalidad de los espacios de la vida y de todas las dimensiones de la persona; el tiempo libre de pareja se transforma en un tiempo de consumo. Es interesante notar cómo el centro comercial se convierte en un lugar de entretenimiento en una ciudad que no provee de espacios públicos para ello, entonces *“entretenerse”* es sinónimo de consumo.

Con Pedro ocurre algo similar. Actualmente él y su esposa trabajan fuera de la casa, pero durante varios años solo trabajó él, de lunes a viernes, entre 8 am y 8 pm y los sábados hasta

el mediodía, mientras su esposa era ama de casa. En ese contexto, disponían de poco tiempo libre juntos y desde hace cuatro años, que los dos trabajan fuera de casa, no coinciden en sus días de descanso; *“yo descanso sábados y domingos, y ella descansa días de semana”*. Adicionalmente, me cuenta, con un tono de voz resignado, *“con mi esposa no compartimos actividad en común, lo único que compartimos con mi esposa es salir a un centro comercial, a pasear o de repente a un cine, y más nada”*.

La ausencia física de la escena hogareña, así como el encuentro de las parejas en un espacio destinado al consumo, reduce la capacidad de conversar y buscar puntos de entendimiento para resolver sus desacuerdos. Cabe mencionar que, aunque los objetos y su compra puedan ser un medio para crear vínculos sociales entre sujetos e inclusive sirvan como actos de amor hacia el otro (Miller, 1998), en el caso de estas parejas no cuentan con mucho tiempo libre para la escucha. Esto resulta problemático, porque, al contar con menos tiempo para la empatía mutua, se instaura un vínculo que rechaza un proyecto colectivo. Desde otra escala, una global, esto, replicado en más parejas y en distintos contextos, contribuye al deterioro de la solidaridad social.

El tiempo es algo socialmente construido, inserto en relaciones de poder, hoy regulado por lógicas neoliberales. Los entrevistados de esta investigación dedican muchas horas al trabajo, algunas esposas o parejas también lo hacen y otras no; y en esta dinámica se evidencian relaciones de poder. En todos los casos son ellos los que ganan más dinero y no tienen mucho tiempo libre para compartir en familia.

En ese sentido, me pareció relevante preguntarles sobre el éxito, ya que es un concepto

asociado a la satisfacción en la vida, pues si trabajan tantas horas y tienen poco tiempo libre, hay un objetivo que persiguen. Presento algunas de sus respuestas:

Pedro

Lucero: *¿Te consideras una persona exitosa?*

P: *Sí, pero pude haber conseguido más cosas, también de donde yo vine a como soy ahora, todo mi esfuerzo, mi sacrificio, no me puedo quejar. En el nivel personal no soy exitoso... en familia tampoco soy exitoso.*

L: *¿Qué es el éxito para ti?*

P: *El éxito es buscar un equilibrio entre un desarrollo profesional, un desarrollo personal y el crecimiento de tu familia.*

Pedro estudió Ingeniería mecánica en una universidad nacional y es Magíster en Finanzas. Cuando migró de Nazca a Lima para estudiar, le preocupaba que sus tías, quienes lo acogieron en su casa, tuvieran una buena impresión de él; entonces buscó en su cajón todos los diplomas de sus primeros puestos en su etapa escolar, para que “*cuando mi tía me diga, tú, ¿quién eres?, este soy yo*”. En otra conversación, cuando hablamos sobre cuerpo y belleza, le pregunté si se consideraba un hombre guapo; me dijo “*... de repente eres feo, pero tienes tus títulos; ya bueno eres feo, pero al menos eres una persona instruida, al menos tienes intelectualidad o al menos tienes un trabajo que es interesante, porque eso le da cierta protección y cierta seguridad a un hogar*”.

Para Pedro, la educación, lo académico, es trascendental en su vida y está asociada al prestigio social y a la seguridad económica. Por esa razón, le frustra llegar a su casa y

encontrar a su esposa e hijos viendo el programa de televisión, “Esto es guerra”¹, “no le veo que puedan aprender algo, pero ellos dicen, papá nosotros no queremos aprender, sencillamente queremos divertirnos. Ah ok, pero, ¿todos los días?... asu, bueno”. Entonces, prefiere irse a su cuarto y ver un canal de Youtube. Pedro critica pero no convoca, no hay una actitud propositiva que busque puntos en común, todo queda en un plano de interés individual y no colectivo.

Considero, que es importante pensar, no solo en la cantidad del tiempo libre que se tiene, sino en qué y cómo se emplea. Dicho programa televisivo, el cual rinde culto al cuerpo, a la competencia y al espectáculo; coloniza el tiempo libre familiar y los separa. El espectáculo es, materialmente, “la expresión de la separación y alejamiento de los hombres entre sí” (Debord, 2010: 172).

Luis

Lucero: *¿Te consideras una persona exitosa?*

L: *En cierta parte sí, en cierta parte no. Hace un par de años era un don nadie, catalogado a ser un desastre para la sociedad. En el ámbito personal, no, porque perdí a mi familia, no tengo a mis hijos, entonces no me siento exitoso en la vida.*

Lucero: *¿Qué es el éxito para tí?*

Luis: *El éxito es llegar a cumplir metas y sueños que uno se propuso y no necesariamente en cuestión económica.*

¹ Esto es Guerra es un concurso juvenil que divide a los concursantes en dos equipos mixtos. Cada uno de los grupos tiene que cumplir un reto que es ordenado por un tribunal. La vida personal de los participantes se devela públicamente continuamente, mientras se crea drama entre los equipos. Durante la filmación, hay rencillas y peleas y en algunos casos existen alianzas y amoríos entre ellos, que los ayuda para poder avanzar en la etapa final del concurso, el cual se emite desde el 2021. (https://es.wikipedia.org/wiki/Esto_es_guerra)

Luis creció en un barrio donde había mucho pandillaje y me cuenta, *“tengo amigos que están en Challapalca, con cadena perpetua; otros que tienen sus empresas o trabajan para grandes empresas, han llegado a ser algo en la vida, eso es un éxito”*. Desde niño siempre quiso ser marinero, aunque no sabe nadar; pero no pudo serlo, porque tuvo que comenzar a trabajar. Su sueño se frustró y su tío lo alentó a estudiar en el SENATI (Servicio Nacional de Adiestramiento en Trabajo Industrial), *“me gusta mi carrera, al principio la odiaba porque prácticamente me obligaron a estudiarla, pero ya cuando comencé a ver la plata que, si daba, ya le comencé a agarrar cariño”*. Conseguir dinero para sobrevivir, así no sea ejerciendo la profesión deseada, cambia su percepción de satisfacción, es decir la de éxito. En ese sentido, concuerdo con Portocarrero (2001), en que ese esfuerzo representa una actitud de movilización de las capacidades humanas, en un país aquejado por la pobreza como el Perú.

Luis se considera exitoso por haber estudiado y tener un puesto de supervisor, *“tengo un tatuaje de un copo de nieve, como el dibujo de Disney. Representa mi profesión, técnico en refrigeración”*; sin embargo, no se siente feliz *“¿de qué vale comprar felicidad por un momento, si no soy feliz; para mí la plata no compra la felicidad”*. Su cuerpo es un territorio que alberga una frontera difusa entre el éxito y el fracaso. Así como tiene ese tatuaje, que representa su trabajo (o tal vez el recuerdo del marinero que no pudo ser); tiene un tatuaje por cada uno de sus hijos, a quienes solo ve 48 horas al mes; *“cada vez que yo me siento triste o deprimido, me tatúo, porque prefiero sentir el dolor físico que mental, para despejar la mente”*.

Fernando

L: *¿Te consideras una persona exitosa?*

Fernando: *Me falta para considerarme un hombre exitoso, estoy en ese camino. Cuando diga, quiero esto y lo compre o quiero viajar a un lugar y viaje, sin pensar si es que puedo o si me va alcanzar; a partir de ahí, que pueda hacer esas cosas, ahí seré un hombre exitoso. Cuando vea a mis hijos realizados, ahí voy a ser exitoso”.*

L: *¿Qué es el éxito para ti?*

Fernando: *El éxito es una pequeña palabra que engloba muchas cosas. En una carrera profesional implica sentirse bien, sentirse feliz con lo que consigues, con las personas que te rodean; estar feliz contigo mismo, con todo lo que has conseguido hasta el momento.*

Fernando trabaja como abogado y busca ser promovido como fiscal. Le gusta trabajar ahí, pero no está contento con su sueldo. Por ello, a diferencia de sus amigos, ha buscado un ingreso adicional con las criptomonedas, al cual dedica dos horas al día y recibe considerables ganancias. *“Mis planes para el próximo año son: comprar un auto al contado, dar la inicial para un departamento y pagar la hipoteca con el negocio de las criptomonedas.”* Fernando me cuenta que quiere jubilarse a los 60 años y vivir de ese negocio, no de su pensión como abogado. Cuando pronuncia la palabra pensión, niega la cabeza rotundamente y agrega, *“las criptomonedas van a ser el movimiento económico del futuro”*. Paradójicamente su ideal de éxito se asocia a algo "práctico, rápido y rentable" (Portocarrero, 2021), lo que pareciera ser un esfuerzo finito; sin embargo, no es suficiente, busca más y su premio, como dice el poema “Currículum vitae” de Blanca Varela (2016), siempre será “otra carrera”.

Para lograr ese objetivo, su día empieza a las 6 am; divide su mañana entre su trabajo y el acompañamiento escolar de sus hijos hasta las 5 pm (antes de la pandemia, no vivía con ellos

y solo los veía los fines de semana, actualmente la madre de sus hijos vive fuera del país). Luego, le dedica dos horas a las criptomonedas, ese tiempo lo comparte, de vez en cuando, con sus hijos; ya que les ha enseñado a invertir en ese negocio. Cuando le pregunto qué hace en su tiempo libre, me dice, rotundamente, “*no tengo tiempo libre*” y por su tono de voz y su expresión relajada, aquella “carencia” no le preocupa. En sus respuestas parece tener todo calculado y resuelto, desde la crianza de sus hijos hasta la gestión de ingresos. La idea de no hacer nada, se asocia a la no productividad, entonces el tiempo libre para Fernando, no es más que un tiempo vacío, un “horror vacui” (Han, 2019), un hábito que traslada también a sus hijos.

Los padres de todos ellos también dedicaban la mayor parte de su tiempo a trabajar, cumpliendo el mandato de padre proveedor; no tenían mucho tiempo libre, ni para ellos, ni para sus familias y relegaban el trabajo doméstico y del cuidado a sus esposas.

Con ciertas variantes, las dinámicas laborales de estos hombres, insertas bajo lógicas neoliberales, mantienen un régimen de poder. Estos hombres, al alinearse con los mandatos del mercado (un trabajo precarizado a costa de largas horas de trabajo y poco o nada de tiempo libre), se convierten en sujetos asociados a la competencia, a la acumulación del capital, sin dudar de este. Al no hacerlo, son sujetos que reproducen estas lógicas y mandatos, manteniendo dicho orden como un dispositivo productivo en sus masculinidades.

Para algunos, el éxito está en los negocios o en el logro profesional / académico y para otros

en la familia, o en ambos. Algunos se sienten exitosos en esos ámbitos y otros no. Sin embargo, todos consideran el éxito desde una mirada individual, relegando la meta colectiva. Ninguna de sus respuestas trascendió a ellos; es decir, ninguna de sus respuestas contempló un compromiso social, más allá de su núcleo familiar y ninguno se siente exitoso en su “vida personal”. El resultado es revelador, aunque parezca paradójico, la falta de metas colectivas empobrece el éxito de la “vida personal”.

Finalmente, las dinámicas laborales como pareja, aunque cambian en el tiempo, subordinan a las mujeres y reproducen el orden jerárquico. Ambos, aunque en distintas condiciones, están atrapados en un modelo económico que resta el tiempo libre y coloniza su vida de pareja. Esto conlleva a una crisis del diálogo, de la comprensión mutua y la imposibilidad, cada vez mayor, de generar un proyecto colectivo; lo cual, llevado a una escala global, repercute en la solidaridad social.

El siguiente subcapítulo me permitirá discutir sobre el tipo de entretenimiento que, cotidianamente, estos hombres consumían y consumen a lo largo de sus vidas, principalmente en sus infancias y adolescencias, etapas en las que solían tener un poco más de tiempo libre.

7.1. El “*detector del poder*” en el juego y la pantalla

Si está claro dónde está el poder, está claro cómo pelear contra él. Sin embargo, no es fácil encontrarlo, porque el poder está diversificado y fragmentado. Uno de los lugares donde se ejerce el poder es en la vida cotidiana, “un lugar donde se realizan las prácticas que permiten la reproducción de las estructuras y donde las estructuras permiten la producción de la

práctica.” (Zamora, 2005: 136). En ese sentido, el juego, al ser una práctica cotidiana, sobre todo en la infancia; así como el consumo de la televisión o el cine, son dispositivos fértiles para detectar discursos donde se ejerce y reproduce el poder.

Para este análisis, considero estas prácticas y trayectos de consumo como formas de socialidad; es decir, como espacios de relación con el cuerpo, el uso del tiempo, del hábitat, así como lugares de expresión de los deseos, de subversión de códigos y movimientos de la pulsión y del goce, en el intercambio e interacción entre sujetos (Barbero, 1999). “El juego implica una constante tensión entre lo establecido, lo posible y lo imaginado por quienes juegan y se transforman en el acto mismo de jugar” y por ello su potencia, (Cabra, 20013: 166). Sin embargo, existe una tendencia sociocultural tradicional de los juegos que, aunque viene transformándose, constriñe a las niñas y jóvenes a juegos del cuidado y a los hombres a juegos de dureza y agresividad, lo cual constituye al juego y a los juguetes en dispositivos generizados jerárquicamente.

Luis ha dispuesto en un estante de la habitación que alquila, todos sus juguetes de colección. Tiene la Flauta (una daga que se usa como flauta) y el casco de los Power Rangers²; el “Mjöllnir” (martillo) de Thor ³; el casco y guante de Iron Man⁴; el radar y el “Detector del

² Power Rangers es una serie de televisión y una franquicia estadounidense del género tokusatsu, versión de Super Sentai Series. Son personajes que luchan contra un ejército de poderosos seres alienígenas que amenaza la vida en la tierra. <https://powerrangers.hasbro.com/es-lam>

³ Thor es un superhéroe de Marvel, el cual ejerce el poder de los antiguos asgardianos para luchar contra el mal en los Nueve Reinos y más allá. <https://www.marvel.com/characters/thor-thor-odinon/on-screen/profile>

⁴ Iron man (hombre de acero) es un superhéroe de Marvel que fue creado por el inventor Tony Stark, un multimillonario que aplica su genio para las soluciones de alta tecnología. <https://www.marvel.com/characters/iron-man-tony-stark>

poder” de Dragon Ball Z⁵; todos son juguetes de los superhéroes y guerreros de sus series de televisión y películas favoritas, los cuales también comparte con sus hijos. Este último me llamó la atención y le pregunté si me lo podía enseñar; lo trajo y se lo colocó rápidamente. El “Detector del poder” es un dispositivo que se pone en la cabeza y tiene una pantalla que detecta cuánto poder tiene la persona, mediante números. En ese momento, inocentemente, creí que, de algún modo, el “detector” arrojaría algún número; pero Luis me aclara, que es *“de mentira”*. El juguete no puede medir cuánto poder tienes, pero Gokú, el personaje principal de la serie, sí, porque *“es intocable, tiene mucho poder, vence a todos, siempre por el bien, nunca por el mal”*. Entonces le pregunté, qué es lo que mediría un “Detector de poder” inventado por él y me dijo: *“la fuerza física”*.

En la interacción con el juguete, Luis vincula el poder a la fuerza física, una característica, junto al honor y la reputación (Fuller, 2018) que da la figura del superhéroe, que se vuelve un mandato a lo largo de las trayectorias de vida. *“Colecciono, erróneamente o inconscientemente, cosas que de niño no pude tener; ahora que, si puedo, lo tengo”*, me dice luego de contarme que, de niño lo que coleccionaba eran los “taps” (figuras circulares de plástico) de Los caballeros del Zodiaco⁶, que venían en los chocolates Winters. El interés por estos personajes, durante su infancia y adultez, que se da a través de series de televisión, películas, juguetes y comida; encierran un ideal del yo, una figura del héroe y del guerrero, que quiere salvar el mundo, pero solo y usando la fuerza física.

⁵ Dragon Ball Z es una secuela de la serie televisiva del anime japonés Dragon Ball, la cual se centra en la vida adulta de Son Goku, quien tendrá que defender la tierra de los numerosos villanos que amenazan con destruirla. <http://www.dragonballz.com/>

⁶ Los Caballeros del Zodiaco es una serie de manga sobre un grupo de jóvenes guerreros denominados «caballeros» que luchan del lado de la diosa griega Athena para proteger a la humanidad de las fuerzas del mal que quieren dominar la Tierra. https://saintseiya.fandom.com/es/wiki/Saint_Seiya_Wiki

Con el uso de otro dispositivo, el videojuego, David ha acompañado su infancia, adolescencia y adultez. Él y sus amigos del colegio se escapaban de clases para ir jugar a cabinas “Street Fighter”⁷ y “Mortal Kombat”. A diferencia de Luis, quien jugaba con muñecos (aunque no con los mismos que ahora tiene de grande), David no lo pudo hacer. Cuando era niño, su papá le decía a él y a sus primos, *“nada de muñequitos; para ustedes varones, son tu carro, tu cometa y trompo y si no tienes nada que jugar, a la chacra”*. David reclama, subiendo su tono de voz, la falta de libertad que tenía para jugar. Quizá por eso o porque el colegio lo “aburría”, su escape era ir a las cabinas. “Mortal Kombat” apareció en 1992 y fue inmediatamente asociado con “una glorificación rampante del crimen ... En el juego, los combatientes podían arrancarle el corazón a un contrincante derrotado o decapitar a un opositor y mostrar la cabeza como trofeo” (BBC, 2014). A partir de su aparición, la industria amplió los límites de la violencia y estableció un sistema de clasificación de la violencia en los videojuegos. (Reuters, 2021). David solía ser “Kano”, el líder de una organización criminal y un mercenario, maestro de las armas cortantes que posee un ojo falso rojo. (Mortal Kombat, s.f.). La performance de este personaje en el videojuego, me invita a pensar en la relación de la violencia de los videojuegos con la forma en que los jóvenes la traspasan a experiencias de la vida real. Benjamin (1987) sostiene, que el papel de la representación de la fantasía y su reproducción y difusión por medios técnicos, consistiría en servir de espejo de la sociedad (sus peligros) y por lo tanto, sería útil para reconocer nuestros horrores. Siguiendo esta idea, “Mortal Kombat” podría advertir sobre las amenazas y violencias del mundo; sin embargo, cabe la posibilidad de no hacerlo y más bien, atrapar al jugador en la imagen y

⁷ Street fighter es un videojuego de lucha, pelea o combate, que se basa en manejar un luchador o un grupo de luchadores, ya sea dando golpes, usando poderes mágicos o armas (incluyendo las de fuego), arrojando objetos o aplicando llaves.

https://es.wikipedia.org/wiki/Videojuego_de_lucha#:~:text=Un%20videojuego%20de%20lucha%2C%20pelea,a%20arrojando%20objetos%20o%20aplicando%20llaves.

fantasía de ese personaje. Sobre este debate, Segato (2003) propone, por un lado, pensar dónde está el límite para que esa captura no se produzca; y por el otro, contemplar un tiempo mayor para la reflexión sobre los discursos y los medios que la posibilitan, ya que éste no es proporcional a la rapidez y abundancia con la que la violencia aumenta día a día. Adicionalmente, es útil pensar también en otros factores, como la frecuencia, la compañía, el contexto: temporal-espacial o el factor socioeconómico, en el que este consumo se genera. David ha consumido videojuegos a lo largo de toda su vida, y si bien no puedo afirmar que éstos son la causa de sus actos violentos, son parte de una serie de prácticas en las que el ejercicio de poder impone, controla y jerarquiza sus acciones.

La escuela es otro microcosmos donde se generan relaciones de poder. No solo a través de un ejercicio de exclusión de “los héroes” a los “los outsiders”, (“lornas” y “maricones”), (Del Castillo, 2001); si no también a través de la relación autoritaria entre profesores y estudiantes. Pedro recuerda que *“cuando alguien hacía una travesura o tenía mucha recurrencia en no hacer las tareas, el profesor llamaba: Linares (el compañero más grande del salón), él cargaba al alumno que había cometido una falta, pegaba el pantalón al cuerpo y te daba dos correazos fuertes”*. Para Pedro y sus compañeros, el método de su profesor no era el “idóneo”, sin embargo considera que *“el profesor había tenido toda la buena intención de que seamos personas buenas para la sociedad. Esa forma que tenía de corregirnos nos sirvió, nos formó el carácter para poder avanzar”*. Para Pedro, el fin justifica los medios. A diferencia de Luis, quien, en tercero de secundaria se enfrentó a su profesor de matemáticas, *“usted me toca, aténgase a las consecuencias ... ah me estás amenazando, y pum, me tiró dos correazos en la espalda, y yo le tiré un cachetadón. Ni mi mamá me toca, usted me va tocar.”* El disciplinamiento en muchas escuelas, ahora en menor medida, pasa por los cuerpos; ya sea

mediante golpes o exigencias físicas, lo cual fomenta una pedagogía de la violencia, en el caso Pedro justificándola y en el de Luis, rechazándola, pero usándola.

Fernando recuerda que, en su colegio, mixto, hacían ranear a los hombres por todo el campo deportivo si eran “*traviesos*”, pero a las mujeres no. “*No recuerdo haber visto a las mujeres castigadas, la brigadier solo se las llevaba*”; de lo cual intuyo que, no es que a las mujeres no las castigaban, sino que los castigos en la escuela también están generizados; es decir, hay unos para mujeres y otros para hombres. Mientras me cuenta ese episodio, recuerda otros en los que, junto a sus compañeros, le hizo bullying a un par de chicos. Uno tenía la voz aguda y tartamudeaba, a él “*lo fastidiábamos de lorna y al otro de gay*”. *A ese, cuando jugábamos fútbol, lo hacíamos tapar*”. Los mecanismos de negación, “no ser” mujer, son fundamentales en la emergencia de la masculinidad. Ésta se torna defensiva, caracterizada por el miedo a parecer femenino, construyéndose a partir de una negación y oposición: “no soy mi madre, no soy un bebé, no soy una niña”. (Badinter 1992: 79). Por ello, cuando una de estas características aparece en algún niño o adolescente, se les excluye inapelable y colectivamente.

En ese sentido, cualquier síntoma de ambigüedad debe ser eliminado, a través de pruebas de virilidad que ponen a prueba la fuerza física o la sexualidad (discutiré sobre este tema en el capítulo VIII). Los juegos de los recreos y los del barrio sirven para pensar en ello. En primaria, Pedro y sus amigos jugaban a lanzarse pepas de mandarina y frutos de guarango, también ponían chapas en ligas, armando una especie de honda, y se los tiraban en la piel; ganaba el que las tiraba más fuerte y dejaba la piel roja. Por otro lado, Jorge recuerda que jugaba con sus amigos del barrio a ser personajes de las películas del Oeste (norteamericano)

y fabricaba sus pistolas con los tallos del Concuno, una planta medicinal. En ambos casos los juegos están vinculados a un ejercicio de violencia, porque tenían el objetivo de herir a su rival.

A Miguel también le gustaban las películas y series televisivas del Oeste (“Western”), su preferida era “Bonanza”, una serie norteamericana ambientada a mediados del siglo XIX, que cuenta la historia de una familia adinerada, liderada por un patriarca y su lucha por protegerse entre ellos, sus vecinos y su tierra. Cuando Miguel jugaba con sus amigos del barrio, recreaba episodios en los que sus “cachaquitos” blancos se enfrentaban a “cachaquitos” indios; *“imaginariamente hacía una batalla de los indios contra los que tenían caballos”*. Le pregunto en qué “bando” solía jugar y me dice *“de los blancos... En ese momento, tratábamos de liquidar a los indios, a pesar que era una injusticia, pero como los veíamos que se vestían diferente, tratábamos de eliminarlos. Los indios no tenían ropa, tenían plumas, no tenían zapatos... los blancos si eran gente que tenía todo completo, su sombrero, su caballo, tenían toda su ropa, normal, y tenían también sus armas, estaban más equipados, lógicamente”*. En el juego de Miguel se representa el discurso dualista del pensamiento occidental (lo salvaje opuesto a lo civilizado), que es análogo al pensamiento binario de género (lo femenino opuesto a lo masculino), que asienta jerarquías. Adicionalmente, la estrategia del juego “colonialista”, reproduce una clasificación racial (Quijano, 2014). Miguel *“liquida”* a los indios, porque son *“diferentes”*, no tenían *“todo completo”*. La racialización, más que un problema de color de piel es un patrón de poder y un asunto de clasificación de individuos. La raza y el género son dispositivos desde donde se ejerce el poder y se manifiestan en prácticas cotidianas, como el juego.

A fines de la década de los ochenta, varios de los entrevistados estaban entrando a la adolescencia, al igual que yo. La oferta de programas televisivos nacionales no era muy variada, así que, uno de los programas que veíamos, casi obligadamente, los sábados era “Risas y Salsa”. Miguel esperaba todos los sábados para ver el sketch de “El jefecito”, que luego se convirtió en una serie independiente debido a su gran éxito. La historia trataba de un contador, “Federico”, que estaba enamorado de su secretaria, “Chelita”, y de sus esfuerzos por conquistarla. *“Él era cincuentón y ella tendría 25-27 años, muchacha era, por eso es que él estaba encantado... él estaba en otra etapa de su vida y tener una ilusión lo hacía vivir a él, por eso estaba en detalles; corría, le traía un cafecito, chocolates, flores, constantemente la estaba adulando”*, me cuenta Miguel riéndose, casi a carcajadas, y continúa, *“daba risa, porque se desvivía. Compraba cosas, se ponía meloso, aprendía cosas de poesía, era un caballero en extremo y eso daba risa, porque él siempre quedaba frustrado”*. El humor, sostiene Huerta (2021), resulta de la ironía, la sorpresa y la contradicción; aquello de lo que nos reímos refleja, en el fondo, lo que tememos o nos disgusta. Miguel se burla de “Federico” porque “Chelita” representa un ideal imposible.

A su vez, el personaje de “Federico” encarna la masculinidad hegemónica. Sábado a sábado ponía su virilidad a prueba, frente a sus pares (los espectadores) usando a “Chelita” como un objeto bello. *“Él estaba a sus pies y ella le seguía la corriente para cuidar su trabajo. Primero se hacía la difícil... entonces él insistía y cuando intentaba propasarse, ella lo frenaba y ahí estaba la gracia, porque él se iba de cara. No le funcionaba y seguía insistiendo. Así todos los sábados... yo esperaba todos los sábados y decía, ahora qué cosa va hacer este señor”*. Por el otro, en el relato de Miguel, “Chelita” queda permanentemente sexualizada, porque depende de una lógica sexista para mantener su puesto de trabajo y como

el ideal de obtener el objeto deseado siempre se frustra, lo que permanece es la mujer como imagen, siendo soporte del deseo masculino. (De Lauretis, 1992).

Los programas de televisión que estos hombres vieron durante sus infancias y adolescencias son parte de sus recuerdos y subjetividades. Por ello, a unos más que a otros, les preocupa los programas de televisión que sus hijos ven. En el caso de Luis, les ha prohibido a sus hijos ver telenovelas, *“porque tengo amigos que sus hijas de 12-13 años están embarazadas... o sea, yo quiero que mis hijos sean felices, vivan su infancia tranquilos”*. Luis prefiere prohibir que sus hijos vean las historias de amor que se tejen en las telenovelas, antes que hablar con ellos sobre sexualidad, *“si él me pregunta hablaría, pero no es algo que nazca de mi”*.

En el caso de Jorge, cuando era niño veía con su papá la telenovela “Rosa Salvaje”, *“le causaba risa su forma de hablar”* (de la protagonista). Con sus hijos no ve telenovelas, lo que ve es el programa “Esto es Guerra”, aunque cada vez menos, *“antes el objetivo era luchar para ganar algo, ahora tienen que dar un beso para concretar algo... además con el cuerpo se llama gente”*. Le pido que me explique mejor a qué se refiere con la última frase y me dice, *“te pongo el ejemplo de Farfán, sino hubiese sido jugador y no hubiera tenido dinero, ¿tú crees que le hubieran prestado atención?... No es que para conseguir algo uno tiene que ser guapo; pero no lo tomes a mal, no vas a poner a un gordo. El programa quiere gente que venda”*. En la crítica que hace Jorge al programa aparecen otros elementos asociados a los mandatos de la masculinidad: tener dinero y cumplir determinados estándares de belleza. La popular frase “billetera mata galán”, asociada, con frecuencia, a muchos futbolistas, vincula la idea de obtener todo, hasta una mujer, a costa del dinero, pero también a costa de un cuerpo musculoso.

El músculo, sostiene Kogan (2015), cumple una función doble: por un lado, eleva la sensación del poder hacer (de acuerdo al molde de un Ulises) y por otro compone un valor moral a prueba de esfuerzo, una *performance* acorde a los lineamientos de la productividad y la eficiencia. En una sociedad capitalista, el cuerpo y el consumo muestran un estrecho vínculo; por eso cuando Jorge dice “*el programa quiere gente que venda*” no se equivoca, el cuerpo es una mercancía. Así como también es un signo (Baudrillard, 2009), el cuerpo habla de quiénes somos y de nuestra trayectoria. Por ello, me pareció relevante indagar sobre las percepciones de belleza que estos hombres tienen, mediante la pregunta:

¿Te consideras un hombre guapo?

Pedro: *No, ni feo tampoco. No me considero guapo por mi nariz aguileña, es la nariz de mi querida madrecita. Cuando engordo, engordo muy rápido y los cachetes se me hinchan, por la edad ya no tengo tanto pelo como antes. Luego agrega, un prototipo, primero su color de piel tiene que ser como la mía, ni muy blanco ni muy moreno, un color canela; tiene que ser delgado, ni muy corpulento, ni muy flaquito; estilizado, que no tenga barriga, que tenga abdomen plano; que por el hecho de hacer deporte se ve su seguridad al dar los pasos, que tenga cierto grado académico.*

Javier: *Guapo, guapo no al 100%, porque quizá no tengo 100% la belleza que algunas mujeres buscan: ser bonito, pelo castaño, ojos verdes o no sé qué es lo que busque una mujer, ¿no?... Mi hermano es más agraciado que yo, tiene mejor cuerpo, más delgado, su rostro es más fino, más bonito, más guapo.”*

Fernando: *Yo sí, claro. Tengo un cuerpo caribeño. Yo me considero inteligente, atractivo, yo siempre digo, aquella mujer que esté conmigo, se va a sacar la lotería, porque considero que soy una buena persona... Físicamente sí, tengo buena autoestima, yo me considero hermoso, guapo; de este cuerpo caribeño cualquiera se enamora.*

Miguel: *No me considero guapo. Para ser guapo hay que tener unos estándares, bien constituido físicamente, ser más blanco, hay estándares para ser bello o guapo... dientes perfectos. Así como las mujeres, cualquiera no es modelo... Yo tengo un concepto, en los hombres no vale la belleza, la belleza pienso que está hecha para las mujeres. Un hombre, por muy guapo que seas, no te ayuda mucho; en cambio a una mujer, sí la ayuda a escalar posiciones, conseguir mejores trabajos, en cambio en el hombre más se admira la inteligencia. Con la inteligencia sí puedes avanzar en la vida, lograr muchas cosas.*

Lo primero que debo decir es que, la mayoría pudo hablar, sin tapujos, sobre sus percepciones de belleza (guapo), aunque, reconozco que, sus respuestas pueden haber estado condicionadas por un posible juicio mío. Jorge fue la excepción, me dijo que un hombre guapo, “*tiene que ser respetuoso*”, evadiendo hablar del aspecto físico.

Sus percepciones de belleza, cuerpo (musculoso, delgado), permiten problematizar la masculinidad desde otros ángulos. Por ejemplo, el vínculo de la masculinidad con la raza: la piel blanca (un tipo de nariz, ojos, y pelo) como hegemónica; y la masculinidad con las emociones. Fernando. Actualmente, está separado de su pareja y en otra conversación me comentó que su autoestima quedó muy afectada luego de la ruptura. Entonces, es posible que una estrategia para superarlo sea asociando un tipo de belleza ideal, “cuerpo caribeño”, con el

autoestima, lo cual también podría constituir la emergencia de un sujeto narciso, propio de una sociedad en la que el yo asume una forma de mercancía (Lipovetsky, 2002).

Como conclusión encuentro que la percepción de las series televisivas, películas y juegos que los entrevistados consumen en sus trayectorias de vida, está determinada por la forma cómo acceden a ellos, en qué lugares lo hacen, la compañía con la que lo hacen; todo ello bajo una lógica neoliberal que mercantiliza e individualiza. Esto, en conjunto, construye subjetividades, donde el discurso de poder está atravesado.

Si el género es una construcción cultural, los medios de comunicación y la industria del entretenimiento (sus dispositivos) juegan un rol fundamental dentro de esa reproducción. Según las respuestas de los entrevistados, éstos actúan como dispositivos que, si bien ayudan a socializar entre pares, reproducen la figura del héroe, del guerrero, del patriarca, la mujer sexualizada, lo cual afianza los mandatos de la masculinidad y subordina lo femenino, repitiendo las lógicas binarias y heteronormativas. En ese sentido en las industrias mencionadas, en su consumo cotidiano, se reproduce la violencia normativa y simbólica.

Observo que existe una conciencia sobre los estereotipos de género, probablemente por haber asistido a las sesiones del CAI-Breña, lo cual se evidencia en el análisis que hacen, luego del relato de sus recuerdos. Sin embargo, éstas no trascienden, no hay menciones ni acciones que prueben cambios reales. Aún permanecen muchas creencias, porque como sostiene Eagleton

(2005), las creencias son mucho más difíciles de arrancar que los bosques; y se heredan generación tras generación.

Lo discutido en los capítulos VI y VII es útil para visibilizar las masculinidades a partir de prácticas que permiten la reproducción de las estructuras y donde las estructuras permiten la producción de la práctica violenta. En el siguiente y último capítulo, me sirvo de todo ello para pensar en el vínculo de pareja y el amor como un concepto que tiene su propio régimen de contradicciones y violencias.

VIII. EL AMOR EN DISPUTA: VÍNCULO AFECTIVO Y EL NACIMIENTO DE LA VIOLENCIA EN LAS RELACIONES DE PAREJA

*“Hilo retemplado, hilo, hilo binómico
¿por dónde romperás, nudo de guerra?
Acoraza este ecuador, Luna”*

César Vallejo

La capacidad de amar de un individuo depende de la influencia que la cultura, a la cual pertenece, ejerce sobre él. La sociedad capitalista, basada en un principio de libertad y del mercado como regulador de relaciones económicas y por lo tanto sociales, coloca al individuo en una posición enajenada. En el trabajo esto implica desotrar al empleado, solo importa su fuerza de trabajo (precarizada) y no su singularidad, convirtiendo al empleado en propiedad del empleador. Lo paradójico es que son los mismos individuos que cooperan a ello, lo cual transforma las relaciones humanas en relaciones de “autómatas enajenados”

(Fromm, 1977: 81). El resultado es una sociedad individualista, centrada en la búsqueda del éxito y atravesada por la propiedad privada. En ella, el amor va ser el acceso al otro en términos de propiedad.

Todas las relaciones amorosas son atravesadas por el poder y se valen de distintos modos para ejercerlo, “si el amor se concibe desde una lógica de acumulación personal, entonces el otro siempre es un medio.” (Sztajnszrajber, 2019: 57). En las masculinidades, la relación vincular de pareja está atravesada por una competencia permanente entre pares y el control o vigilancia de sus emociones, lo cual genera inseguridades que trasladan a sus relaciones amorosas. Todo ello, me permite reflexionar sobre las lógicas en la que los hombres entrevistados han ido construyendo sus vínculos con las mujeres, específicamente con sus amigas, enamoradas y parejas, así como su propia sexualidad. En este capítulo, analizaré, desde las masculinidades (heterosexuales) y sus propias subjetividades, acontecimientos como la iniciación sexual, el primer amor y la infidelidad, los cuales sirven para pensar como el vínculo afectivo de pareja, está interactuando, todo el tiempo, con distintas dimensiones de la sociedad y mandatos de la masculinidad, atravesadas siempre por el poder.

Debo mencionar que los relatos que forman parte de este capítulo, fueron abordados, cuando ya había establecido una relación de confianza con los entrevistados. Sin embargo, cuando tuve que hablar sobre sexualidad, tuve ciertos reparos. Por un lado, pensé que tal vez estaba entrometiéndome mucho en su intimidad, al preguntarles por ejemplo sobre su primera relación sexual. Por el otro, me cuestioné sobre la actitud debía tener frente a ellos para obtener relatos honestos, ¿debía estar seria? o más bien ¿tener una actitud relajada? También me pregunté, ¿qué diferencia había entre los relatos en los que me hablaron de sus padres, sus

ausencias y maltratos y los relatos sobre sexualidad, ¿acaso no son igual de íntimos? La sexualidad, históricamente, ha estado destinada a la prohibición y el solo hecho de hablar de su represión, es una transgresión; asumo por ello, sentí reparos con los que pude lidiar. Decidí hablarles, de la manera más horizontal posible, prevaleciendo la escucha antes que dando mis opiniones, pero tratando que sea una conversación sin que se sientan juzgados. Sus respuestas, desenvueltas en la mayoría de casos y tímidas en pocos, me invitaron a profundizar en temas que ellos mismos dieron cierto peso, como por ejemplo la angustia o incertidumbre que les genera la situación actual con sus parejas. Sus relatos revelan que, en sus hábitos cotidianos, sexuales y amorosos, existen discursos producidos por el poder, convertidos en “técnicas de saber” (Foucault, 2007), sobre los cuales reflexionaré a continuación.

Durante la primaria, Pedro estudió en un colegio solo de hombres y cuando, en secundaria, lo pasaron a un colegio mixto, se sentía perdido. *“No tenía la facilidad de entablar una conversación con una dama... siempre buscaba sentarme con un varón, el día que me senté con una dama me petrifiqué, no la miraba ni para la derecha ni para la izquierda, ella me hablaba y yo le respondía como un robot”*, me cuenta Pedro. Por otro lado, Miguel narró una experiencia similar, *“como mi colegio era solo de hombres, solía ir con mis amigos a buscar chicas a otros colegios, a algunos les daba vergüenza, les temblaban las piernas, les sudaban las manos. Por ejemplo, yo, me ponía rojo... Cuando iba a fiestas tomaba Guinda y me desinhibía. Ya con eso éramos unos loros”*. Ambos relatos manifiestan una mirada dicotómica entre lo femenino y masculino. En lo femenino hay algo tan diferente (opuesto) y desconocido que los petrifica o los hace sudar, porque la masculinidad se construye en función de la negación de lo femenino y aunque a los dos les atraen las mujeres, el encuentro

con ellas, representa un sentimiento de extrañeza, de incertidumbre y hasta de amenaza, el cual, de algún modo, tienen que apaciguar, inclusive con el alcohol. Esto, a su vez, evidencia la responsabilidad de tener que dar la iniciativa, de ser quien “caza” y conquista a la mujer.

Luego de estas primeras experiencias, el contacto con las mujeres se vuelve más cercano. A Pedro sus papás nunca le hablaron sobre sexo, así que lo conversaba con sus amigos. Me contó, que vio muy pocas revistas y vídeos pornográficos, su exploración sexual fue con amigas. Con una de ellas, a los 14 años, tuvo su primera relación sexual. Recuerda, sobre todo que, *“fue con una persona muy especial, fue mi primer amor. Al inicio, me asusté porque era una mujer virgen. Vi sangre, mi cerebro se bloqueó, se me quitaron las ganas y quería irme. Ella me explicó dándome confianza y continuamos, y todo tranquilo”*. Desde el discurso pastoral, se dota a la mujer el estatus de virgen (pura) por no haber tenido nunca relaciones sexuales. La idea de lo delicado asociado a la biología de la mujer y la responsabilidad mayor o absoluta de esa primera relación sexual recae en el hombre. Es Pedro, quien le quitará la virginidad a su enamorada. Ello plantea la figura del hombre activo-masculino y la mujer pasiva-femenina, atrapados en el mito de la relación sexual y todas las consecuencias trágicas, “vi sangre”, validan los discursos pastorales como fálicos.

A los 17 años, un amigo lleva a Miguel a un burdel para “debutar”. Para él, como para todos los entrevistados, la información sobre sexualidad, nunca provino de los padres, ni de la escuela, sino a través de los amigos. Ellos llevaban al colegio la revista “Zeta”⁸ y la pasaban

⁸ La revista Zeta apareció en la década del ochenta en el Perú. En un principio se dedicó a informar acerca de la situación política. Sin embargo, a partir del número 6 la publicación toma otro rumbo y los contenidos políticos disminuyen. Zeta priorizó los contenidos sexuales, y se convirtió en una revista pornográfica en la época. [https://tesis.pucp.edu.pe/repositorio/bitstream/handle/20.500.12404/14568/anicama_cardenas_entre_lo_erotico_y_pornografico_el_uso_politico_de_las_revistas_pornogr%
c3%81ficas.pdf?sequence=1&isallowed=y](https://tesis.pucp.edu.pe/repositorio/bitstream/handle/20.500.12404/14568/anicama_cardenas_entre_lo_erotico_y_pornografico_el_uso_politico_de_las_revistas_pornogr%c3%81ficas.pdf?sequence=1&isallowed=y)

en el salón, y algunas veces también iban a cines “porno”. Para los entrevistados, el uso de revistas pornográficas y la asistencia a estos cines durante la adolescencia, fue poco frecuente. La mayoría me manifestó tener poco interés en ellos, sin embargo, las experiencias sexuales en torno a los burdeles sí se dio en la mayoría de casos.

“Como éramos menores de edad, un compañero lo tenía comprado al boleterero y así entrábamos a un cine en Barrios Altos. Ahí vi, por primera vez, una relación sexual. Fue impactante, salí pensando, imaginándome cosas”, me cuenta Miguel. Mientras lo hace, parece atrapado en el recuerdo, pierde la mirada y le pregunto qué era lo que más le llamaba la atención de esas películas, y me dice *“el cuerpo de la mujer”*. La fantasía constituye el motor de sus recuerdos, lo corroboré en el relato sobre su primera relación sexual en un burdel, *“me tocó una señora mayor, todo era rápido, todo era mecánico, era veloz. Le interesaba más el dinero que el afecto. No es como tener a tu enamorada, que se toman su tiempo, conversan. Ahí todo fue muy rápido, sin sentimiento. Me quedé desencantado. Creía que iba a ser como en las películas, uno se iba a tomar un tiempo, iba a conversar”*. Miguel también imaginó, como se lo habían dicho sus amigos, que *“iba a encontrar modelos, mujeres sexis, pero todas eran personas mayores”*. El burdel constituye un espacio de representación del sistema sexo-género en la producción de la masculinidad (heterosexual), mediante la gestión del cuerpo, la palabra y el discurso. (Folguera, 2016). En él se manifiestan expectativas de comportamiento sexual, por ejemplo, se da una relación comercial, que se materializa en la posición de poder del hombre (como varón y como cliente) sobre la mujer. Así mismo, la exigencia para asistir a estos lugares constituye una prueba de virilidad (potencia heterosexual) entre pares, *“todos tienen 16, ya tienen que*

debutar. Eso decía el mayor del grupo. El que no va, posiblemente sea un maricón, no le gustan las mujeres.”

En el imaginario de la masculinidad de Miguel, la mujer debía demostrar afecto y escucharlo, y a la vez ser un objeto de placer (sexy, joven), una idealización producto de la imagen subordinada y objetualizada de la mujer y de la fantasía falocéntrica de los encuentros sexuales en los medios de comunicación y las industrias del entretenimiento. Es importante mencionar que, las experiencias en los burdeles difieren y no todas las masculinidades experimentan lo mismo.

Así como esta experiencia sexual, Miguel tuvo otra, relacionada un encuentro homoerótico, fallido. Estaba en la Plaza San Martín esperando a su enamorada, pero ella nunca llegó. De pronto, se le acercó un hombre y lo invitó a comer pollo a la brasa. Ahí conversaron bien y luego lo invitó a su departamento. Miguel aceptó esa propuesta y cuando llegó a la casa se dio cuenta que *“tenía esa debilidad.”* El hombre le dijo, *“me gustaría estar contigo. No, le digo ¿Cómo quieres estar conmigo? Te has equivocado.”* Luego, me contó que, inclusive le quiso dar dinero y él no aceptó. Le pregunté cómo se sintió después de ese episodio y me contestó, *“sentí decepción ¿Cómo puede haber un hombre que le guste otro hombre? Me parecía algo muy sucio, ya demasiado feo. No es una persona sana... Me sentía mal conmigo mismo por aceptar ir.”* Entonces, *¿por qué lo hiciste?*, repregunté. Me explicó que aceptó la invitación, porque estaba un poco triste, ya que su enamorada no había asistido al encuentro y se sintió acompañado, cuando el hombre le comenzó a hablar. Actualmente, dice respetar a los homosexuales, con tal que no se metan con él, porque, además, tuvo un jefe que era arquitecto, *“era un profesional, no lo desmerece el hecho que sea gay.”* En este testimonio

se evidencia la justificación del rechazo a la práctica homoerótica, a través del discurso médico, “*no es una persona sana*” y del discurso pastoral “*me parecía algo muy sucio*”. Históricamente, ambos discursos, junto al jurídico, han contribuido a la violencia normativa, dando legitimidad a cuerpos que cumplen la norma heteronormativa, mientras que los otros cuerpos son vistos como “falsos, irreales e ininteligibles” (Butler, 2007: 29).

Por lo tanto, la masculinidad heterosexual, es decir la hegemónica, es la norma. Dicha norma está constituida a partir de contradicciones y oposiciones en el plano subjetivo y cultural, rechazando constantemente todo lo que se aproxime a la categoría de lo femenino. Frente al temor de no encajar con la norma, los hombres se someten a vigilar constantemente sus sentimientos, emociones y la performance (comportamiento) de sus cuerpos. Entonces, es desde un closet (el ocultamiento), donde se ha construido la masculinidad. Cuando Miguel acepta la invitación del hombre desconocido y luego se arrepiente (es un sí y no a la vez), evidencia que la masculinidad se performa a través de tensas oposiciones (salud/enfermedad, homo/hétero, igual/diferente, etc.). La mascarada (Rivière, 2007), negar lo femenino, es la posibilidad de lidiar con esas oposiciones. En ambas experiencias, tanto en el burdel como en el encuentro con el hombre desconocido, hay una socialización heteronormativa, donde esa masculinidad se constituye como hegemónica.

De las seis enamoradas que tuvo David, antes de convertirse en padre, la primera fue su gran amor. “*Se parecía a Winnie, de los Años Maravillosos (la serie de televisión). Me gustaba su forma de ser, su cabello, lo que era flaquita, todo eso.... Fue el gran amor de mi vida y al final se fue. Me dejó y no hay otra que pueda ocupar su lugar.*” David la conoció en el colegio y al principio ella lo discriminaba, como muchos de sus compañeros, “*cuando tú*

llegas de la sierra por primera vez a Lima, todos te tratan de serranito, de cholito, apestas a queso, hueles feo". David me cuenta que le fue muy difícil conquistarla, como era *"hueca en matemáticas"* su estrategia fue enseñarle y también invitarla a comer con el dinero que obtenía trabajando como cobrador de combi. Cuando finalmente la conquistó, *"iba a todo lugar con ella, siempre andábamos juntos. Accedía a todo, tenía disponibilidad para todo. Nunca me decía que no."* Para David una mujer es buena cuando acepta todo lo que él pide y desea. Por eso, cuando ella muere, arrollada por un auto, a los 16 años, él quedó devastado, *"sentía un dolor inmenso, pasaba por su casa y sentía ganas de llamarla, pero sabía que ella ya no estaba. Siempre he llevado el dolor por dentro"* y hasta el día de hoy, le lleva rosas rojas y blancas al cementerio.

Con sus siguientes enamoradas siempre duró poco, *"es la misma rutina. No piensan como tú piensas, piensan de otra manera. Entonces, es como una aventura que tiene su inicio y su final. Es como que cada hombre consigue lo que quiere y de ahí se aleja. Yo soy así"*. Para él, la otredad de sus enamoradas siempre sobró, es decir sus deseos, sueños y personalidad, no importaban y esa es su manera de buscar el amor, "desotrando al otro" (Sztajnszrajber, 2019). Su experiencia se inscribe en una práctica, donde el amor es concebido desde una lógica de acumulación personal. El otro siempre es un medio y una propiedad privada.

Actualmente, David está separado de su pareja y se encuentra dolido y desesperado. Quizá por ello, cuando recuerda a su primer amor, lo hace idealizándola. Con ella tuvo, a los 14 años, su primera relación sexual y la describe así, *"yo lo veo como si hubiera pasado algo normal. Para mí ha sido algo bonito"*. A David nunca le gustaron las revistas pornográficas y para saber sobre sexo le preguntaba a sus primos mayores o experimentaba con él mismo,

“no miraba esas cosas, porque si uno quiere aprender algo, se aprende solo.” Como lo mencioné, para la mayoría de entrevistados las películas o revistas pornográficas no formaron parte de su exploración sexual e inclusive algunos, como David, mostraron rechazo. Aunque, sus respuestas pueden haber estado condicionadas por mi juicio, por el hecho de ser mujer, su uso y no uso, permite señalar que la exploración sexual, está imbricada en contextos históricos, políticos y culturales.

Respecto a ello y sobre la pornografía, me gustaría señalar dos posturas. Para Foucault (2007), la pornografía es un mecanismo de control de la sexualidad, una tecnología disciplinaria que permitía al poder establecer un control sobre el placer y la conducta sexual de la época. En cambio, para Preciado (2010), la pornografía no reside en la censura moral que existía, sino en la definición de espacio público y privado: los contenidos sexuales se encontraban dentro del ámbito privado y la forma en que se presentaban en estas revistas, hacían que estas salieran de esta esfera y se vuelven públicas. Ambas posturas son útiles para pensar, más allá de la pornografía, cómo las masculinidades gestionan su sexualidad y su aproximación al otro, considerando dispositivos de poder estructurales.

En el caso de Fernando, la violencia callejera marcó su primera relación amorosa. Él es de la “U” y vivía en un barrio de pandilleros hinchas de ese equipo de fútbol, pero su escuela quedaba en un barrio de aliancistas. Del colegio salía de frente a su casa y no podía ir a fiestas, porque era peligroso. Por ello, llegó a perder el interés por las fiestas y se dedicó por completo al fútbol, su gran pasión. Mientras cursaba cuarto de secundaria se enamoró, sin saberlo, de la prima de un líder de “Alianza”. Lo amenazaron diciéndole, *“no te queremos ver en el colegio”*, entonces sus amigos le advirtieron, *“tienes dos posibilidades, o salir*

corriendo a tu casa o esperar hasta el último para irte". Durante todo ese año, Fernando vivió asustado, le pegaban y se defendía, *"me salvé de varios intentos, donde me iban a acuchillar. Pasaban en moto y me terminaba escapando"*. Nunca se lo contó a sus papás ni a sus profesores. Un día, el primo de su enamorada lo encontró, le pagaron entre siete y terminó en el hospital con moretones. Tuvo que hablar con el jefe de los pandilleros de "Alianza", para que dejaran de hostigarlo. Éste aceptó, pero lo obligó a pelearse por última vez para dejarlo en paz. Fue así como paró la violencia y perdió a su primer amor.

Una de las exigencias de la masculinidad hegemónica es demostrar constantemente la hombría, ser rudo, aguantar temores, dolores físicos y probar, a través de pruebas de virilidad, como peleas, que se es merecedor del "premio" ante sus pares. La entrega de la dádiva de lo femenino es la condición que hace posible el surgimiento de lo masculino y su reconocimiento como sujeto así posicionado (Segato, 2003). El líder pandillero de "Alianza", debe obtener su poder, arrebatando a su prima de Fernando. Ambos, requieren del cuerpo de la prima, del cual extraer para ser y nutrir su poder.

La calle, el barrio pandillero de Fernando, siempre fue un territorio violento. Esto influyó en la manera de relacionarse con las chicas en su adolescencia y en su primer vínculo amoroso, de pareja. Luego de escucharlo, le pregunté cómo se siente al notar que su adolescencia ha tenido numerosos episodios de violencia. *"No cambiaría nada de mi pasado, lo dejaría tal cual como está. Todo me ayudó a defenderme, me ayudó a ver realmente quiénes son mis amigos"*, me dice. Sus relatos explicitan la relación estrecha entre cuerpo-territorio-violencia-amor, de lo que se puede entender que si el cuerpo está

enfermo también lo está el espacio (Zaragocin, 2019). Es difícil sanar el cuerpo y pensar en vínculos de pareja o vínculos amorosos sanos, si el territorio (la calle) es violento.

“La primera vez que me enamoré”, me dice Javier, “ella me dejó, se metió con alguien más. Cuando terminó conmigo, ahí sentí que la amaba, porque sentía que algo se te arranca, como si te hiere algo ahí. Mi primer enamoramiento fue mi peor tristeza”. Javier se enteró por sus amigos que ella estuvo con otro chico, solo una semana después de terminar con él, *“me dolió. Me puse a llorar, me quedé en mi cuarto y no comía. En esos días, me puse duro, o sea con un rencor... Ya nunca más voy a entregar todo de mí”.* Luego de contarme ese episodio, recuerda a su padre, *“mi papá era una persona que sí era responsable, pero le gustaba tomar. Cuando llegaba borracho era otra persona, se iba de las manos con mi mamá, porque creía que ella era igual que él. Me imagino, ¿no? Un hombre hace cosas, pues... Engaña a su mujer, es infiel, entonces toma y se maquina”.* Un día Javier decidió tomar hasta perder el conocimiento, quería saber por qué su papá hacía eso, *“esa es la espina que tengo en el corazón”*, finaliza.

Con su segunda enamorada, comenzó un patrón de desconfianza, *“a raíz de lo que me hizo la chica primero, quizá sí me enamoré de ella, pero llegué a tener celos, quizá un poco enfermizos. Ella se sentía incómoda y me dijo: hasta aquí nomás. Cuando me dijo eso, yo me puse a llorar. La buscaba, la trataba de insistir. Antes no hacía eso... Me dio una oportunidad, pero igual no volví a cambiar y terminamos”.* Javier siente que lo ocurrido con sus padres ha sentado un precedente para él. Los celos y la infidelidad a su madre, son una herencia que su padre le dejó y es consciente que le ha hecho daño, por eso buscó ayuda psicológica. Los celos enfermizos son manifestaciones de control y poder masculino sobre la

pareja. En este tipo de relaciones, la figura masculina, cree que la mujer hace lo mismo que él y desconfía. Se genera un vínculo de inseguridad en el que, los hombres se sienten engañados y muchas veces agreden a sus parejas. Aquello, estructura sus relaciones amorosas en términos jerárquicos y violentos. A su tercera pareja, la madre de su hija, con quien está intentando regresar, también la celaba, *“oye, ¿por qué no me contestas?, ¿Qué estás haciendo?, Seguro estás haciendo esto, perra”*. Luego, me dice que ella lo hacía, *“cuando ella me celaba yo engordé más. Sentía una carga e inconscientemente me quería volver menos atractivo. Me descuidaba, paraba en buzo. Le decía: mírame, ¿quién va querer estar conmigo?”* Los celos, en Javier, se contagian y se heredan, y han normalizando la creencia que una persona es posesión de la otra, es decir, se piensa al otro en términos de propiedad. A su vez, las inseguridades, que se manifiestan también en su cuerpo, imposibilitan una relación de confianza con la pareja.

De los celos, deviene el tema de la infidelidad, cometida por ellos y por sus parejas, según sus relatos. Jorge le fue infiel a su esposa, cuando tenían cuatro años de estar juntos, *“no es que yo la busqué. No sé por qué lo hice. No estuvo en mi cabeza hacer eso, la verdad no lo sé.”* A partir de ese episodio, él me cuenta que la relación cambió, *“en la casa, en el hogar, ella era atenta. Después de la infidelidad, ya no se preocupaba tanto de la casa. Yo a veces decía, ¿por qué le reclamo algo que yo empecé? El problema que se originó fue por mi culpa, por el error que yo cometí”*. Luego, menciona otro episodio que dio inicio a los problemas. Su esposa se encontró con la mujer con quien él había estado y conversaron. Él no sabe de qué hablaron, porque la esposa nunca se lo contó, pero observó que en ella hubo un cambio de actitud radical. Intuye que le contó que había tenido un hijo suyo, pero no lo sabe con certeza. Jorge se muestra desconcertado, cuando me lo cuenta y agrega al relato, que hace un tiempo

descubrió una prueba de embarazo de su esposa y sospecha que está con otra persona. Cuando sucedió eso, la increpó y le dijo *“espero que no estés haciendo algo malo, que mañana más tarde, te vayas a arrepentir, Tú eres una persona mayor que sabe lo que hace.”* Ella le respondió, *“yo no soy tu nada, no tengo que darte explicaciones, y yo hago lo que quiero”*, una frase que repetía constantemente, me comenta Jorge, desde que comenzó a trabajar. Le pregunté, de qué se arrepentiría su esposa y me dijo *“a que eso sea verdad y yo prácticamente me separe y que ella luego me diga, perdóname.”* Culturalmente, la infidelidad ha sido un privilegio masculino, cuando una mujer la comete no tiene perdón y su infidelidad obedece a otras motivaciones. Aunque Jorge no olvida que él le fue infiel primero, considera que, como ella lo perdonó y luego se casaron, *“todo estaba olvidado”*. Entonces, su infidelidad *“no fue porque le gustó otra persona. Si lo hizo fue por venganza, por el malestar que tiene”*.

Días después que terminamos nuestras conversaciones para esta investigación, me envió un mensaje por Whatsapp: *“Hola Lucero, buenas noches. Una pregunta, a raíz de todo lo que hemos hablado y de este problema que me llevó al CAI ¿Tú crees que María, la madre de mis hijos, me llegó a engañar con otra persona? Gracias.”* Javier necesita tener una certeza del engaño para estar tranquilo. En su caso y según su relato, ambos fueron infieles. Entonces ¿qué es lo que Javier no acepta, ni perdona?, más allá de creer que tiene más derechos que ella por ser hombre, su infidelidad se perdona y se olvida, y la de ella no. ¿Qué hay detrás del acto infiel?

Para pensar en esta pregunta, presentaré algunos relatos de otros entrevistados. En una de las conversaciones que tuve con Pedro, le pregunté lo que tiene y no tiene en común con su

esposa y me respondió, *“a los dos nos gusta ser luchadores. Los dos somos creyentes y amamos mucho a nuestros hijos. Y lo que no tenemos en común, ahí sí tengo varias... A mí me encanta el rock, a mí me gusta investigar, me gusta preguntar mucho, a ella no. A mí me gusta leer, a ella no le gusta la lectura. Cuando vemos películas, a mí me gustan las que tienen un mensaje, a ella le gusta ver películas solo para entretenerse, nada más. A mí me gusta proyectar mi futuro, ella vive del día a día.”* Cuando Pedro habla de su esposa, se siente superior. No comparte sus gustos, no piensa como él y las decisiones de su esposa no son las acertadas, las de él sí. Pedro, construye a su esposa como carente, la desposee de su identidad y la obliga a ser su complemento. Por eso, ella siempre le reclamaba diciéndole *“tú todo lo sabes, no aceptas mi opinión”*, tal como su padre se lo decía a su madre. Este “desotrar” (Sztajnszrajber, 2019), sienta el precedente de dividir al mundo entre el carente y el que posee. Como el príncipe azul de los cuentos de hadas, a la mujer le falta algo y al príncipe le sobra. Esta es una metáfora heteronormativa y patriarcal, y ha dañado, por mucho tiempo, la manera en la que se establecen los vínculos de pareja.

Hace tres años, Pedro comenzó a sospechar que su esposa lo engañaba, *“yo siempre le decía: nuestra relación no está bien, está crítica. Entonces, ten cuidado, porque cuando una mujer pasa por este tipo de cosas, son vulnerables. O sea, siempre hay un tipo que ve a una mujer vulnerable y se le acerca a conversarle, a hablarle bonito y la mujer cae, pero la mujer está confundida y hay quienes tratan de sacar provecho.”* Contrató a un detective para que la siguiera y, efectivamente, comprobó que era cierto. Tuvo dos oportunidades para encararla, pero prefirió hacerlo en una tercera ocasión, en la que las cámaras de seguridad, del centro comercial donde ella trabaja, grabaron el encuentro y ella no pudo negarlo. Luego de escucharlo, le pregunté, por qué en vez de seguirla y pedir las cámaras de seguridad (esto

ocasionó permisos especiales y hasta el despido de un supervisor de seguridad), no se lo preguntó directamente a ella. Me respondió que, primero, necesitaba tener pruebas y quería que ella misma le dijera que tenía a otra persona, porque en el fondo guardaba la esperanza de “*estar equivocado*”. Lo que consiguió fue que ella lo denunciara por hostigamiento y que le repitiera, “Pedro es *celoso, Pedro es controlador, Pedro es posesivo*”.

¿*Por qué crees que te fue infiel?*, le pregunté a Pedro, “*porque la trataba mal y se fue perdiendo el amor, y como consecuencia el respeto*”, me dice. Ahora que su esposa ha regresado (dejó la casa a raíz de ese episodio), él le hizo una pregunta similar, “*yo, en mi posición de hombre, ¿qué hizo el otro que te cautivó?*”. Ella le respondió, “*sencillamente, me trató bien*”. El acto infiel de su esposa representa un peligro para su masculinidad, la competencia con el otro hombre no pasa por quién la trata mejor. Aquella está supeditada al miedo de sentirse “poco hombre”, ya que se juega su honor, su reputación y virilidad (potencia sexual). Si la masculinidad requiere probar, constantemente, ser un “verdadero hombre”, en el acto infiel de la mujer, el hombre pierde y para recuperar esa pérdida, se ejerce, en muchos casos, la violencia.

David ha tenido varias parejas y siempre le ha sido infiel a todas. Con la primera estuvo un tiempo corto, porque salió embarazada, pero “*nunca la llegó a querer. Cuando llegabas borracho a la casa, al día siguiente, estaba con su cara de pocos amigos. Quería que uno haga todas las cosas. Si no la ayudaba, se amargaba y no me gustaba eso.*” En ese momento recuerdo que me había dicho que con ella tenía dos hijos, así que le pregunté, por qué tuvo un segundo hijo, si no la quería. Me dijo que cuando falleció su hermana (se suicidó cuando él tenía 24 años), le dijo a su mamá “*yo te voy a dar una nieta más, para que estés más*

tranquila. Así nació mi segundo bebé, porque si no, no hubiera tenido un hijo con ella". Para David, su pareja es una incubadora humana, su cuerpo es un territorio de reproducción y explotación. Luego, me dice *"un clavo saca a otro clavo."* David se aburre de una mujer cuando siente que no lo complace y *"cuando empiezan a hablar de algo serio. Formalizar, llegar a algo más"*. Durante esa relación, conoce a su segunda pareja, con quien está hace 17 años, y tiene un hijo. A ella tampoco le ha sido *"fiel, fiel"*. En paralelo, lleva una relación hace siete años con otra mujer, que está esperando su cuarto hijo.

David me contó varios episodios de violencia hacia sus parejas y también muestras de cariño por parte de ellas. Me sentía abrumada y herida con sus relatos. Cuando terminó solo atiné a preguntarle: *¿qué piensas de todo lo que ellas te dieron?* y me dijo, *"mira, yo te voy a ser muy sincero, siempre me han tocado mujeres buenas"*. En ese momento se le quiebra la voz y para de hablar unos segundos. Luego continúa, *"y no lo supe valorar. Por ejemplo, mi actual pareja es una persona maravillosa, buena. Todo lo que le decía, hacía"*. Mientras lo escucho, soy consciente que prevalece un pensamiento hegemónico sobre la mujer, pero a la vez comienzo a recordar cuando me dijo: *"soy un hijo regalado... Lo que me está sucediendo en la vida, no me hubiera sucedido si hubiera estado al lado de ellos"*, y los maltratos físicos de su padrastro, y el suicidio de su hermana, y la muerte de su primer amor (arrollada por un auto), y las excesivas horas de trabajo, y las deudas, y la discriminación que sufrió en el colegio por ser migrante. Es complejo hablar de masculinidades violentas y relaciones de pareja atravesadas por dinámicas de poder, sin dejar de lado la violencia ejercida hacia ellos.

Miguel se casó, por civil y religioso, a los 25 años. Cuando sus hijas eran niñas, dice que su esposa le fue infiel, *"se me derrumbó todo, yo la tenía en un pedestal"*. La perdonó y

continuaron juntos hasta que se dio un episodio de violencia física y ella lo denunció. Cuando se fue de la casa, por seis meses, él estuvo con otra persona, *“los hombres somos más susceptibles a caer. Somos más fáciles de caer al encanto... Dura hasta que te desencantes. No creo que haya un hombre que se resista a un encanto, tendría que tener mucha fuerza de voluntad.”* El argumento de Miguel es que, si hay alguna debilidad en los hombres, ésta tiene que ser por las mujeres. Como en el relato bíblico, en el que Lilith, la mujer que precedió a Eva, encarna la belleza maligna y es la madre del adulterio. Su esposa dejó que regrese con la condición de que el episodio de violencia no vuelva a ocurrir. Miguel dice que ahora se llevan mejor y se siente bien, porque llevan treinta años de casados.

Le pido, que piense en esos años de matrimonio, en los aciertos y errores. Entonces me dice, *“no es tan sagrado como dicen, un papel no te garantiza la fidelidad. No te garantiza la pureza, no te garantiza un final feliz. Lo que te garantiza un final feliz son los sentimientos, el compromiso, la sinceridad, la confianza”*. Luego, sobre la infidelidad agrega, *“estas reglas ya se han impuesto y la sociedad trata de cumplirlas. Va contra la naturaleza misma de la persona, es muy difícil.”* Sus frases, por un lado, pueden estar justificando el acto infiel, (demostrar su hombría, la necesidad de saciar su deseo sexual, etc.); y por el otro, permiten reflexionar sobre la institucionalización del amor y los dilemas que esto trae consigo. Ello no va por justificar el acto infiel en el matrimonio, no pretendo plantear una reflexión moral, sino pensar en el matrimonio como una construcción social y por ende con acuerdos naturalizados. Uno de los aspectos clave para pensar la fidelidad, es pensar en la etimología de la palabra. Fiel viene de la palabra fe, *fides* en latín. Si hay fe, no hace falta tener un acuerdo; si lo tienes es porque no tienes fe en el otro y que sabes que vas a ser infiel. Por ello, un contrato de fidelidad es un oxímoron, sostiene Sztajnszrajber (2019). La monogamia es

una construcción social, un dispositivo de productividad y un cierto modo de relacionarnos entre sujetos, seres que poseen algo a modo de exclusividad. En ese sentido, es una forma que muchas sociedades, como la nuestra, aceptan para construir vínculos. Sin embargo, cabe preguntarse, y esto da pie para otro debate que no corresponde a esta investigación, sobre las maneras de construir vínculos y afectos, más allá del matrimonio y la monogamia.

Antes de comenzar con esta investigación, vi en Netflix la serie Mindhunter (cazador de mentes), que me llevó a leer el libro, del cual se adaptó la serie. El autor, John Douglas, fue agente del FBI (Buró Federal de Investigaciones) y uno de los primeros especialistas en establecer perfiles psicológicos de los criminales en Estados Unidos. El libro culmina con la afirmación que los criminales “se hacen, más que nacen” y que además del dinero, policía y cárceles, lo que necesitamos es más amor. No es simplista, es el núcleo del problema. Luego de escuchar durante un mes a estos hombres, quise saber qué pensaban sobre el amor. Estos son algunos diálogos sobre sus respuestas:

Pedro

P: El amor es básicamente el tener libertad. El poder hacer lo que uno le gusta hacer. El poder sentirse libre. El de quererse uno mismo y ese gran amor que tienes por ti, compartirlo con otra persona.

Lucero: *¿Te sientes una persona libre?*

P: Ahora sí, desde que ella tomó la decisión de irse, aprendí a disfrutar de mi libertad. Libertad en tomar mis decisiones, en salir con mis amigos. Para mí, la libertad es tomar mis propias decisiones, sin que alguien me esté juzgando.

Javier

J: *El amor es un sentimiento fuerte que se siente por la otra persona. Para mí el amor es estar en el momento que necesita, darle cariño, darle fuerza.*

Lucero: *¿Te sientes una persona amada?*

J: *En el amor de pareja no tanto. En el amor con mi hija, ella y yo nos amamos.*

Jorge

J: *El amor es cariño, paz, respeto, alegría, tristeza.*

Lucero: *¿Te sientes una persona amada?*

J: *No, el amor de madre lo vamos a tener siempre, pero en el sentido de pareja, no creo y no sé si algún día llegará.*

L: *¿Te sientes libre?*

J: *No me considero libre, siendo casado no se es libre. Esa no es la libertad, porque si no fuera casado, quizás. Pero aún así, mientras uno tenga sus hijos, no es una persona libre.”*

Luis

L: *Palabra fuerte... Muchos la pueden decir, pero pocos la ejercen... Es complicado amar. El amor empieza por uno mismo. El amor embarga muchos sentimientos, por eso dicen que una persona sin amor, no puede vivir, ¿no? y es verdad.*

El amor es un relato que se resignifica y dialoga con otros relatos: la libertad, la religión, la moral, la política, la economía, etc. Por lo tanto, va más allá de lo personal o privado. Según sus respuestas, todos estos hombres padecen el amor y a la vez lo necesitan. Hablar del amor

es pensar en su ausencia y en la capacidad, difícil, de amar en una sociedad estructuralmente violenta.

Uno de los lugares para pensar el vínculo de pareja es desde la sexualidad. Los entrevistados manifestaron no haber hablado sobre sexualidad con sus padres y en la escuela recibieron una información mínima, casi nula sobre ello. Con sus hijos, casi todos menores de edad, han hablado poco, más que todo sobre la higiene de sus órganos sexuales y dicen que cuando llegue la edad adecuada, sí hablarían con ellos sobre ello. La sexualidad continúa siendo, aunque en menor medida que cuando ellos eran niños, un ejemplo de represión. Sigue siendo complicado generar conversaciones honestas, libres de mitos, lo cual asienta una sexualidad reprimida.

Su exploración sexual se dio a través del vínculo entre pares. Ello se manifiesta a través de pruebas de virilidad, propias de la masculinidad: peleas, asistencia a burdeles, consumo de películas y revistas pornográficas (esto en menor medida). De ahí, la importancia de reflexionar sobre los espacios de representación sexo-género en la producción de masculinidades, esto incluye los medios de comunicación e industrias del entretenimiento.

El primer amor y la primera relación sexual son hitos, no necesariamente determinantes en el desarrollo vincular de pareja, pero evidencian mitos y formas de entender la sexualidad. En ellos prevalece la heteronormatividad (rechazo a lo femenino/homosexual) y la masculinidad hegemónica, naturalizando una forma de entenderla. En ese sentido, la sexualidad no es solo

un asunto privado e íntimo, se construye a través de ejes sociales, económicos, políticos, atravesados por dinámicas de poder, que se constituyen en “tecnologías de saber” (Foucault, 2007).

Los hombres entrevistados pertenecen a una clase socioeconómica media. Actualmente todos trabajan y sus parejas o exparejas también, pero no siempre lo hicieron. La mayoría comenzó a trabajar cuando sus hijos tuvieron entre 5 y 10 años. Esto influyó en la poca cantidad y calidad de tiempo libre que comparten juntos y en la forma cómo se gestó el vínculo amoroso con ellas. En los relatos se evidencia, en unos más que en otros, una desposesión de la identidad de su pareja, a través de distintas dinámicas como: las decisiones domésticas, el cuidado de los hijos, los gustos, pasatiempos y la sexualidad. Cabe mencionar que, ninguno aceptó haber obligado a sus parejas a tener relaciones sexuales. Esto puede ser o no verdad, ya que sus respuestas pueden haber estado condicionadas por mi juicio sobre ellos.

En esas dinámicas es donde el poder logra su objetivo, al quitarle la singularidad a sus parejas o dándole el lugar que estos hombres necesitan que ellas ocupen para desarrollar su masculinidad hegemónica. Esta lógica se inscribe en una sociedad atravesada por la propiedad privada, donde es imposible no pensar que el otro te pertenece.

Las edades de los entrevistados varían entre los 31 y 55 años. Pude notar que en los relatos de los entrevistados de mayor edad existen creencias machistas más arraigadas que los menores. Sin embargo, en todos, prevalecen diferenciaciones jerárquicas entre lo femenino y masculino.

Según el relato de cuatro de los entrevistados, sus parejas o ex parejas fueron infieles. Si bien sentí que sus testimonios fueron honestos, cabe la posibilidad que me lo hayan contado para justificar sus propias infidelidades. En dos parejas, ambos fueron infieles y sólo un entrevistado dijo ser el único infiel en su relación. La infidelidad, en estas historias de vida, obedece a un rasgo característico de la masculinidad hegemónica: probar su hombría ya sea ante sus pares o para ellos mismos. A su vez, los celos enfermizos revelan la incapacidad de confiar en sus parejas, lo cual se desencadena en infidelidades o actos de violencia. Debo señalar que sólo un entrevistado mencionó haber tenido ayuda psicológica, producto de sus celos enfermizos. Todo ello demuestra la fragilidad de sus vínculos amorosos. En algunos casos, según los relatos de los entrevistados, las parejas logran salir, aunque sea momentáneamente, de una posición subordinada, los denuncian o los increpan. Esto no significa que dejen de estar en una posición subordinada en relación a ellos.

Todos valoran el amor, pero algunos dicen no sentirse amados y otros priorizan el amor por uno mismo. Sin embargo, reconocen que no es sencillo de tenerlo. Esto revela la fragilidad de los vínculos amorosos de la masculinidad y por ende la dificultad de construir relaciones menos hegemónicas.

El amor es político, porque en él se juegan relaciones de poder. En él hay discursos naturalizados como el de una identidad sexual heteronormativa atravesada por dinámicas mercantiles e individualistas, donde el amor va ser el acceso al otro en términos de propiedad. La masculinidad hegemónica entiende así a su pareja y se inscribe dentro de una estructura violenta, mediada por ejes económicos, políticos y culturales. Por ello, urge una

deconstrucción del amor, no solo en términos de su institucionalización, sino en la manera en la que nos vinculamos con el *otro*.

REFLEXIONES FINALES

Debo empezar diciendo que esta investigación ha representado un gran reto para mí por dos motivos. El primero, porque no provengo del mundo académico, sino del arte y las comunicaciones, y aunque, como fotógrafa, he trabajado temas vinculados a identidad y género, acercarme a éstos, desde lo teórico y usando metodologías antropológicas ha representado un estudio complejo, pero enriquecedor. Asimismo, luego de trabajar doce años con imágenes como dispositivos para comprender, cuestionar y discutir, ahora considero también a la palabra (el relato) y la escucha como herramientas imprescindibles para crear y reflexionar.

El segundo motivo está relacionado con la naturaleza del tema que abordé en esta investigación. Una mujer escuchando a hombres que agredieron mujeres, puede parecer condescendiente, si se mira desde una perspectiva esencialista. Uno de los dilemas que enfrenté, fue que ellas aparecían sólo a través de una mirada masculina. Tal vez por eso, por una necesidad de evocar sus voces, les pedí, en una entrevista, que las describan y dibujen. Sin embargo, decidí no incluir aquello en esta tesis, porque abarca otras consideraciones metodológicas, las cuales me gustaría abordar con mayor profundidad en investigaciones futuras.

Asimismo, estuve muchas veces frente a relatos que me hicieron sentir vulnerable, fue inevitable no hacer conexiones con mi propia experiencia. En algunos momentos, se produjeron procesos de transferencia, los cuales gracias al apoyo terapéutico con el que cuento, pude superarlos y comprender que las investigaciones que hacemos son también indagaciones sobre nosotras mismas. Yo también he sido sujeta de investigación en esta tesis.

Comencé esta investigación con el objetivo de entender cómo se construyen las masculinidades violentas. Tenía claro que las masculinidades no son subjetividades aisladas, sino que están imbricadas en dinámicas de poder económicas, políticas, culturales y sociales. En ese sentido, y con el fin de centrar mi análisis, me concentré en la intersección de la vida personal de siete hombres que cometieron actos de violencia contra sus parejas, con las lógicas socioeconómicas y de consumo cultural (el juego y la televisión).

Lo que hallé es que “no son solo actos de violencia cometidos por sujetos, son actos de violencia cometidos por una estructura violenta”. En los testimonios que rescaté, quedan evidenciados los diversos tipos de violencia que sufrieron y cometieron en sus historias de vida. Estos van desde la violencia directa, física y psicológica hacia ellos o hacia sus parejas e hijos y la violencia simbólica que se anida en la religión, la ideología, en los medios de comunicación y en la educación, lo cual legitima otras violencias, la directa y la estructural.

Por lo tanto, estas masculinidades son parte de una planificación sistemática de un sistema productivo que las atrapa en un círculo violento. Aquello nos plantea el reto de no distraer nuestra atención tapando el problema central, la violencia estructural. Reflejada en un sistema neoliberal que precariza el trabajo y fomenta el individualismo, creando vínculos de pareja y

parentales que carecen de metas colectivas, lo que a gran escala deteriora la solidaridad social. En políticas estatales y educativas que aún jerarquizan los géneros, a través de lógicas binarias, donde lo heteronormativo es ley. En una industria del entretenimiento que sigue poniendo como objeto de deseo a la mujer y fomentando prácticas consumistas y violentas.

La tarea no es sencilla, sobre todo si se trata de dismantelar un sistema que viene operando a lo largo de la historia. Los testimonios de los siete entrevistados, que pertenecen a una clase socioeconómica media y que viven en Lima, no son una muestra representativa del Perú, sin embargo, dilucidan masculinidades producidas y productoras de un sistema violento que impera en el país. Frente a esta violencia estructural, ahora me planteo una nueva pregunta, ¿qué hace, entonces, que un hombre no sea violento?

Luego de conversar con ellos puedo afirmar que, todos tienen una gran necesidad de hablar, de ser escuchados, pero no existen espacios para ello. Y no me refiero solo a un espacio terapéutico, sino a espacios físicos y simbólicos que sirvan de contención, pero también para colectivizar la masculinidad dañada. Para conocerse y entenderse a través de los demás, a través de la experiencia de ellos mismos y de los demás. Espacios en los que puedan interpelarse y expresar sus emociones, porque las emociones son construidas de manera social, movilizan y cruzan fronteras, por eso son poderosas.

Pensar en nuevas masculinidades, es pensar en procesos de resistencia contra la masculinidad hegemónica, para ello urge deconstruir no solo las masculinidades, sino también el género y el amor, desnaturalizando y desestabilizando imaginarios hegemónicos.

BIBLIOGRAFÍA

Anicama, M. (2019). *Entre lo erótico y pornográfico: el uso político de las revistas pornográficas en el Perú 1979-1982* [Tesis de Título profesional en Historia, Pontificia Universidad Católica del Perú]. Repositorio Institucional- Pontificia Universidad Católica del Perú.

https://tesis.pucp.edu.pe/repositorio/bitstream/handle/20.500.12404/14568/anicama_cardenas_entre_lo_erotico_y_pornografico_el_uso_politico_de_las_revistas_pornogr%C3%81ficas.pdf?sequence=1&isallowed=y

Ahumada Leiva, S. (2013). *Identidad Masculina: 'reinterpretaciones y distinciones en relación a la familia y el trabajo en el contexto post industrial'* (Tesis de maestría) Universidad de Chile.

<http://repositorio.uchile.cl/bitstream/handle/2250/130603/Tesis%20Sebastian%20Ahumada%20MSDM.pdf?sequence=1>

Aumont, J. (1992). *La Imagen*. Barcelona: Paidós Ibérica.

Avila, J., Acosta, C. (2016). *Epistemología del pensamiento visual contemporáneo desde el imaginario transdisciplinario*. Revista Anagrama, 14 (28), pp. 167-203.

<http://eds.b.ebscohost.com.ezproxybib.pucp.edu.pe:2048/eds/pdfviewer/pdfviewer?vid=8&sid=d1061e14-b043-42e4-a530-a17b3a5352f3%40sessionmgr4010>

Badinter, E. (1992). *XY La identidad masculina*. Madrid: Alianza Editorial.

Baudrillard, J., & Jordá, J. (2009). *El crimen perfecto*. Barcelona: Anagrama.

Baudrillard, J. (2009). *La sociedad de consumo: sus mitos, sus estructuras*. Madrid: Siglo XXI

Bauman, Z. (2007). *Vida de consumo*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Bustamante, O. L. (2018). *Matrimonio y violencia doméstica en Lima colonial (1795-1820)*. Lima: Universidad de Lima. Fondo Editorial: Instituto de Estudios Peruanos.

Crossley, R. (2 de junio de 2014). Mortal Kombat: el violento videojuego que cambió la industria. *BBC*.

https://www.bbc.com/mundo/noticias/2014/06/140602_tecnologia_videojuegos_mortal_kombat_mes

Beauvoir, S. (2011). *El segundo sexo*. Buenos Aires: Debolsillo.

Benjamin, W. (1987). *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. México D.F.: Itaca

Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*.

<http://www.nomasviolenciacontramujeres.cl/wp-content/uploads/2015/09/Bondu-Pierre-la-dominacion-masculina.pdf>

Bronfenbrenner, U. (1979). *The ecology of Human Development*. Harvard University Press. (Trad. Cast.: La ecología del desarrollo humano, Barcelona, Paidós, 1987)

Brown, W. (2017). *El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo*. Ciudad de México: Malpaso.

Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.

Cabra, N. (2013) Muñecas de plomo y soldaditos de trapo: el videojuego como migración a otras experiencias de género. *Revista Nomadas*, 39, 164-179.

<https://web-s-ebsohost-com.ezproxybib.pucp.edu.pe/ehost/pdfviewer/pdfviewer?vid=1&sid=101f2062-9a68-4491-bc82-71b18b5c9c7f%40redis>

Callirgos, J., (1998). *Sobre héroes y batallas Los caminos de la identidad masculina*. Lima, Perú: Escuela para el desarrollo.

Callirgos, J.C. (2019) *Masculinidades*. Presentado en Lima.

Connell, R.W. (1997). La organización social de la masculinidad en T. Valdés y J.Olavarría (Ed), *Masculinidad/es Poder y Crisis*. (24 ed.). Ediciones de las Mujeres.

http://www.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/sitios_catedras/electivas/816_rol_psicologo/material/unidad4/obligatoria/connell_en_masculinidades_de_valdes.pdf

Chodorow, N. (2003). *El poder de los sentimientos La significación personal en el psicoanálisis, el género y la cultura*. Buenos Aires: Paidós SAICF.

Chodorow, N. (1984). *El ejercicio de la maternidad psicoanálisis y sociología de la maternidad y paternidad en la crianza de los hijos*. Barcelona: Gedisa

Cueva, S., Mendiola, F., Valega, C., Ramírez, R., Cárdenas, S. y Reynaga, V. (2016). *Voces que rompen el silencio de la violencia Concurso de Investigación sobre violencia de género*.

<https://www.mujereslibresdeviolencia.usmp.edu.pe/wp-content/uploads/2017/03/DARS-GIZWEB.pdf>

Dador, J. (2011). *Violencia de género*.

https://www.cies.org.pe/sites/default/files/investigaciones/generodocumento_0.pdf

Debord, G. (2010). *La sociedad del espectáculo*. Valencia: Pre-textos

Del Castillo, D. (2001). *Los fantasmas de la masculinidad*.

<https://www.caladona.org/grups/uploads/2008/01/los-fantasmas-de-la-masculinidad-daniel-de-l-castillo.pdf>

Deutsche Gesellschaft für Internationale Zusammenarbeit (GIZ). (2016). *Masculinidades y violencia contra las mujeres*. Lima, Perú: Osa, J.

Douglas, J. *Mindhuner. Cazador de mentes*. Barcelona: Planeta

Economía. (14 de mayo de 2016). Seguridad vial: La informalidad genera tantas muertes como la caída de 100 aviones. *Diario Gestión*.

<https://gestion.pe/economia/seguridad-vial-informalidad-genera-muertes-caida-100-aviones-146515-noticia/>

Eagleton, T. (2005). *Después de la teoría*. Barcelona: Debate

Economía. (14 de mayo de 2016). Seguridad vial: La informalidad genera tantas muertes como la caída de 100 aviones. *Diario Gestión*.

<https://gestion.pe/economia/seguridad-vial-informalidad-genera-muertes-caida-100-aviones-146515-noticia/>

EME, Masculinidades y Equidad de Género (EMEMasculinidades). 2015, enero 15. Miguel Ramos - El malestar de la masculinidad y la violencia de género en las relaciones de pareja.

<https://www.youtube.com/watch?reload=9&v=5Lfy6L8V6I8>

Enguix, B., Nardini K. y Abril, P. (2018). Introducción. Hombres en Movimiento, Masculinidades en revisión. *Quaderns de l'Institut Català d'Antropologia*, Volumen 34, pp.5-27.

https://www.researchgate.net/publication/331529909_Introduccion_Hombres_en_Movimiento_o_Masculinidades_en_revision

Escalante, F. (2016). *Historia mínima del neoliberalismo*. Lima: Estación La Cultura.

Federici, S. (2010). *Calibán y la bruja. Mujeres cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficantes de sueños.

Fischer, M. (2016). Realismo capitalista. ¿No hay alternativa? Buenos aires: Caja negra.

Folguera, L. (2016). El burdel como espacio privilegiado de masculinidad. *Sociología histórica: Revista de investigación acerca de la dimensión histórica de los fenómenos sociales*, 6 (2016), 223-244 <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5793851>

Forbes Life. (16 de octubre de 2021). Es oficial: 'El juego del calamar' es la serie más vista en la historia de Netflix. *Forbes México*.

<https://www.forbes.com.mx/forbes-life/entretenimiento-netflix-el-juego-del-calamar-la-serie-mas-vista/>

Fromm, E. (1977). *El arte de amar: Una investigación sobre la naturaleza del amor*. Buenos Aires: Paidós.

Líderes. (12 de febrero de 2019). Byung-Chul Han: "El ocio se ha convertido en un insufrible no hacer nada". *El Mundo*

<https://www.elmundo.es/papel/lideres/2019/02/12/5c61612721efa007428b45b0.html>

Lipovetsky, G. (2002). *La era del vacío. Ensayo sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Anagrama.

Fraser, N. (2020). *Los talleres ocultos del capital. Un mapa para la izquierda*. Madrid: Traficantes de sueños.

Fuller, N. (2000). *Paternidades en América Latina*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú Fondo Editorial.

Fuller, N. (2002). *Masculinidades cambios y permanencias*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú Fondo Editorial.

Fuller, N. (2018). *Difícil ser hombre Nuevas masculinidades latinoamericanas*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú Fondo Editorial.

Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Foucault, M. (2007). *Historia de la sexualidad*. México: Siglo XXI Editores.

Galtung, J. (1969). *Violence, Peace, and Peace Research*.

<https://www-jstor-org.ezproxybib.pucp.edu.pe/stable/pdf/422690.pdf?refreqid=excelsior%3A5f3170abe1a79478b71c3f9a48820d12>

Galtung, J. (1985). *Sobre la paz*. Barcelona: Editorial Fontamara S.A.

Han, B. (2005). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder

Hardy, E. y Jiménez, AL. (2001). Masculinidad y Género. *Revista Cubana de Salud Pública*, vol. 27, N° 2, pp. 77 – 88

http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0864-34662001000200001

Heise, Lori (1994) *Violencia contra la mujer. La cara oculta de la salud*, Washington, Programa Mujer, Salud y Desarrollo-Organización Panamericana de la Salud (OPM).

Hernández, W. y Morales, H. (2019). *Violencia contra las mujeres en relaciones de pareja: Patrones de victimización y tipología de agresores*. Lima: CIES/ULima

https://www.cies.org.pe/sites/default/files/investigaciones/if_ul_-_vcm_patrones_y_tipologias.pdf

Huerta, A. (2021). *Entrevista a Alex Huerta-Mercado / Entrevistado por Manolo Aparicio*. Instituto de Estudios peruanos.

<https://iep.org.pe/noticias/critica-y-debates-entrevista-a-alex-huerta-mercado-por-manolo-aparicio/>

Instituto Nacional de Estadística e Informática (INEI). (2020). *Encuesta Demográfica y de Salud Familiar ENDES 2020 Nacional y Departamental* [Conjunto de datos]. Instituto Nacional de Estadística e Informática.

https://www.inei.gov.pe/media/MenuRecursivo/publicaciones_digitales/Est/Lib1795/

Programa Nacional AURORA. (2021). *Formas de la violencia (enero-octubre 2021)* [Conjunto de datos]. Programa Nacional AURORA

<https://portalestadistico.aurora.gob.pe/formas-de-la-violencia-2021/>

Kaufman, M. (1999). Men, feminism and men's contradictory experiences of power. *Theorizing masculinities*, 59-85. <http://dx.doi.org/10.4135/9781452243627.n8>

Ki-moon, B. (1993). *Declaración y Programa de Acción de Viena*.

https://www.ohchr.org/Documents/Events/OHCHR20/VDPA_booklet_Spanish.pdf

Kogan, L. (20015). *Belleza, musculatura y dolor. Etnografías de cuerpos en Lima*. Lima: Universidad del Pacífico

Lacan, J. (2003). *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós.

Lagarde, M. (1996) *El género, fragmento literal: El género, fragmento literal: La perspectiva de género, en Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia*. Universidad Autónoma de México, Ciudad de México, México.

https://catedraunescodh.unam.mx/catedra/CONACYT/08_EducDHMediacionEscolar/Contenidos/Biblioteca/Lecturas-Complementarias/Lagarde_Genero.pdf

De Lauretis, T. (1992). *Alicia ya no*. Madrid, España: Ediciones Cátedra.

León, R. y Stahr, M. (1995). *Yo actuaba como varón solamente...* Lima: DEMUS.

Lipovetsky, G. (1992). *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*. Barcelona: Anagrama.

Magallón. C. (2005). *Epistemología y violencia. Aproximación a una visión integral sobre la violencia hacia las mujeres*.

https://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/3165/1/Feminismos_6_03.pdf

Mah, S. (2009). *Sentidos de lo cotidiano*. En E. Ruiz, S. Coombs (eds.). *Lo Cotidiano*. (pp. 6 y 8). Madrid: La Fábrica

Millet, K. (1995). *Política sexual*. Madrid: Editorial Cátedra.

Miller, D. (1998). *The theory of shopping*. Cambridge: Polity Press.

Ministerio de la Mujer y Poblaciones Vulnerables (MIMP). (2016). *Violencia basada en género. Marco conceptual para las políticas públicas y la acción del estado*. Lima: MIMP
<https://www.mimp.gob.pe/files/direcciones/dgcvg/mimp-marco-conceptual-violencia-basada-en-genero.pdf>

Ministerio de la Mujer y Poblaciones Vulnerables (MIMP). (2018). *Hombres por la igualdad de género y una vida libre de violencia*. Lima
https://observatorioviolencia.pe/wp-content/uploads/2020/04/Folleto_Hombres-por-la-igualdad-de-g%C3%A9nero-y-una-vida-libre-de-violencia.pdf

Ministerio de la Mujer y Poblaciones Vulnerables (MIMP). (2021). *Cartilla estadística Julio 2021. Cifras de violencia contra las mujeres*. Lima
<https://portalestadistico.aurora.gob.pe/wp-content/uploads/2021/08/Cartilla-Estadistica-AURORA-Julio-2021.pdf>

Mortal Kombat. (s.f.). *Kano*. <https://mortalkombat.fandom.com/es/wiki/Kano>

Motta, A. (2019). Rapiña del bien común, rapiña del cuerpo de las mujeres. *IDEELE, Revista del Instituto de Defensa Legal* [On line], N° 286, julio 2019. Recuperado de
<https://revistaideele.com/ideele/content/rapi%C3%B1a-del-bien-com%C3%BAn-rapi%C3%B1a-del-cuerpo-de-las-mujeres>

Nureña, C. (Agosto, 2009). *Una introducción a los estudios sobre masculinidades*.

Universidad Nacional de San Marcos, Lima, Perú.

https://www.researchgate.net/profile/Cesar_R_Nurena/publication/258211717_Una_introduccion_a_los_estudios_sobre_masculinidades_recorridos_historicos_y_teoricos_de_la_investigacion_social_sobre_los_hombres/links/54e8cc360cf2f7aa4d52bae2/Una-introduccion-a-los-estudios-sobre-masculinidades-recorridos-historicos-y-teoricos-de-la-investigacion-social-sobre-los-hombres.pdf

Olavarría, J. (2018). Masculinidades, paternidades y familias. ¿Qué es lo que se viene? En N. Fuller (Ed.), *Difícil ser hombre Nuevas masculinidades latinoamericanas* (83-108). Pontificia Universidad Católica del Perú.

Olivares, E. e Incháustegui, T. (2011). *Modelo ecológico para una vida libre de Violencia de Género*. <http://cedoc.inmujeres.gob.mx/lgamv/v/MoDecoFinalPDF.pdf>

Pateman, C. (1995). *El contrato sexual*. Barcelona: Editorial Anthropos.

Paz, O. (1998). *El laberinto de la soledad*. Madrid: Fondo de Cultura Económica de España.

Pleck, J. y Sawyer, J. (1974). *Men and masculinity*. New Jersey: Prentice Hall Direct.

Portocarrero, G. y Komadina, J. (2001) *Modelos de identidad y sentidos de pertenencia en Perú y Bolivia*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos

Preciado, B. Paul. (2010) *Pornotopía: Arquitectura y sexualidad en "Playboy" durante la guerra fría*. Barcelona: Anagrama.

Quijano, A. (2014). *Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina*. Buenos Aires: CLACSO

Ramos, M. (2006). *Masculinidades y violencia conyugal: experiencias de vida de hombres de sectores populares de Lima y Cusco*. Lima: Universidad Peruana Cayetano Heredia.

Ramos, M. y Palomino, N. (2018). *Detrás de la máscara: Varones y violencia sexual en la vida cotidiana*. Lima: Universidad Peruana Cayetano Heredia.

Rivière, J. (1929). Womanliness as a masquerade. *The International Journal of Psychoanalysis*, 10, 303–313. <https://psycnet.apa.org/record/1930-00630-001>

Ross, R. (20 de abril 2021) Finish him! Nueva película de Mortal Kombat lleva violencia fantástica a las pantallas. *Reuters*.

<https://www.reuters.com/article/cine-mortal-kombat-idLTAKBN2C71NC>

Rico, N. (1996). *Violencia de género: un problema de derechos humanos. Serie Mujer y Desarrollo*. N° 16. Santiago de Chile: CEPAL.

<https://www.cepal.org/mujer/noticias/paginas/3/27403/violenciadegenero.pdf>

Segato, R. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia*.

<http://mercosursocialsolidario.org/valijapedagogica/archivos/hc/1-aportes-teoricos/2.marcos-teoricos/3.libros/RitaSegato.LasEstructurasElementalesDeLaViolencia.pdf>

Segato, R. (2018) *La guerra contra las mujeres*. Buenos Aires: Prometeo libros.

Segato, R. (2018). *Violencia contra las mujeres en la región: Acciones para revertir la pedagogía de la crueldad*. Ponencia presentada en Conferencia Internacional Respuestas a la violencia de género: desafíos y aprendizajes desarrollada en la Pontificia Universidad Católica del Perú en Lima, Perú el día 13 de Setiembre de 2018.

Schongut, N. (2012). La construcción social de la masculinidad: poder, hegemonía y violencia. *Psicología, Conocimiento y Sociedad*, Volumen 2 (2), pp 27-65.

<https://www.redalyc.org/pdf/4758/475847408003.pdf>

Sunkel, G. (1999). *El consumo cultural en América Latina*. Bogotá: Convenio Andrés Bello

Tolson, A. (1977). *The Limits of Masculinity*. London: Tavistock Publications.

Ubilluz, J. (2010). *Nuevos súbditos: Cinismo y perversión en la sociedad contemporánea*.

Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Varela, B. (2016). *Poesía reunida 1949-2000*. Lima: Librería Trilce.

Valverde, I. (2020). *(Re)Construcciones de la masculinidad en hombres agresores participantes en el proceso reeducativo del Centro de Atención Institucional Frente a la Violencia Familiar (CAI) entre los años 2013 y 2017*. [Tesis de Magíster, Pontificia Universidad Católica del Perú]. Repositorio Institucional – Pontificia Universidad Católica del Perú.

http://tesis.pucp.edu.pe/repositorio/bitstream/handle/20.500.12404/16769/VALVERDE_RODRIGUEZ_IGOR_YAMIL_%28RE%29CONSTRUCCIONES_MASCULINIDAD.pdf?sequence=1&isAllowed=y

Vich, V. (2021). *Políticas culturales y ciudadanía: Estrategias simbólicas para tomar las calles*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Williams, R. (2009) *Marxismo y literatura*. Buenos Aires: Las Cuarenta.

Zamora, I. (2005). La importancia de la vida cotidiana en los estudios antropológicos. *Revista Labor interdisciplinaria de desarrollo regional*, N° 14, pp- 127-136
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2054217>

Zaragocín, Sofía. 2020. La geopolítica del útero: hacia una geopolítica feminista decolonial en espacios de muerte lenta. En Delma Tania Cruz y Manuel Bayón Jiménez, Colectivo Miradas Críticas del Territorio desde el Feminismo, coords., *Cuerpos, Territorios y Feminismos. Compilación latinoamericana de teorías, metodologías y prácticas políticas*. CLACSO.